

DE
AS
DAS
OS
OS

II

5

2474

12-3^o-25



1054873

SM 1415



86-1+86-2

SM
1415

HORAS PLÁCIDAS.

COLECCION DE ENSAYOS POÉTICOS

ORIGINALES

DE

ANDRÉS HERNANDEZ GUASCO.



MAHON.

IMPRENTA DE MIGUEL PAPPAL.

1881.



Regalada
por
su autor
Año 1882 --- N.º 18.

AL LECTOR.

Caro lector: hemos dado el título de HORAS PLÁCIDAS á este librito, á consecuencia de que los ratos consagrados á la confeccion del mayor número de producciones en él contenidas, sirvieron de lenitivo á los frecuentes y amargos sinsabores anexos á nuestra carrera médica, y las publicamos, sin otra pretension que la de corresponder á las repetidas instancias de varios de nuestros amigos; pues, no dudamos que deben ser muchas y graves las faltas encerradas en sus líneas.

Con todo, no te pedimos, respecto de ellas, indulgencia alguna y mucho ménos que agriamente las censures, por la sencillísima razon de que, estando en tu derecho, nos hallamos intimamente convencidos que, de todos modos te despacharás á tu gusto y harás bien.

Lo único que deseamos es que, al leerlas, operen sobre tu ánimo el mismo efecto que, al escribirlas, produjeron en el nuestro, seguros de que si así aconteciese, cosa que dificultamos, no te pesará su lectura.

Como es de rigor, en esta época de ilustración y progreso, que toda obra, por mala que sea y feo aquel que la escribió, vaya precedida del retrato del autor, por no faltar á la ley vigente nos creemos obligados á ejecutar lo propio; y allá va el nuestro.

¡Yo!

Poesía joco-satírica escrita espresamente para el álbum artístico-literario de nuestro apreciable y distinguido amigo, el Señor Don Gabriel Seguí y Oliver.

Deseoso de complacerle,
Si es que acierto á valer algo,
Versos me pidió y con ellos
Le remito mi retrato.

Que aunque no sea un Adónis,
Ni presuma de gallardo,
No soy tampoco tan feo
Que infunda miedo á los diablos.

Y como no soy gallina,
Ni polluela, sino gallo,
No he de encubrir defectillos
Con blondas, harina y barro.

Sino que tal cual me hicieron
De representarme trato:
¡Quizá al verme me concedan
Honorcillos de bizarro!

Ó ¿Quién sabe? Alguna cruz,
Bien que esto no fuera extraño,
Pues para ser caballero
Basta ir montado en un... asno.

Y conozco yo alcotan
Que mereció la de Cárlos

Tercero y no sé que más,
Por rebañar el Estado.

Y otros, que mentar pudiera,
Que fueron condecorados,
Por haber hecho lo que, ellos
Mismos, están ignorando.

Con que así, manos á la obra,
Aunque salga un mamarracho,
Que mamarrachos se premian,
Encomian y venden caros;

Mientras autores de nota
De hambre están agonizando,
Sirviendo sus producciones
A la polilla de pasto.

Mas demos vuelta al asunto,
Que temo hacerme tan largo
Si me engolfo en digresiones,
Que no concluya en un año.

Empecemos por la testa:
Ancha frente, cari-largo,
Labios gruesos y el cabello
Algún tiempo fué castaño.

Cuelli-corto y la nariz
Dechado es de primor tanto
Que á ninguno la cediera
Por muchos miles de francos.

Ojos pardos y burlescos,
La boca de buen tamaño
Y, si río, me hace la gracia
De ostentar que soy mellado.

No porque afeiten mi rostro
Barbas y bigote gasto,
Sino por tener en cuenta
Que así de afeitarme paso.

Me reservo hablar de orejas,
Para cuando haga el retrato
De algun quídam que rebuzna,
Aunque tenga buenos *cuartos*.

Por lo que á estatura toca,
Soy mas bien alto que bajo
Y cuando frunzo las cejas
Atemorizo á los... *gansos*,

 Mi génio con mi figura
Corrieran parejas ambos,
A no llevar la ventaja
De ser aún mucho mas raro.

El buen órden y el aseo
Sonme en gran manera gratos,
Non obstante de que soy
En todo desaliñado.

 Mi instrumento favorito
No es ni la flauta ni el piano,
Sino el tambor; sin timbales
No doy por la orquesta un cuarto.

Y lo que es particular
Y á muchos traerá asombrados,
Que en las otras cosas tenga
Un gusto el mas delicado;

 Pues prefiero las paredes
Ver despojadas de cuadros,
Que obras ofendan mi vista
De artistas adocenados.

 Ningun vicio me domina,
Siendo á todos inclinado,
Pues refreno mis pasiones
Con poquisimo trabajo.

 A la menor controversia
Sufro tales arrebatos,

Que echara á volar la casa,
Sin sacar de ella los bártulos.

Pero tan pronto me subo
A la parra, como bajo,
Y de leon enfurecido
Me vuelvo cordero manso;

De suerte que, á dos segundos
De recibir un agravio,
Al que acabó de ofenderme
No le negara la mano.

Siempre el ridículo encuentro
Aún en los más serios actos,
Pues junto á la muerte misma
Descubro el orgullo vano,

Y al contemplar la natura
Vestir de flores los campos,
No ménos fértil la observo
En producir mentecatos.

Aunque conozca que el mundo
Es de quien sabe engañarlo,
Vencer no puedo el prurito
De ser en extremo franco,

Pues hasta con daño propio
¿Que diré? No bien acabo
De concebir una idea,
Que por esplicarla rábio.

Soy grave y meditabundo
Siempre que lo exija el caso,
Y al revés, de puro alegre
Tengo arranques de muchacho.

De modo que, al engendrarme,
Dos almas pienso se aunaron,
Para dar lugar á un cuerpo
Con dos génius encontrados.

Así, que no me comprenda
El vulgo, no es nada extraño,
Porque yo mismo, en verdad,
A comprenderme no alcanzo.



CAPRICHOS

POCO MENOS QUE IMPOSIBLE DE SATISFACER.



SONETO.

Yo quiero la muger, cuando me case,
Enemiga del lujo y la etiqueta;
Que, sin ser nada docta, sea discreta,
Parca en hablar y de modesta frase;
Que, por inclinacion, á toda clase
De trabajos caseros se someta;
Que conserve el decoro, y la Gaceta,
Para leerla, á sus manos nunca pase.

Yo la quiero, por fin, sin ser horrible,
Que celos no me dé por muy hermosa
Y se haga respetar, sin ser terrible;
Que solo junto á mí se halle dichosa,
Que el lecho su gruñir no haga insufrible
Y, sobre todo, que no sea celosa.



LETRILLA.

Que la niña á su belleza
Una recato y agudeza,
Esto encanta;
Empero si es caprichosa
Y tan vana como hermosa
¡Quien lo aguanta?

—

Que predique con dulzura
La virtud el padre cura,
Esto encanta;
Pero si fuera del templo
No edifica con su ejemplo
¡Quien lo aguanta?

—

Que el tabaco comisado
En público sea quemado, (‘)
Esto encanta;
Mas que el mejor de la Habana
Arda dentro la aduana
¡Quien lo aguanta?

—

Que un hombre, si amor le acosa,
Se decida y tome esposa,
Esto encanta;
Pero si carga el bolonio
Con una suegra ó demonio
¡Quien lo aguanta?

—

(‘) Cuando fué escrita esta letrilla regía una ley que prescribía este procedimiento.

Que haga en un postrer momento
El notario un testamento,
Esto encanta;
Pero si llega hasta el punto
De hacer hablar á un difunto
¡Quien lo aguanta?

—

Que unida á su conciencia
Vaya de un juez la sentencia,
Esto encanta;
Pero si anda por el foro
El vellocino de oro
¡Quien lo aguanta?

—

Que Fabio sea progresista,
O moderado, ó carlista,
Esto encanta;
Mas que á un partido se venda
Por una triste prebenda
¡Quien lo aguanta?

—

Que me critique un Zorrilla
O un Breton, esta letrilla,
Esto encanta;
Mas que lo haga ¡Voto al chápíro!
Algún solemne gáznápíro
¡Quien lo aguanta?



A LA MARIPOSA.

¡Oh reina del pensil que por su espacio
Vagando ostentas tus pomposas galas!

De nácar y esmeralda son tus alas,
Recamadas de púrpura y topacio;

Y cruzas por el aura, placentera,
Preñada con la esencia de mil flores
Que besas extasiada en los colores
Con que las matizó la primavera.

O reposas cansada de tu via,
Sobre esbelta, lozana y fresca rosa,
Que al hospedarte de placer rebosa
Y te ofrece su cáliz de ambrosia.

Y bebes el licor que te da vida
Y ufana por sus pétalos paseas;
Y á un destello de luz te señoreas
Y pasas á otra flor que te convida.

Y es un lirio abrigado por la sombra
De una palma gallarda y altanera,
Que tiene por dosel la enredadera,
La olorosa violeta por alfombra.

Y allí, lates tus alas y las bañas
Con las liquidas perlas del rocío;
Y saltando á las márgenes de un río
Las secas sobre juncos y espadañas.

Y te miras alegre y saboreas
De la corriente el limpido reflejo;
Como virgen hermosa ante un espejo
Con tu gentil belleza te recreas.

Mas refresca la brisa, y tus inermes
Patitas encogiendo fatigada,
Aguardando la próxima alborada
Sobre el corimbo de una lila duermes.

A UN AVARO Y SU HEREDERO.

EPITAFIO.

Yace aquí Juan, el avaro,
Con su heredero Melchor,
El hambre mató al primero
Y al otro un cólico atroz.



La circunstancia, presenciada por nosotros, de escapársele en el acto de darle la comida un verdereo á cierta linda señorita, vecina del cuarto que ocupábamos cuando estudiantes en Barcelona; cuyo animalito llevado probablemente por la costumbre de vivir enjaulado, despues de revolotear algun rato por aquellas inmediaciones, volvió á meterse en el encierro que tan alegre abandonára, motivó el siguiente

SONETO.

Yo vi un pájaro hermoso, Adela mia,
En tus doradas rejas prisionero,
Triste implorar en tono lastimero
La libertad que le negaste, impía;
Le vi tambien en más risueño dia
Burlarte y volar libre, placentero,
Pero al mirar tu rostro plañidero,
Tierno volver á la prision que huía.

Lo mismo yo, prendido en las cadenas
De tus dulces hechizos, virgen bella,
Busco una calma que quitar te plugo;

Y si por dicha la recobro, apénas
Tus ojos miro y mágica centella
Mi cerviz dobla á tu tirano yugo.



Á UNA VIEJA

que se teñía y pintaba por parecer joven.

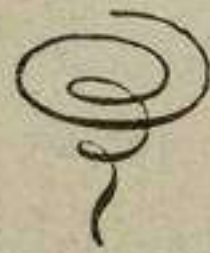
SONETO.

Si el tiempo tus megillas ha empañado;
Si en ceniza el cabello ha convertido
Y en cáscara de almendra reducido
Tu cuello al alabastro comparado;

Si implacable tus sienes ha surcado
Robándote de rosa el colorido,
Si el brillo de tus ojos ha estinguído
Y todito tu cuerpo marchitado,

¿Porqué, pues, te desvelas en pintarte,
En teñirte y ponerte quinta esencia
Que, si la edad no quita, es ensuciarte?

Deja, Clori, esos pringues, que en esencia,
Contra naturaleza falla el arte,
Y si te has vuelto vieja ten paciencia.



AL TABACO.

ODA.

No mi vena resbale
Con Orestes, el Cid, el papa Juana
U otro que en esplendor á estos iguale,
Pues su fama ¿qué vale
Junto á la del tabaco de la Habana?
Su nombre celebrado
De polo á polo sin cesar se acata,

¿Y quien es el menguado
Que nunca haya probado
Por boca ó por narices su hoja grata?

Dice en una memoria,
Un autor que no mienta aquí mi pluma,
Que hasta la de la Gloria
Es dicha transitoria
Si no se toma en ella polvo y fuma.

· · · · ·
· · · · ·

El más escaso tino
Traslucir puede que la voz *ta-baco*
Es de origen divino,
Pues por recto camino
Encierra en su linaje al gran dios Baco.

Así que como él suba
A ostentar, no admireis gloria tamaña,
En la famosa Cuba, (‘)
Que al jugo de la uva
Reemplaza el néctar que nos da la caña

Y tanta simpatía
Enlaza á estos dos seres, y no marro,
Que ni una copa al día
Tal vez no se vacía
Sin ir acompañada del cigarro.

El cigarro yo miento,
Porque uno ahora con placer consumo,
Mas con el gusto cuento,
Siendo igual al intento
Sorberle en polvo que tragarle en humo.

De hojas ó de palillo,
Rapé ó rallado, en rollo, picadura,
Preparado, sencillo,

(‘) Cuba por la isla de este nombre, y cuba por aquella en que figuran que va montado Baco.

En pipa ó cigarrillo
Beneficios sin cuento nos procura.
Y no penseis sea broma,
El fastidio encontró siempre consuelo
En su precioso aroma,
Y si un puro álguien toma
¡Aquello, vive Dios, vino del cielo!!
¿En su almuerzo el abate
Gozará, como suele en dias felices,
Del rico chocolate
Sino tiene al remate
Un par de polvos para sus narices?
¿El confesor prudente
Calmará, con la frase: *Ego te absolvo*,
Al triste penitente
Sin ir devotamente
La *cruz* seguida de un enorme polvo?
¿El infeliz cuitado,
A quien de la fortuna el duro ceño
Mantiene desvelado,
Con un puro acallado
No advierte su pesar, cogiendo el sueño?
Al gañan su fatiga,
Al preso su inquietud, su hambre al cesante
Un cigarro mitiga,
Y hasta el reo consiga
Calmar con él su afan un breve instante.
A sus leyes exacto,
El grave musulman, no se resuelve
Al mas frívolo acto
Ni á cerrar ningun pacto
Si de humo de su *kouca* no se envuelve.
Y el natche belicoso,
Si su furor hostil la paz disipa,

El abrazo amistoso
Mirará receloso
Si el contrario no fuma con su pipa.

El letrado eminente,
Cuando por el trabajo fatigada
Mira turbia su mente,
A él vuela de repente
Y su aptitud recobra acostumbrada.

Y aunque al negro bigote
El hombre una un corazón de roca
Y arrastre chafarote
¿No será un monigote
Si arder el puro no se vé en su boca?

Y que en todo, á fé mia,
De cuanto os hablo la verdad descuella
Podeis ver cada día;
¿Quién niega la energía
Que el cigarro nos da junto á una bella?

El ser más elevado
Que no le iguala en magestad presumo,
El tribuno, el privado
Y el mismo potentado
Más grandeza tendrán, mas no más *humo*.

Bien que esto no os asombre,
Pues que cita la historia personaje
De espantoso renombre
Que, sin mengua á su nombre,
Al tabaco rindió pleito homenaje.

Frente de sus soldados
El que á la Francia dió gloria y caudillos, (‘)
Y el que á la Prusia estados, (‘‘)
Tomábanlo á puñados

(‘) Napoleon.

(‘‘) Federico segundo.

Llevándolo apiñado en los bolsillos.

Y contaba mi abuela
Que habia visto comer á una Eminencia,
No sé bien si en Tudela,
Cual si fuese canela,
Con él, el melon rico de Valencia.

Y á probar, si se ofrece,
Yo me atreviera que la excelsa y vasta
Instruccion que florece
Y que al siglo envanece,
Se debe al gran tabaco que se gasta.

Pues sin más trampantojos
Que tomar mucho polvo un mentecato
Y llevar anteojos,
Veo yo, y por buenos ojos,
Pasar por un profundo literato.

De la corte si anhela
Álguien el trato, que al tabaco acuda,
Pues con pedir candela
O dar rapé, se cuela
Entre mil palaciegos que saluda.

¿Y cuantos al tomarlo,
Si, entendidos, se fijan en su historia,
Despues de examinarlo
Y de mejor catarlo
De Colon y Cortés no harán memoria?

Y apuesto una peseta
Que, sin el cigarrillo entre sus dedos,
No se encuentra un poeta
Que escriba una quarteta,
Y si lo hace, no valdrá dos bledos.

Más yo decir pudiera
A favor de esta planta que en cotarros
Lo propio que en palacios se venera;

Y paro mi carrera
Por haber concluido los cigarros.



EPIGRAMAS.



Mostróme Juan un cajon
De riquísimos habanos,
Y probando uno le digo:
¡Amigo, costarán caros?
Y él contestó muy sencillo
¡Bah..! mi padre es del resguardo.



¿Porqué se ha dado en peinar
Cuernos, hoy dia la muger?
—Porque nos quiere mostrar
Lo que nos puede poner.



Mi hijo es un enredador,
No sé que hacerle, Mellado!
—¿Quiere usted creerme, señor?
Hágale usted abogado.



CUENTO EPIGRAMÁTICO.



Don Ramon Perez de Castro,
alferez cuyas hazañas
son en su lengua infinitas,
sin que cuente una su espada;
en una reunion un dia
en que doña Inés se hallaba,

declararle se propuso
su pasion por ella insana;
y contestándole aquella
que su corazon ya amaba
á otro desde mucho tiempo,
que estaba entónces en Francia;
el militar fanfarron
tendió la diestra en su espada,
diciendo: no os admireis
si de un suicidio sois causa.

Sonrióse la bella Inés
de aquella baladronada,
mientras él de furia lleno
precipitado se marcha.

Llega á su casa, se encierra
en su reducida estancia,
abre un cofre y dos pistolas
Leffauchoux saca cargadas;
las prepara y en sus sienes
frenético se las planta;
va á dispararlas ¡Dios mio!
vos me habeis tocado el alma,
dice, y las armas arroja
que en el suelo se descargan.

Al ruido al instante acuden
los vecinos de la casa

—¡Don Ramon que ha sucedido?
¡Que es esto?—Señores, nada;
iba á matarme, y he pensado
que haciéndolo yo robaba
un hombre de pro á la tierra
y un defensor á la patria.



LA SOLTERONA.

Es más que vana chismosa,
Y preciándose de hermosa
Huye de las de su edad,
Y detesta la amistad
Y dicha de las casadas,
Porque tal vez envidiadas
Son por ella de su suerte,
Que adversa siempre la advierte,
Pues ingrata no ha querido
Concederle ni un marido,
Siquiera para librarla,
O á lo ménos aliviarla
De consumibles ardores.

Por instantes
Saca á volar los amores
En su mocedad habidos,
Verdaderos ó finjidos:
Siempre le han sobrado amantes;
Y si ella no se ha casado
Con algun enamorado
Es «porque nunca ha querido
Vivir sujeta á un marido
Caprichoso,
Que le quitara el reposo
Con importunos recelos,
Engendrados por los celos.»

Mas quien la sabe observar,
A soías la vé rezar
Y gemir de noche y dia
Por la santa vicaria,
Que no ha podido alcanzar.

Y entre tanto,
Ocultando su quebranto,
Ostenta con vanidad
Su pura virginidad,
Sin que ella pueda entender
Que su incauto proceder
Demuestra su liviandad.

Su vejez
Manifiesta alguna vez
Hasta fuera de cuestion,
A fin de dar ocasion
De que la diga, galante,
Algún jóven elegante
Que de ser cortés se paga,
Mientras un *miento* se traga,
«Que es de niña su semblante.»

Mil locuras
Comete en sus travesuras
Muy impropias de su edad;
Y en vez de la gravedad
Que á sus jóvenes amigas
Demostrar ella debiera,
Se mete á casamentera,
O si lo quiere el Demonio
Con sus mágicos enredos,
No le cuesta cuatro bledos
Deshacer un matrimonio.

Notable por sus posturas
Ridículas, si me apuras,
Se hace en tertulias y danzas,
Sin perder las esperanzas
Que abrigan las hermosuras.
Y perdidas,

Advierte aquel que la nota,
Que tomando otras medidas
Finge consagrarse á Dios,
Y dejando el mundo en pos
Sienta plaza de devota.

Entonces es, Fabio, cuando
De ella más se debe huir,
De mal y bien murmurando
A nadie puede sufrir,
Se hace un mar de enemistades,
De calumnias y motejos;
No le faltan novedades
Que contar de su vecina,
Y, en hablando de cortejos,
Despechada, en tono vario
Es su lengua un calendario
Y su boca una bocina.



SENTENCIAS.

No insultes ni te mofes del anciano
Que es el espejo fiel de tu destino,
En donde has de mirarte bien temprano
A no dar con la muerte en el camino.

No te alucine el público criterio
Y juzga de los hombres por ti mismo,
Que la opinion comun es un misterio
Que la verdad sepulta en negro abismo.

Aunque te mires jóven y sin males
No cuentes con la herencia del anciano,
Pues, por más que su fin tenga cercano,
Tal vez asistirá á tus funerales.

De sábios y fortísimos varones
Es sufrir sin quejarse adversidades,
No envanecerse en las prosperidades
Y refrenar, prudentes, sus pasiones.



Cuento epigramático.

En cierto lance de honor,
Don Pedro y Juan de Arriaza,
salieron al campo un día
á darse cuatro estocadas.

Llegaron al sitio y entrambos
aceros ya se cruzaban,
cuando, don Juan, bajó el suyo
y dijo al otro: cachaza
que hoy es domingo y presumo,
por ser la hora muy temprana,
que no tendrás misa aun,
y en conciencia cristiana
de Satanás instrumento
no puedo ser por tu alma.

Don Pedro frunció las cejas,
miró á su alrededor con saña,
y viendo que no habia nadie
que atestiguase la farsa,
alzó la diestra y de un golpe
metió su espada en... la vaina.



LETRILLA.

Porque don Francisco Druces,
Viejo alférez retirado,
De heridas acribillado
Muere de hambre con sus cruces;
Mientras come á su salud
Y luce en el palco galas
El que el silbo de las balas
Nunca oyó en su juventud
*¿Me he yo de encolerizar,
Espuesto á que me persigan
Y me tundan y maldigan,
O me ahorquen por hablar,
Si nada podré lograr?*

—
Porque en tono lastimero,
Sólo de harapos cubierta,
Mendigue de puerta en puerta
La viuda de un fiel guerrero;
Y con un sarcasmo impío,
Como lo tiran á un can,
Le eche un pedazo de pan
Quien guarda su montepío
*¿Me he yo de encolerizar
Si nada podré lograr?*

—
Porque en público Mateo,
Ostentando lealtad,
Vivas dió á la libertad
Por conseguir un empleo;
Y al meter su sueldo en caja
Da un soplillo al pátrio fuego,

Y de constitucion luégo
 Hace cartas de baraja
*¿Me he yo de encolerizar
 Si nada podré lograr?*

Del resguardo la caterva,
 Con escrupulosas manos,
 Me arrebató seis habanos:
 ¡Que bien el bando se observa!!

Mas si algun contrabandista,
 Mientras el resguardo calla,
 Pasa arrobos de quincalla,
 De percal y de batista
*¿Me he yo de encolerizar
 Si nada podré lograr?*

Soldados, es moda nueva
 El vuestro vestir de ogaño,
 Cuando abrasa el sol..... de paño.
 De telilla..... cuando nieva; (*)

Y aunque deis diente con diente
 No importa para un guerrero,
 Como diga un extranjero:
 El español es valiente!

*¿Me he yo de encolerizar
 Si nada podré lograr?*

Porque á cometer el yerro
 De robar un negro pan
 El hambre obligase á Juan,
 Triste gima en un encierro;
 Y á aquel que, hurtando millones

(*) Hace alusion á lo que sucedia con nuestras tropas en la guerra civil de los siete años, en cuya época fué escrita esta letrilla.

Familias arruina enteras,
Se le colme de veneras
Entorchados y galones
*¿Me he yo de encolerizar
Si nada podré lograr?*

Porque el que es hombre de bien
Haya de pasar por necio,
Aunque á sus dotes de aprecio
Gran talento una tambien;
Mientras en el mundo no hay labio,
Que al que su sabiduría
Es tan solo pillería,
No califique de sabio
*¿Me he yo de encolerizar
Si nada podré lograr?*

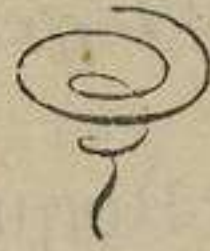
Porque don Roque, aquel oso,
Pedante á más no poder,
Censure á roso y velloso
Lo que no puede entender;
Y abriendo un palmo de boca
Le oigan y aplaudan tambien
Aquellos que saben bien
Que su ignorancia no es poca
*¿Me he yo de encolerizar
Si nada podré lograr?*

Porque no falte sujeto
Que al leer estos renglones
De ellos haga aplicaciones,
Lo cual nunca fué mi objeto;
Y cuya intencion dañina
Le ponga tal vez delante

A un Mateo á cada instante
 Y á un don Roque en cada esquina
*¿Me he yo de encolerizar
 Si nada podré lograr?*

—

Porque sean desoidos
 Ante muchedumbre tanta
 Mis gritos, y ensordecidos
 Digan todos: canta. .! canta. .!
*¿Me he yo de encolerizar,
 Haciendo que me persigan
 Y que mi lengua maldigan,
 O me ahorquen por hablar,
 Si nada podré lograr?*



Con motivo de haber, D. Francisco de Cisneros, gobernador de Ciudad-Real, convertido en templete la casa de Argamasillas, en donde estuvo preso Cervantes, y á cuyo injusto tratamiento es fama debió la inspiracion de la obra maestra que mas tarde inmortalizara su nombre, se escribió la siguiente composicion.

A CERVANTES.

SONETO.

La que ayer cárcel fué donde supiste,
 Llor á tu génio de eternal memoria,
 Del gran Quijote concebir la historia
 Y tus pesares convertir en chiste;
 Hoy, para dar al mundo una notoria
 Muestra del galardón que mereciste,
 Llor tu patria su injusticia, triste,

Consagrándola templo de tu gloria.

He aquí la infeliz suerte del talento:
¡Baldon...! ¡Ingratitud...! Miéntras ardiente
De lauro el corazon está sediento.
¡Apoteosis...! ¡Amor...! ¡Nombre eminente...!
Cuando arrancado su postrer aliento
El corazon inerte nada siente.



Á UNA DESDEÑOSA.

SONETO.

¿No ves, Elvira, esbelta mariposa
Volar de flor en flor y placentera
Beber su néctar y cruzar ligera
Sin saludar aquella mustia rosa?

Pues mira, ayer mañana cuando hermosa
Se abrió al bañarse en matinal lumbrera,
Recibió sus alhagos la primera
Absorta en su fragancia deliciosa.

Ahora bien, desdeña mis amores
Mi corazon atormentando, haciendo
De tu hermosura y juventud alarde;
Que estas se han de agostar como las flores,
Y entonces cuando quieras... yo riendo
De tus suspiros te diré: ya es tarde!



Á LA VÍRGEN DE LOS DOLORES.

Plegaria escrita espresamente para el álbum de una señorita, que prestaba suma devocion á la referida imágen.

Virgen dolorosa que en el cielo moras,
Cercada de bellos y castos querubes,
Que en lecho de estrellas y doradas nubes
Sus himnos entonan al santo Criador;
La súplica escucha fervorosa y tierna,
Que en místico acento con fé la más pura
Osa dirigirte humilde criatura,
Sé tu su abogada junto del Señor.

—
Recuerda la llaga que se abrió en tu seno
Al ver á tu hijo, paloma inocente,
Siendo inerme presa de bárbara gente,
En el árbol santo su aliento perder;
Y el bálsamo vierte que en su afan espera
Mi corazon triste tal vez lacerado
Por la cruda herida, que en él el pecado
Su furia egerciendo mortal pudo hacer.

—
Y cual de Tobias al hijo querido
Rafael, angel santo, con mano piadosa
Guardó de tropiezos por senda escabrosa
Siendo de su planta divino fanal;
Haz que el Dios eterno, de quien eres madre,
Desde el almo cielo do tiene su asiento,
Los actos dirija de mi pensamiento
Y aparte mis pasos del génio del mal.



EPIGRAMAS.

Con un sargento encerrada,
Blas, á su esposa encontró,
Y airado le preguntó
¿Que estás haciendo, menguada?
Y ella con gracia, sutil,
Le contestó sonriendo:
Estaba, chico, aprendiendo
A manejar el fusil.

—
¡Este es el siglo de luces!
Dice un sabio, mas se engaña,
A lo ménos para España
Es el siglo de las CRUCES!!

—
Tocándole el corazon
Dios á Carranza, el ratero,
No quiso ser más ladron,
Y lleno de contricion
Se hizo despues aduanero.



A mi amigo, el actor, D. Francisco Cerdó, en el acto de entregarle un drama para su representacion.

SONETO.

En tí vi de Pelayo el noble brío
Con que blandiera su desnudo acero,
Y al alentar tu voz al pueblo ibero
Latió con entusiasmo el pecho mio;

Del bárbaro Luis (‘) vi el poderío
 Y estremecióme tu semblante fiero;
 Y de Paul junto Achar (‘‘) eco sincero
 Vistió mi mente de un carácter pío.

Pues si de Melpomene tú el talento
 Que á la historia da vida y la embellece
 Mereciste y el lauro de Thalia,

No niegues á mi musa que te ofrece
 Su númen aquel fuego de tu aliento
 Que ha de avivar su inerte fantasía.



A MI PADRE,

en el tercer aniversario de su muerte repentina;

acaecida el 23 de Enero de 1857.

Tres años hace, que de gloria henchido,
 sus alas de oro y plata
 sobre la frente mia,
 de la felicidad el angel bello
 benéfico estendía;
 y una mirada llena de dulzura,
 de su divina luz débil destello,
 reflejaba en la faz rugosa y pura
 del mejor de los padres, cuya frente
 viendo crecer á su adorado nieto
 de su delicia objeto,
 contemplaba riente
 brotar las flores, en su invierno cano,

(‘) Luis onceno.

(‘‘) Alude á la escena III del IV acto de Pablo el Marino.

del verde tronco que sembró su mano.

Tres años hace que la fiera suerte
vertió en mí su amargura,
y al dolor sorda, el golpe descargando
mi pobre pecho lastimó de muerte
su vida arrebatando.

Cual si fuese reciente
el acaso infeliz recuerdo ahora:
era de este día y mes la primer hora
de una tarde apacible, el almo cielo
ostentaba de azul tinto su velo,
y ageno de pesar que atormentara
á mi pecho tranquilo,
solicito y risueño caminara
hacia el paterno asilo.

¿Quién pensarlo pudiera!
¿Quién en aquel momento
hiciera penetrar un triste acento
aquí, en mi corazón que me digera:
«Esta profunda calma
«que alegre manifiesta tu semblante,
«dentro de un breve instante
«te robará el dolor! ¡Dolor terrible
«que acabará por destrozar tu alma!»

¡Oh bien perecedero!
¡Oh destino fatal! ¿Pudiste herirme
del rayo con el impetu más fiero?
¡Oh momento infeliz! ¡Cruda sorpresa
cual sufriera jamás! Mi planta besa
el doméstico hogar y con espanto
retrocede mi frente;
de vecinos y gente
que en su rostro el quebranto
se halla esculpido y general trastorno

miro la entrada llena;
y en vano, en vano trémulo resuena
mi ansioso labio á todos preguntando
la causa que les guia;
nadie contesta á la palabra mia
y crece más mi afan; por fin mi oido
estremece un gemido
que mi pecho desgarrando
de mi querido padre el dulce nombre;
tras su eco acerbo con pavor me lanzo....
¡Espectáculo atroz! ¡Sombra adorada
que todavia á recordar no alcanzo,
sin que se vea bañada
de lágrimas amargas mi mejilla...!

Allí, sobre aquel lecho
do tantas veces yo miré tranquilla-
mente gozar su fatigado pecho
de un sueño dulce el plácido descanso,
su cuerpo estaba exánime tendido;
y en el terror sumido
mi espíritu, y agitado
tal vez por la esperanza,
lo que los ojos ven á creer no alcanza.

Una vez y otra vez, triste, le llamo
y le vuelvo á llamar ¡Mas no responde!
¡Su lengua seca el frio labio esconde!
Y miéntas que derramo
en su pálida frente
mil y mil besos, con cariño ardiente
cierro su mano, y hiélase la mía;
y en pós de alivio golpe tan profundo
busca su corazon...! Sólo en el mundo
mi placer fué llorar...! ¡Ya no latía!

.....

Y renació la aurora
y con ella su luz radiante y pura,
y abriéndose las flores que colora
el llanto las roció de mi amargura.

Y del brillante sol los rayos rojos
que el suelo doran coronando el cielo,
negros aparecieron á mis ojos
como el crespon, enseña de mi duelo.

Y no oí de las aves la armonía
ni el dulce murmurar del manso río,
que en todos los objetos ví el vacío
que aquí, en mi pecho, el corazón sentía.

Y aquel dolor, que en mi niñez abrigo
no pudo hallar cuando quedé sin madre,
me laceró á la pérdida de un padre
que á la par era mi mejor amigo.

Y caminando en pos de los reflejos
de aquella imagen que yo amaba tanto,
brillaban en mi mente sus consejos
á través de las sombras y el espanto.

Y perdido, quizás, entre la oscura
niebla que tras su muerte me cubría,
me hallé junto á su triste sepultura
y mi labio su nombre repetía.

De pronto con fragor sierpe de fuego
á través de la bruma resplandece;
siento crujir mis huesos, y luego
un espectro á mis ojos aparece.

«Yo soy, me dice, y aquella voz me aterra;
yo soy, repite, ¿tiemblas? ¡insensato!
como todos los seres de la tierra
tú también, hijo mío, eres ingrato»

«Eres ingrato, sí, porque infelice

vienes acaso con mentido llanto,
 á turbar el reposo sacrosanto
 del que en esta mansion yace felice.»

«Porque tu voz sacrílega me obliga
 á salir de este sueño del olvido,
 y recordar un mundo corrompido
 do sólo triunfan la maldad é intriga.»

«Donde el hombre de bien del cruel destino
 sufre todo el rigor con fe sumisa,
 y es flor que crece en medio de un camino
 que el caminante impunemente pisa.»

«Donde la envidia engendra odios insanos
 y es la virtud de la calumnia presa,
 y el oro se disputan los humanos
 como lobos hambrientos una presa.»

«Donde es la caridad palabra vana
 que á la indigencia sume en el abismo,
 ni es el que más trabaja el que más gana
 y la amistad tan solo es egoismo.

«Mira este pecho que apuró el veneno
 que ingratitudes mil en el lanzaron,
 mira cuantas heridas á mi seno
 las falsas amistades prodigaron.»

«Mira este llanto que mi rostro baña,
 nacido de un carácter probo, honrado;
 y verás en el mundo que he dejado
 á los buenos sufrir del mal la saña,»

.

Y de un ángel tomando la figura
 sus alas estendió de oro y topacio,
 «¡ Yo velaré por tí desde la altura! »
 y se perdió su sombra en el espacio.



EPIGRAMAS.

¡Feo llama usted á Gustavo?
—Y lo es, Adela mia.
—¡Si hace un bravo mozo, tía!
—Pero no tiene un ochavo.

—
Que jamás halló un ingrato,
Dice, el avaro Miguel;
Y á fe, que tiene razon,
Porque en su vida hizo un bien.

—
A un enfermo su doctor
Le estaba diciendo ufano
Que el boticario le hacia
Semanalmente un regalo;
Y él contestó: ahora comprendo
Porque V. receta tanto!



LETRILLA.

—
Que gaste, doña Pepilla,
Trages mil de seda, tules,
Gorros pajizos ó azules
Y riquísima sombrilla,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas que estos arreos, Lupercio,
Que al lujo rinden ofrenda,
Sean de ilícito comercio,
Siendo su esposo de hacienda;
Yo no lo puedo creer!

Que se afane, doña Juana,
En encubrir su vejez,
Y la que es cara de nuez
Trocar piense en avellana,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas que dé en la tentacion
De creer no haya un ladino,
Que descubra el pergamino
Debajo del vermellon;
Yo no lo puedo creer!

Que el alferez don José,
En sus necias pataratas,
Haga entre damas bravatas
De valor, y en el café,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas que al rugir los cañones,
No hablo en las salvas, par diez,
Se resientan á la vez
De su miedo los calzones,
Yo no lo puedo creer!

Que espuesto al bárbaro encono
De las lides, don Luis,
Defendiendo patria y trono
Viera su vida en un tris,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas que en pago á su constante
Desvelo, la patria ingrata,
Con el hambre que le mata
Le contemple de cesante;
Yo no lo puedo creer!

Que se enamorese, Hilario,

Con los muchos pretendientes,
De Ildefonsa por sus dientes
Y robusto tafanario,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas que al imprevisto ataque
De un registro algo sutil,
Los unos fuesen marfil
Y lo demás miriñaque;
Yo no lo puedo creer!

Que ántes que casado hubiese
Fuera, Pedro, un mal barbero,
Que un desdichado puchero
Apénas catar pudiese,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas que hoy gaste carretela,
Y él á entender quiera dar
Que lo gana con rapar
O sacando alguna muela;
Yo no lo puedo ereer!

Que ántes ó al primer traslado,
A dos partes en contienda,
Su parecer, como entienda,
Si lo piden, dé un letrado,
Nada hay de raro, á mi ver;
Mas, para el fuego atizar,
Que á entrambas razon les cante
Porque, sin ser litigante,
El solo venga á ganar;
Yo no lo puedo creer!

Que la pereza, aflojando
Todos mis miembros, en suma,

Me obligue á soltar la pluma
 Fin á la letrilla dando,
Nada hay de raro, á mi ver;
 Mas que en otras no prosiga
 ¡Por vida de Bersabé!
 Y que verdades no diga
 Tal vez porque más no sé;
Yo no lo puedo creer!



Á D. FRANCISCO CERDÓ,
*primer actor de la compañía dramática en el
 teatro de esta ciudad.*

¡Honor á ti! ¡Oh artista venturoso!
 Que animando la bella fantasía
 Con mágico poder el alma mía
 Trasportas á su ensueño deleitoso.

¡Honor á tí! ¡Oh joven! que animoso,
 Sin que te arredre la escabrosa vía,
 Hacia el templo caminas do Thalía
 Su trono ostenta de laurel hermoso.

Sigue, sigue constante en la ardua empresa,
 Cual águila tu vuelo remontando
 En las alas del génio refulgente;

Los ámbitos celestes atraviesa,
 Y junto á Talma, célebre, llegando,
 Ciña su mano tu gloriosa frente.



Cuento epigramático.

Un navarro montañés
Un día siguiendo rastro,
En las ramas de un nogal
Vió un hermoso papagayo;
Y sin respeto al plumaje
Que dora su rico manto,
Su escopeta de dos tiros
Le iba á disparar el ganso,
Cuando el perito animal,
Después de haberle soltado
Una récia carcajada,
Gritó: ¡fuego, cañonazo!

Y el buen hombre que lo oyera,
La habilidad ignorando
De dichas aves, al suelo
El arma tiró asustado,
Y, quitándose el sombrero,
Dijole muy cortesano:
Caballero, mil perdones,
Yo pensé que era usted pájaro!

**EPIGRAMAS.**

Desde que prestó José
Cierta cantidad á Pedro,
Cuenta un enemigo más
Y algunos doblones ménos.

Al prior de San Cayetano
Diz que, en cierta lotería,
De varias suertes que había
Le cupo la de un marrano;
Y uno de los que despuntan
En juzgar las cosas bien,
Dijo al darle el parabien:
Dios los cría, ellos se juntan.

—
Dos cosas, no sin razon,
Me cargan sobremanera:
Un clérigo calavera
Y un militar santurron.

—
—¿Tú eres administrador
Y te apellidas Hurtado?
—¡Que! ¿Te extrañas?—En rigor
Le convendría mejor
Tu nombre al administrado.

—
Mauregato se obligó
Dar á Abderramen cien bellas
Cada año, *todas doncellas*,
Y es fama que lo cumplió.
No hizo poco, pues hoy dia
Trabajillo costaría.

—
No concibo de Tomás
El afan de ser alcalde,
Cuando afirma que jamás
Presta servicios de balde.



EL TRIUNFO
DE LA ESPAÑA.

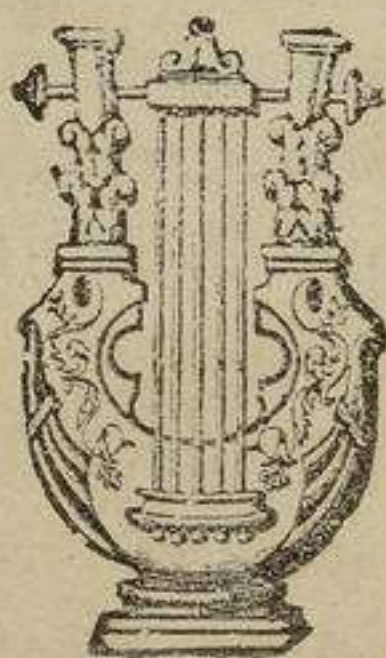
LOA ALEGÓRICA

REPRESENTADA EL AÑO 1849

EN EL TEATRO PRINCIPAL DE ESTA CIUDAD,

EN CELEBRIDAD DE LOS CUMPLEAÑOS DE S. M.

LA REYNA DOÑA ISABEL II.



Imprenta de Miguel Parpal.

PERSONAS.
~~~~~

ESPAÑA.

EL GÉNI0 DEL MAL.

PELAYO.

EL GÉNI0 DEL BIEN,

LA FUERZA.

CORO DE ÁNGELES.



*El teatro representa un hermoso jardín, sembrado de laureles, en donde se verán varios sepulcros de guerreros antiguos que dieron lustre á la España; en primer término á la derecha del espectador el sepulcro de Pelayo y en el centro el templo de la Fama.*

## ACTO ÚNICO.

### Escena primera.

*El génio del mal y la España.*

ESPAÑA.

¡Tente...monstruo! ¿No basta á tu alma dura haber llenado de miseria y llanto á esta madre infeliz que era el encanto de la Europa tal vez por su hermosura?

¿Que en medio de mi triste desventura, no hartado de horrores, quieres todavía desvanecer de la esperanza mía la débil llama que en mi seno aún arde, y cebarte feroz como cobarde, de tu víctima inerme en la agonía?

GENIO DEL MAL.

¡Esperanza...! ¿Se atreverá tu loca ilusión á gozarse en tal acento? ¿Esperanza has clamado en el momento que hasta el aire que aspiras te sofoca? La vista estiende y hasta donde toca observa mi poder ¡Miseria España!

Y hallarás por doquier que la zizaña,



que con pródiga mano voy sembrando,  
tus fértiles campiñas maleando  
ni una miés deja libre de mi saña.

Allí verás el pecho que algún día  
inmarcescible lauro alimentaba  
y en tu defensa osado levantaba  
el duro acero y la cabeza erguía,  
envuelto en la falaz hipocresía;  
y al escuchar tus débiles gemidos  
votos hacerte de lealtad mentidos  
para entregarte, en mengua á tu decoro  
á trueque de saciar su vil sed de oro  
impunemente á manos de bandidos.

Allí verás las leyes quebrantadas,  
el honor sin piedad escarnecido,  
el mérito en las sombras del olvido,  
la intriga sobre cumbres elevadas;  
y en hordas por doquier diseminadas,  
llevadas del furor de su odio insano,  
armada del puñal su cruda mano  
á tus hijos verás, infeliz madre,  
verter la sangre de su propio padre  
sobre el tronco humeante del hermano.

#### ESPAÑA.

¡Génio del mal! ¡Horrible pesadilla!  
¿Porqué en turbar te places mi reposo?  
¿Cuando has de poner fin al ominoso  
luto en que sume tu feroz cuchilla  
al refulgente trono de Castilla?

#### GÉNIO DEL MAL.

Cuando vea, en lugar de gayas flores,  
al soplo de mi aliento emponzoñado,



de insepultos cadáveres sembrado  
este vergel de plácidos amores;  
y á tus hijos sin fe volar traidores,  
tras despojarte de poder y gloria,  
á prestar homenaje á mi victoria,  
repartiendo, crueles, tus entrañas  
entre fieras famélicas y extrañas,  
borrando así del orbe tu memoria.

## ESPAÑA.

No será, no, miserable,  
que á pesar de tu veneno  
aun circula por su seno  
sangre noble de español;

Y contra el rencor precito  
de tus instintos feroces,  
tremolarán á mis voces  
el nacional pabellon;

Y en torno mío mis hijos,  
aunque á tu infamia no cuadre,  
esclamarán: «dulce madre  
por tí queremos morir»

Y al recibir mis caricias,  
enlazándose las manos  
dirán: «pues somos hermanos  
sea único nuestro fin»

Y esta marchitada frente  
al tocar tanta ventura,  
recobrará la hermosura  
que le robaste, cruel;

Y postrada tu fiereza  
ante mi firme constancia,  
veré tu necia arrogancia  
hundirse bajo mis piés.



## GÉNIO DEL MAL.

Como te engañas, infeliz matrona,  
tus voces...! en tu pecho se ahogarán,  
y tu dorado cetro y tu corona  
su brillo hechos pedazos perderán.

## ESPAÑA.

¡Imposible.! Porque siempre  
de los españoles pechos  
acreditaron los hechos  
la acrisolada lealtad;

Y al verme en tus garras presa,  
víctima de tus amaños,  
guiados por los desengaños  
á socorrerme vendrán.

## GÉNIO DEL MAL.

No sueñes en la ventura,  
que la imagen cariñosa  
de una madre bondadosa  
ya no contemplan en tí;

Pues si alguna vez su mente  
tu memoria resucita,  
es para arrastrar, maldita,  
de madrastra el nombre vil.

## ESPAÑA.

¡Impostura!

## GÉNIO DEL MAL.

No, matrona,  
que en tus párpados vertió  
mi aliento pesado sueño,  
y así conseguí, feroz,



que al buscar en su infortunio  
tus hijos en tí favor,  
hallando á sus ruegos sordo  
el materno corazon,  
en su seno se engendrarse  
contra tí infernal rencor.

## ESPAÑA.

¿Pero olvidaste, insensato,  
que puro siempre brilló  
el honor sobre la frente  
del magnánimo español,  
sin que pudieran tus iras  
con su aliento corruptor  
disipar de sus fulgores  
el más ligero arrebol?

*(Pausa.)*

Mira esos mármoles frios  
que la g'oria levantó,  
coronados de laureles  
que brotan en su alrededor;  
ellos los restos encubren  
de aquellos que tu ambicion  
en otro tiempo humillaron  
con su lealtad y valor.

Y pues, mis hijos, del lustre  
de sus padres dignos son,  
yo me lanzaré en sus brazos,  
y, haciendo escuchar mi voz,  
de la sangre que circula  
por su yerto corazon,  
muy en breve sentirán  
renacer todo el ardor.



GÉNIO DEL MAL.

Es que al llegar á este sitio  
do mi astucia te llevó,  
cerráronse tras de ti  
las puertas de salvacion;  
y nadie abrirlas podrá.

### Escena segunda.

*En este momento se oye un ruido como de losas que se mueven y aparece Pelayo sobre su sepulcro.*

*Los mismos y Pelayo.*

PELAYO. *(al Génio del mal.)*

Te engañas, misero, yo.

GÉNIO DEL MAL. *(con horror.)*

ESPAÑA. *(con alegría.)*

¡Pelayo...!

PELAYO. *(á España.)*

Que hoy deja la tumba sombría  
para revelarte que apiadado el cielo,  
un angel hermoso derrama en tu suelo  
que lleva consigo la dicha y la paz.

*(Se oyen adentro las voces de viva, viva.)*

Del íbero escucha la voz que resuena  
poblando los aires de alegres victores,  
que al mirarse libre de tantos rigores  
á Isabel dirige.....

GENIO DEL MAL. *(con horror.)*

ESPAÑA. *(con alegría.)*

¡A Isabel!

PELAYO.

Sí, mirad.



**Escena tercera.**

*Transfiguracion rápida del templo de la Fama en gloria radiante, en medio de la cual deja verse un dosel con el retrato de Isabel II custodiado por el Gé- nio del bien y la Fuerza, ostentando, además de sus respectivos atributos, la enseña española; Pelayo se hunde en su sepulcro; el Gé- nio del mal cae de rodillas cubriéndose el rostro con el manto; la España se pos- tra en actitud de gracias y la música rompe. (Todo esto se ejecutará en un tiempo.) Mientras tanto, el coro de ángeles, que deberá ocupar las gradas del trono, llevando ramos de laurel y olivo, simbolos de vic- toria y paz, pasa á cubrir los lados del escenario; cui- dando la direccion de dar á este cuadro la mayor y simétrica hermosura posible.*

**CORO.**

*Españoles cesaron las penas,  
brille pura en el pecho la fe,  
y de amor en las aras postrados  
adorad á la augusta Isabel.*

**GÉ- NIO DEL BIEN.**

Desde el trono paterno sentada,  
cual estrella radiando luz pura,  
con afan por la paz y ventura  
velarás de la Hispana nacion.

Yo del crimen cortando las alas  
la virtud premiaré diligente,  
y dichosa veré tu alma frente  
coronarse de vivo esplendor.

Yo á la sombra, divino querube,  
abrigado de tanta belleza,  
mil raudales de inmensa riqueza  
sobre el suelo Español verteré.



Yo poblando los líquidos mares  
de bajeles que surquen sus olas,  
las enseñas verán españolas  
por doquiera ostentar su poder.

Yo el arado con mano segura  
por tu suelo feraz dirigiendo,  
sus abrojos iré convirtiendo  
en guirnaldas de fruta y de flor.

Yo nobleza daré á las ciencias,  
odio al vicio y pereza inspirando;  
yo la pluma y pincel manejando  
daré lucro á las artes, y honor.

#### CORO.

*Espanoles cesaron las penas,  
brille pura en el pecho la fe,  
y de amor en las aras postrados  
adorad á la augusta Isabel.*

#### LA FUERZA.

Yo al cobarde puñal que te amague  
opondréle mi pecho de malla,  
yo seré inexpugnable muralla  
que tus leyes hará respetar.

Yo haré vasto tu imperio, y famoso,  
y aherrojado con duras cadenas  
el caribe que labre tus penas  
á mis plantas feroz gemirá.

Sí, Isabel, en España reinando,  
reinarás adorada y temida,  
y á tu nombre mi frente ceñida  
será siempre de hermoso laurel.

Y admirada en la paz y en la guerra,  
al rugir de mis fieros leones,



rendirán las restantes naciones  
su estandarte, temblando, á tus piés.

CORO.

*Españoles cesaron las penas,  
brille pura en el pecho la fe,  
y de amor en las aras postrados  
adorad á la augusta Isabel.*

*(La España y el Génio del mal se levantan.)*

GÉNIO DEL MAL. *(á España.)*

Has triunfado, no hay duda, matrona,  
de mi llama voraz los fulgores  
eclipsaron los puros albores  
de una tierna y divina beldad.

Pero tiembla...! mi sed de venganza  
escondida en mi seno respira,  
¡y ay de tí! si esa antorcha ella mira *(señalando  
(el retrato de Isabel II))*  
en su trono una vez vacilar.

*(Desaparece por escotillon lanzando al hundirse  
una llamarada.)*

ESPAÑA. *(al Génio del mal.)*

¡Huye, monstruo, á esconder tu fiereza  
del averno en los antros profundos,  
y á tus cohortes de génios inmundos  
tu desdicha á contar, triste, vé;  
miéntras dulce y celeste sonido  
á los pechos hispanos inflama,  
y en gozosos acentos derrama  
loores mil á la excelsa Isabel!

CORO.

*Españoles, cesaron las penas,  
brille pura en el pecho la fé,*



*y de amor en las aras postrados  
adorad á la augusta Isabel.*

*( El teatro se ilumina de un vivo resplendor, se  
aguarda que la música concluya y cae el telon. )*



## SENTENCIAS.

Sólo disfruta, el ávido usurero,  
Una vida feliz en apariencia,  
Porque mira en su afan, que es el dinero,  
El gusano roedor de su conciencia,

—

Que no ceda una flor á la violencia  
Del huracan es harto milagroso;  
Pero nada más digno y asombroso  
Que la virtud resista á la indigencia.

—

El vulgo es, Fabio, un monstruo indescrptible,  
Que alimentado solo con patrañas  
A la razon se muestra resistible:  
Así es más dócil cuanto más le engañas.

—

A ninguno desprecies y se atento  
Aún con aquel de más humilde cuna,  
Y sin mirar su clase ni fortuna  
Acata las virtudes y el talento.

—

Es la muger dotada de hermosura  
De amor bello trasunto y de placer,



Y cuando abriga una alma buena y pura  
Entónces es un ángel la muger.

—

Si de una leve perla se despoja  
De límpido rocío, el almo cielo,  
Halla siempre al caer sobre este suelo  
El cáliz de una flor donde se aloja.

Y aunque el Génio del mal al mundo aflija,  
Todo sano principio en él vertido,  
Encuentra un corazon no corrompido,  
Que benigno en su seno le cobija.

—

Si llevar á los otros diligente  
Del bien por el sendero te prepones,  
¡Oh, mi querido Fabio! ten presente  
Que vale más ejemplo que sermones.



## AL DR. D. JOSÈ M. GUARDIA.

*Oda escrita á consecuencia de haber dicho Sr. Guardia comentado, vertido al francés y publicado en Paris, ó por mejor decir, desenterrado la obra del médico filósofo D. Juan de Dios Huarte «Exámen de los ingénios para las ciencias» que yacia desde muchos años bajo el polvo del olvido.*

¡Oh! Si me fuera dado en este instante  
pulsar la lira, cuyas cuerdas de oro  
un tiempo hizo vibrar sublime el Tasso,  
con acento sonoro,  
encumbrado en la cima del Parnaso



las glorias yo cantara  
del jóven Guardia que la luz del día  
miró, al nacer, desde la patria mía.

—  
¡Divina inspiracion! préstame ahora  
por un solo momento el fuego ardiente  
que el corazon inflama, y que la mente  
con su llama agitando hace creadora,  
para que pueda yo con raudo vuelo  
remontarme hasta el cielo  
ceñida de laurel mi frente oscura,  
y ensalzar en sus ámbitos mecido  
al génio esclarecido  
repitiendo tu nombre por la altura.

—  
¡Tu nombre! es ilusion, perdona ¡Oh! Guardia,  
si á la grata emocion que mi alma siente  
al ver que refulgente  
se anuncia al mundo, cual brillante estrella,  
debe mi labio osado  
haberle profanado.

—  
Perdona, si mi voz solo avezada  
al risueño cantar, hoy, sin más arte,  
de mi sencillo plectro acompañada  
me atrevo á levantar para cantarte;  
y si te dignas escuchar mi acento,  
mi pobre acento, amigo, considera  
que si á mi pecho débil falta aliento,  
le sobra un alma á la amistad sincera.

—  
¡Llor mil veces y mil! Tú que anheloso  
de gloria y de ventura,  
abandonas el suelo que gozoso



te vió nacer, y sin consuelo dejas  
padres y amigos de la infancia pura  
para seguir el áspero camino  
que de las luces te mostró el destino;  
y con el pecho lleno de esperanza  
y de entusiasmo hirviente,  
tu indagadora mente  
hacia Lutecia con fervor te lanza;  
do del génio en las alas  
en las etéreas salas  
divina estrella fúlgida apareces  
y sobre nuestro suelo resplandeces.

—

¡Gloria á tus padres pues, gloria á Menorca,  
y gloria al pueblo de Alayor que mira  
desde su humilde é ignorado asiento  
á un hijo suyo que la ciencia inspira!

—

¡Gloria á España tambien, gloria á mi acento  
que el estro agita y á cruzar me lleva  
el espacio infinito;  
y atravesando bóvedas inmensas  
de azules gasas y de nubes densas,  
lleno de arrobo místico visito  
la mas alta region! ¡Region divina  
cuya atmósfera es luz, y al oído grato  
un eco dulce sin cesar resuena,  
que con la esencia que despide fina  
más que la de la rosa y la azucena  
allí la «siempre vive,» enagenada  
del mortal queda el alma á su llegada.

—

¡Oh celeste ilusion! No me abandones



y deja que contemple embelesado  
esta feliz morada, y que ios dones  
admire del «Saber» que la ha creado  
para mansion del génio que sublime  
logra arrancar con portentosa mano  
á la Naturaleza algun arcano.

—

Allí observo á Colon, Séneca, Homero,  
Hipócrates tambien, Newton, Linneo,  
Copérnico, Cervantes, Galileo,  
Fenelon y otros cuyos nombres fuera  
ocioso producir. Todos su vista  
en mi tienen clavada; mas su frente  
permanece impasible, únicamente  
asomar se divisa  
en un rostro de tantos la sonrisa,  
que en vigor y en agrado  
sigue en aumento cuanto más se acerca  
al sitio do me encuentro estasiado;  
y al llegar junto á mi con gran contento  
el espíritu aquel, una mirada  
me lanza de placer y su voz dulce  
penetrando en mi alma vibrar siento.

—

¡Canta, me dice, canta! que este acento  
yo soy quien te lo inspira,  
yo quien temple tu lira,  
yo quien hace mover sus cuerdas de oro  
con valedora mano.  
¡Canta al jóven hispano!  
y con eco sonoro  
repítele cien veces y otras ciento  
cuan grato me es su nombre;



que desde esta mansion donde me siento  
velando siempre estoy porque del hombre  
de mediano saber la envidia fiera  
no clave en él su diente,  
ni la calumnia vil que ella fecunda  
su corazon destroce furibunda.

—  
Pero ¿adonde, génios de mi lira, adonde  
mi mente conducís? ¿Esa sonrisa...,  
ese ser que me nombra  
al jóven á quien canto, y me precisa  
su frase á repetir, es una sombra  
que vaga en torno mio, una vana quimera  
hija de mi exaltada fantasía,  
ó la imagen real y verdadera  
de ese español ilustre,  
de ese divino Huarte, cuya memoria  
á través de los siglos estinguida  
devolviera á la vida  
el jóven Guardia para eterna gloria?

—  
Sí ¡Ella es! Dudar no cabe  
ya de la realidad, en este instante  
su acento me dirige:  
aliéntale, me dice, aliéntale constante,  
la empresa á terminar que comenzada  
tiene sobre este suelo,  
y rasgue el denso velo,  
baldon de nuestra España, que en la nada  
á tanto ingénio oculta,  
que al descubrir sus obras admiradas  
fueran sus luces de la Europa culta.

—  
Y aquí, junto á mi lado,

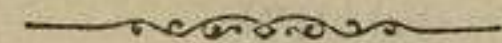


ceñido de aureola refulgente,  
un lugar eminente  
ocupará su genio afortunado.



### Á LA MEMORIA DE MI MADRE

MUERTA EN MI NIÑEZ.



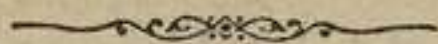
#### SONETO.

No riegue el mármol, venerable cuna  
De tus cenizas, con su luz sombría  
Del fosfóreo fulgor la llama fría,  
Ni el resplandor de amarillenta luna;  
Ni á tu sueño feliz le sea importuna  
Del mundano rumor la voz impía,  
Ni enjугue tu sudario ¡Oh madre mia!  
De mi acerbo dolor lágrima alguna.

Sólo, si, aprende de este tierno acento  
Que el beso amargo que mi frente helara,  
Quizás marcando tu postrer aliento,  
En tanto que esta vida nos separa  
Aquí, en mi corazon, tendrá su asiento  
¡Triste recuerdo de tu imágen cara..!



### LETRILLA.



Mientras que Carlota  
fué casta y modesta,



trabajando mucho  
moría de miseria.

Pero hoy que comprados  
favores dispensa,  
sin afan ninguno  
nada en la opulencia:

*Porque en este mundo,  
que es picaro, medra  
sólo aquel que tiene  
poquita vergüenza.*

—  
Miéntra el doctor Plácido,  
pozo de ciencia,  
sin otro artificio  
muere de miseria...

Gil, que sólo farsa  
aprendió, y se muestra  
hecho un Dulcamara,  
nada en la opulencia:

*Porque en este mundo,  
que es picaro, medra  
sólo aquel que tiene  
poquita vergüenza.*

—  
Miéntas que don Frutos  
sábía empuñó y recta  
de la ley la vara,  
moría de miseria;

Pero hoy que, flexible  
la dobla y se presta  
al que de oros triunfa,  
nada en la opulencia:

*Porque en este mundo,  
que es picaro, medra*



*sólo aquel que tiene  
poquita vergüenza.*

—  
Mientras que don Crispulo,  
fiel á su bandera,  
gime postergado  
muerto de miseria;

Tello, que al partido  
que sube venera,  
con grados y honores  
nada en la opulencia:

*Porque en este mundo,  
que es picaro, medra  
sólo aquel que tiene  
poquita vergüenza.*

—  
Mientras que Juanito  
tuvo conciencia,  
érase un Juan Lanas  
muerto de miseria;

Pero hoy que es del prójimo  
voraz sanguijuela  
todos le saludan,  
nada en la opulencia:

*Porque en este mundo,  
que es picaro, medra  
sólo aquel que tiene  
poquita vergüenza.*

—  
Mientras que yo libre  
diga lo que sienta,  
seré un botarate  
muerto de miseria.

Pero si adulara



mintiendo mi lengua,  
me veria acatado  
lleno de opulencia:

*Porque en este mundo,  
que es picaro, medra  
sólo el que no tiene  
pizca de vergüenza.*



Habiendo D. F. G., Gerente de «El Eco de Menorca» periódico que se publicaba en esta Ciudad el año 1856, despues de cierta disputa completamente agena al asunto mediada entre él y nosotros, manifestado á varios de sus amigos que por insulsa no insertaría en las columnas de su publicacion la anterior letrilla, que, algunos dias antes, le habiamos entregado al efecto; enterados del caso reclamamos el original mandándole el siguiente soneto.

AL SEÑOR D. F. G.

GERENTE DE EL ECO DE MENORCA.

Puesto que por insulsa ú otras razones,  
*El Eco* que forjais á maravilla,  
No insertará en sus planas mi letrilla,  
Entregadla al dador de estos borrones;  
Que envidia tengo yo, como el sol brilla  
Aún á través de espesos nubarrones,  
Sobrándonos imprentas á millones,  
Junto á este mal soneto de imprimilla;



Para que de este modo del buen gusto  
 Puedan llorar unidos los desprecios,  
 Cosa que no me da pena ni susto;

Pues, hecho á recibir golpes más recios,  
 Si á los talentos, como vos, disgusto,  
 Me honrarán los aplausos de los necios!



### EPIGRAMAS.

A su amada que tenía  
 Dientes de marfil, Juan, dijo;  
 Y ella contestó: no, Juan,  
 Que no los traigo postizos.

—

Esta moda que ahora impera  
 Debes bendecir, Jacinta,  
 Pues gracias á la pollera  
 Se ignora que estás en .....

—

Enriquecido, Pascual,  
 Por un medio indecoroso,  
 Compró el título pomposo  
 De marqués de Fuencarral;  
 Y al saberlo, don Melchor,  
 Dijo en público, señores,  
 Don Pascual alcanza honores  
 Y sólo le falta *honor*.





## AL REIR.

*Epistola dirigida á nuestro distinguido amigo el Director y Fundador de El Isleño, publicacion literaria que en 1848 vió la luz en Ciudadela, á consecuencia de habernos hecho el obsequio, el espresado Director, de invitarnos para que contribuyésemos con nuestro escaso talento á la confeccion de su apreciable periódico.*

No pienses amigo y dueño,  
Puesto que á escribir me invitas,  
Que moje con lagrimitas  
Las páginas de tu «Isleño»,  
Pues mi chirúmen risueño  
Si acierta, por variar,  
Alguna vez á llorar,  
Cesa pronto, ó si te place,  
Diré más bien que lo hace  
Para su risa alentar.

Así es que me sucede  
Lo que al caballo fogoso,  
Que tras un corto reposo,  
Fiero, así mismo se excede;  
Y si involuntario ó adrede  
Entono algun triste canto,  
Excitando tal quebranto  
A mi alegre desvarío,  
A reir empiezo y me río  
Hasta de mi mismo llanto.

Si álguien cae y se hace mal,  
Aunque se rompa la boca,  
Mi risa luégo provoca



Su desventura fatal;  
Pues revisto índole tal  
Que un trancazo al recibir,  
Por más que me haga sufrir  
O me llegue á estropear,  
Aunque empiece por llorar  
Siempre acabo por reir.

Si alguna dama ó manola  
Paga mi amor con desprecios,  
No soy como aquellos necios  
Que acuden á la pistola;

Me rio y escurro la bola  
Corriendo en pos de otra amada  
Que me vengue, y tan burlada  
Queda con sus disfavores,  
Que rábía si en mis amores  
Suelto la atroz carcajada.

Si en invierno de capote  
Yo carezco y tengo frío,  
Del que lo gasta me rio  
Hasta en su mismo bigote;

Y á poco que apriete el trote  
Y el Norte acierte á soplar,  
Con tantos suelo topar  
Envueltos todos de largo,  
Que puedes hacerte cargo  
De risa llego á sudar.

Cuando arriesgo mi dinero,  
Verbi-gracia, en un albur,  
Aunque sin decirme abur  
Pase á manos del banquero,  
No creas que majadero  
Me exaspere con gemir,



Pues más ligero al salir  
Que iba al entrar, muy ufano  
Persuadido estoy que gano  
Lo perdido con reir.

En fin, risa me da el frío  
Y risa me da el calor,  
Y riendo del dolor  
De mi risa también río.

El carácter hé aquí mío  
Para todo cuanto mandes,  
Pues aunque marches á Flandes,  
Como quieras escribir,  
En materia de reir  
Puedes contar con

HERNANDEZ.



*En vista de la antecedente, el citado Director, terciando en el asunto se constituye defensor del llanto al que tributa sus elogios, protesta contra la risa y concluye por ofrecernos sus lágrimas.*

## SIGUE LA BROMA.

Mi caro amigo Carrió:  
Fuerza es que te haga saber  
El suceso que al leer  
Tu carta, en esta ocurrió;  
Pues apenas vide yo  
Tus pucheros, aunque aprisa  
Pudiese echarme en camisa



Para estar mucho más horro,  
Tuve que pedir socorro  
Por no reventar de risa.

Asi fué, que cuanta gente  
A mis voces acudia,  
Al mirarme, se reía,  
En un trage tan decente;  
Y como de este accidente  
La causa hube de emitir,  
Empezaron á reir  
Y fué tal la risa, á fe,  
Que á estrago tanto no sé  
Como pude resistir.

Mas como es muy natural,  
Siendo medicar mi oficio,  
Quise hacerte el beneficio  
De consultar por tu mal,  
Y decidió muy formal  
En reunion el cuerpo médico:  
«Que si del carácter tétrico  
No desistes, poco á poco  
Acabarás por ser loco,  
O bien que morirás hético.»

¿Y no ves, amigo mio,  
Que es mucho más alhagüeño  
Ser llamado, uno, Risueño  
Que apedillarle Sombrió?

Corrige, pues, tu desvío  
Antes que se haga notorio,  
Y de un mundo transitorio  
Procura al ménos gozar:  
Ya tendrás de que llorar  
Si marchas al Purgatorio.



¿O piensas bajo tus piés  
Con tu llanto, no seas bobo,  
Hacer dar la vuelta al globo  
Veinte veces al revés?

Riete conmigo, pues,  
De todo cuanto el sol dora,  
Y puesto nada mejora  
Quien llorando se enagena,  
No quieras ser alma en pena  
Antes que llegue tu hora.

Lo que extraño y con razon,  
A no ser que me aborrezcas,  
Que tus lágrimas me ofrezcas  
Como si fuesen turrón;  
Guarda tan famoso don  
Para á un entierro asistir,  
Y en volviéndote á escribir  
Te mandaré unas letrillas,  
Que sin hacerte cosquillas  
Muchísimo has de reir.



*Nuestro querido antagonista prosigue su defensa á favor del llanto, y en ella manifiesta que nuestra risa, que traduce por manía, le hace llorar y que sólo sabe disfrutar aquel que llora; llama á los médicos plaga horrible, y por último añade: que si bien concibe perfectamente que un abogado ó un juez puedan reir, no le es dable en manera alguna comprender que la risa sea susceptible de asomarse á los labios de aquellos que por razon de su carrera se ven obliga-*



*dos á contemplar de continuo las miserias y lamentos de la humanidad doliente.*

## CONTINÚA LA MÚSICA.

### I.

Mi pluma tomo, y por la vez tercera  
A salir al palenque me apresuro,  
Y pues dará que hablar nuestra quimera  
A las naciones cultas me figuro,  
Vamos á ver quien logra la bandera  
Sacar triunfante de tamaño apuro;  
Que asunto es peliagudo, á no dudar,  
Defender el reir contra el llorar.

### II.

¡Oh vate malhadado! Ya te veo  
Tregar á rienda suelta la aspereza  
Sobre indómito bruto, cuyo deseo  
Es tan solo estrellarte la cabeza.  
¡Sosiega, pues, tu horrible devaneo,  
O víctima serás de su fiereza!  
Y al querer apearte, al fin y al cabo  
Tendrás que hacerlo, amigo, por el rabo.

### III.

¿Y puedes, dime, hallar en este mundo,  
Do con afan se busca la alegría,  
Alma tan insensata que un segundo  
Pueda aguantar tu atroz melancolía?  
¿No temes, dí, que un brazo furibundo  
Te haga entender algun solemne día,  
Que á los chiquillos cuando son llorones  
Hay que hacerles callar á mojicones?



## IV.

Deja de persistir en el empeño  
De sostener tu abominable llanto,  
Cuya espantosa faz y hórrido ceño  
Del mal estar es hijo y del quebranto;  
Y mira de la risa el alhagüeño  
Rostro nadar feliz en el encanto,  
Y brindar del placer la copa henchida  
Que los tragos endulza de la vida.

## V.

Mas si, como yo creo, eres cristiano,  
Y mi sano criterio no es bastante  
Para librarte del error insano  
Que devora tu pecho, agonizante  
Observa al Redentor del ser humano,  
Y verás en su plácido semblante  
Que, hasta apurando el cáliz de amargura,  
A su lábio asomó la risa pura.

## VI.

Fija la vista en la Natura hermosa  
Al desplegar sus nítidos albores,  
Y tú verás la esbelta mariposa  
Risueña saludar las rientes flores;  
Y escuchando la alegre y melodiosa  
Sonrisa de aves mil, de mil colores,  
Aprenderás que el Hacedor del día  
Con su luz derramó dulce alegría.

## VII.

Y si logras, feliz, alzar el vuelo  
Y más allá de las estrellas subes,  
Dejando á los mortales de este suelo  
Para mecerte en las doradas nubes;



Allí verás embalsamar el Cielo  
Con cánticos alegres los querubes,  
Pues solo lloran tristes sus pecados  
En el Infierno ¡guay! los condenados.

## VIII.

¿Adonde, pues, te arrastra tu desvío  
Al tomar á mi risa por manía,  
Porque de tus sollozos yo me río,  
Cuando á llorar te induce mi alegría?  
¿No concibes que es doble desvarío  
Publicar tan atroz majadería,  
Y nadie que me ria ha de extrañar  
De aquel á quien la risa hace llorar?

## IX.

Imágen del placer y de ventura,  
Como el fulgor de una divina estrella,  
Resplandece la risa hermosa y pura  
En los rosados lábios de una bella;  
El candor ella ostenta y la ternura  
Que cobija en su seno la donce'la,  
Dando á su rostro célica expresion  
Si palpita de amor su corazon.

## X.

Argumentos alegas que mi mente  
Adonde los forjaste no adivina,  
Pues no admities ni tienes por prudente  
Ver la risa ocupar la Medicina,  
Y la aceptas, espíritu demente,  
¡Vive Dios! que idea es bien peregrina,  
En la boca de un juez, cuyo rigor  
Empuña la cuchilla del terror.



## XI.

Y dime ¡Oh vate! Si un dolor terrible  
 Tu malhadado cuerpo atormentase,  
 Y en la que, *ingrato*, llamas plaga horrible  
 El consuelo solícito buscase,  
 ¿Que dirias si en vez de una apacible  
 Sonrisa que tu afan triste calmase,  
 Al verte, ¡ayes! en tu lecho echando  
 Se te acercase el médico llorando?

## XII.

Mas ¿qué puede esperarse del que dice  
 Que disfrutar no sabe quien no llora?  
 Yo he llorado una vez y la infelice  
 Mil veces maldecí, funesta hora!  
 Y porque veas cual te contradice  
 Sana razon, que más que nunca ahora  
 Aboga en mi favor, aunque sencilla  
 Por conclusion inserto esta=

## LETRIILLA.

## FIN DE LA CENCERRADA.

Leí en un libro ó legajo  
 De un filósofo profundo,  
 Que rie de medio mundo  
 El otro medio á destajo;  
 Y comprendí sin trabajo,  
 Tras un corto discurrir,  
 Que no pudiendo impedir  
 En contra de mí ese mal,  
 Para quedarme cabal  
 De todos debia reir.

De aquel viejo almibarado



Que hechándola de cupido  
Tras de las Filis perdido  
De ellas se juzga adorado;  
Cuyo semblante arrugado  
No le hace concebir  
Que si llega á conseguir....  
Debe el triunfo al oro bello  
Y no á su cano cabello,  
Quiero reir.

---

De aquel inberbe mocito  
De doce á catorce abriles,  
Que con humos varoniles  
Sabe á leche y no poquito;  
Que con tiple de pollito  
Suele enfático argüir  
Sobre el zenit y el nadir,  
Y que se mete á fumar  
Por el afan de hombrear,  
Quiero reir.

---

De aquella muger científica  
Que deja la tigereta  
Por la Historia y la Gaceta,  
Y sabe más metafísica  
Que bordar ó hacer calceta;  
Que en vez de la aguja asir  
Para coser ó zurcir,  
De Crimea habla y de Atlan,  
Del Autócrata y el Sultán,  
Quiero reir.

---

De aquellos ojitos llenos  
De fuego y coquetería,



Que disfrutaban cada día  
De un par de novios lo ménos;  
Si cuando estos tiempos buenos,  
Por no volver á venir,  
Fugaces, vengan á huir,  
Han de acogerse á un rosario  
Por no haber visto al vicario,  
Quiero reir.

---

Del que de faltas ajenas  
En fólio es un ejemplar,  
Y que abandona sus faenas,  
Necio, para murmurar;  
Si como es muy regular  
Y fácil de colegir  
Que, miéntras en maldecir  
Emplea su lengua sin tasa,  
No vea hundir su propia casa,  
Quiero reir.

---

De aquella buena vasalla  
Que años cuenta sobre veinte  
Diez y ocho más que se calla  
Y haberlos pasado siente;  
Que porque un guiño elocuente  
Que la hiciera sonreir  
Jamás pudo ella advertir,  
Si la hablan de amor se asusta  
Y dice que no le gusta,  
Quiero reir.

---

Del fantasmon don Guillen  
Que des que hizo gran fortuna,  
—El cómo sin duda alguna



El lo sabe y Dios tambien—  
A sus deudos con desden  
Mira indigentes gemir,  
Sin que los pueda sufrir  
Su fatuidad altanera  
Por ser pobres como él era,  
Quiero reir.

De unos cuantos botarates,  
Que mentarlos fuera mengua,  
Que solo mueven la lengua  
Para soltar disparates;  
Que en los cafés como orates  
Sus voces dejan sentir,  
Y nunca para aplaudir,  
Pues hasta en lo más selecto  
Hallan siempre su defecto,  
Quiero reir.

En fin, si algun quisquilloso  
Halla, por sus cualidades,  
Amargas á mis verdades  
Y de ellas está quejoso;  
Lo que aquel perro al reposo  
Samaniego hizo decir,  
Le tendré que repetir;  
*(Si no estás inocente  
Dime ¿porqué no bajas las orejas  
Y si acaso lo estás de que te quejas?)*  
Y si por vengarse, audaz,  
Me apellidase mordaz,  
Seré forzado á reir.





## SENTENCIAS.

Mucho eleva un tesoro cuando el hombre  
Ha llegado á adquirirle sin bajeza;  
Pero vale más aún que la riqueza  
Trasmitir á sus hijos un buen nombre.

Es débil la muger, y el ampararla  
Es propio dei honrado caballero,  
De galanes servirla con esmero  
Y sólo de villanos deshonorarla.

Haz bien por hacer bien y no repares  
Que á ingratitudes mil estás espuesto,  
Y no admitas favor si no te hallares  
A pagarle con otro ya dispuesto.

Dignamente ejercido no hay oficio  
Ni carrera ninguna degradante,  
Sólo á la ociosidad, madre del vicio,  
Es aplicable el nombre de infamante.

Un áspid, es la envidia, ponzoñoso  
Cuyo diente sutil si al envidiado  
No le es dable morder, se ceba airado  
En el corazon ruin del envidioso.

## EPIGRAMAS.

¿Y te has de casar, Elisa,  
Con el señor Homobono



Que además de sus cuarenta  
Es tuerto, calvo y gangoso?  
—¿Y que he de hacer cara tía  
Si no se presenta otro?

—¿Con que te casas, Anton,  
Con aquella horrible vieja  
Llamada doña Atanasia?  
—No, Francisco, con su hacienda.



## HIMNO.

*Compuesto por encargo del Ayuntamiento de esta ciudad para celebrar la entrada de Su Ilustrísima, el señor Roda, Obispo de esta diócesis, año 1853. Música del maestro don Benito Andreu.*

### CORO.

*Llenos nuestros pechos  
De sacro fervor,  
Ansiosos esperan  
Tu bendicion.*

El grito general con que te aclama,  
Cifrando en ti este pueblo su ventura,  
Es el eco de amor y de ternura  
Que lanza el corazon puro y sin hiel;  
Y sube cual perfume de incensario  
Entre nubes de azul, nácar y grana  
A unirse con los cánticos de Hosanna  
Que entonan los querubes del Eder.



De almo coro la dulce melodía  
El pecho rebosar hace de gozo,  
Y no hay niño, muger, viejo ni mozo  
Que homenaje no rinda á su pastor;  
Y acuden en tropel con desvarío,  
Atraídos, tal vez, de un poder santo  
Para besar la fimbria de tu manto  
Y acatar al apostol del Señor.

De ese Señor principio de si mismo,  
Cuya mirada es luz del claro dia,  
Que a! universo entero mueve y guía  
El eco de su sola voluntad;

De ese Señor que desde las alturas  
Un cielo al justo de delicias labra,  
Y en tu boca derrama su palabra  
Y es: sólo su palabra la verdad.

De ese señor tres veces justo y santo,  
Cuyo poder como él es infinito  
Cuya bondad si no llega al precito  
En su seno recibe al pecador;

De ese señor que tres lustros mirando  
A esta sumisa grey marchar sin guía,  
Una mano benéfica le envía  
Que se convierta en angel salvador.

Y esta ¡Oh! Roda! eres tú, cuyas virtudes  
Digno te han hecho de mision tan santa,  
Y en este suelo al imprimir la planta  
Confunde las tinieblas con tu luz;

El error desvanece en que ha nacido  
Para ser de él esclavo siempre el hombre,  
Y enseña á conocer el santo nombre  
Del ser divino que murió en la cruz.



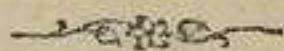
Salve, salve ¡Oh pastor! De tu llegada  
Brilló por fin el anhelado día  
Que de dicha nos colma y la alegría  
Palpitar hace nuestro corazón;

A tus plantas obsérvanos postrados  
Fijar la vista en tu mirada tierna,  
Y de fe llenos y esperanza eterna  
Compungidos decir en alta voz:

*Llenos nuestros pechos  
De sacro fervor,  
Ansiosos esperan  
Tu bendición.*



### ÉPIGRAMAS.



No te ciegue el patrio amor  
Diciendo á todos, Elena,  
Que fabricada en España  
Es tu primorosa tela,  
A ménos que no desees  
Verla pudrirse en tu tienda.

—

Don Pedro á un médico dijo,  
Queriendo echarle una pulla:  
Tomadme el pulso, doctor,  
Que ayer almorze de trufas;  
Y él le contestó, don Pedro,  
¿Soy albeitar por ventura?





## Una broma de carnaval.

### I

Un día... era de aquellos que en el mundo se celebran con fiestas y algazara, y en los que es más feliz el más fecundo para ostentar su extravagancia rara; quien figura un bajá, quien con inmundo antifaz de reptil cubre su cara, y por solo el afán de hacer el coco hasta el más cuerdo se convierte en loco.

### II.

De azul teñida la celeste esfera desplegó su inconsútil vestidura, y el astro que la dora, en su carrera mostraba el esplendor de su hermosura; las más livianas flores no meciera sus alas agitando el aura pura; todo, todo á gozar nos convidaba y al bullicio la gente se aprestaba.

### III.

Aquí con una mano que enamora guarnecido con franjas y con rosas, ceñíase Marta un traje de pastora para lucir sus gracias primorosas; y al mirarse al espejo encantadora en torno dando vueltas caprichosas, en tanto que el cristal la reflejaba saltos mil de placer esbelta daba.

### IV.

Sin duda alguna por travieso antojo, allá de años catorce un rapazuelo



llevaba un ancho casacon, que rojo fuera al usarlo el padre de su abuelo; bragazas de Boabdil tal vez despojo; y para dar á su disfraz más vuelo un paraguas tendido en una mano y en la cabeza un casco de romano.

## V.

Caracoles, zambombas, panderetas, rotos violines, trompas abolladas, atabales, silvatos y cornetas, sartenes viejas, cajas destempladas y otras mil zarandajas, que sujetas se hallan sólo al servicio en cencerradas, salían de sus húmedos rincones rindiendo al Carnaval sus ovaciones.

## VI.

Si he de decir el cómo, estoy seguro que aunque me esfuerce á dar con él no acierto, y á presumir, por tanto me aventuro que, así como á favor de un poder cierto tras sí el iman arrastra al hierro duro, aquel mismo horroroso desconcierto maquinalmente me llevó á obsérvalle y en bata y gorro me lancé á la calle

## VII.

Sacóme del letargo en que me hallaba el confuso tropel, la algarabía de una pandilla atroz que acompañaba al compás de estentórea gritería á un blanco pabellon do figuraba, como emblema de tan solemne día, tragándose un jamon jugoso y fresco un Carnaval pintado á lo grotesco.



## VIII.

El portador del estandarte era un rico sesenton ya muy gastado, que cansado de hacer el calavera, para verse sin duda sosegado, ó por mejor decir del mundo fuera, como supe despues, se habia casado, —cual puede suponerse, por sus miles— con una hermosa de catorce abriles.

## IX

Cubría sus flacas carnes una bata compuesta toda de lanudas pieles, ostentando en el cuello ancha corbata hechura de unos trozos de manteles; y para más realzar su facha ingrata, adornada con muchos cascabeles, sobre su calva frente por sombrero llevaba una cabeza de carnero.

## X.

No mentaré los saltos y piruetas que daba este angelito á cada paso, ni tampoco las nada agudas tretas que en verterlas por cierto no era escaso; mas con tal que el secreto me prometas, —y aunque lo hagas á voces no haré caso— diré, lector, que toda su manía en echarlas de pollo consistía.

## XI.

Un sugeto de aspecto malicioso, más largo que litigio de hacendado en manos de abogado codicioso, la pista le seguia al desdichado



sin perderle de vista cauteloso,  
y por más que anduviese enmascarado,  
con su fosco mirar de mal agüero  
á Pepe conocí, el sepulturero.

## XII.

Como se incha la mar que en sus furoros  
el fiero vendabal rugiendo azota,  
redóblanse los gritos y clamores,  
crece la muchedumbre y se alborota  
al estruendo de varios atambores,  
que precediendo á tres que en la chacota  
figuraban muy altos personajes,  
les prestaban de honor los homenajes.

## XIII.

Con las régias insignias decorado,  
de los tres uno un rey representaba  
y en traje de ministro á cada lado  
la palaciega intriga se ostentaba,  
que, al parecer, sumisa á lo ordenado  
por su buen rey de farsa, no dejaba  
de mofarse al dar éste alguna queja,  
mientras que le llevaban de la oreja.

## XIV.

Con antifaces de color distinto,  
que para ello tuvieran sus razones,  
sin faltar quien se lo encajara tinto  
de un matiz vário lleno de borrones,  
seguián en confuso laberinto,  
la mollera gastando en discusiones,  
más de tres mil patriotas disfrazados  
de senadores y de diputados.

## XV.

Servian de escolta á estos caballeros



—ha de entenderse todos figurados—  
un enjambre no corto de aduaneros  
y de contrabandistas bien armados,  
que mostrándose fieles compañeros  
jugaban á tomar y ser tomados,  
y por estar supongo convenidos  
trocábanse á menudo los vestidos.

## XVI.

No sé si aquí podrá mi pluma lenta  
con tan ligeras plumas encontrarse,  
sin exponerse á la terrible afrenta  
de rendida á lo ménos contemplarse;  
¡Cuatro escribanos!..—Dios lo tenga en cuenta  
y empiece aquel que quiera á santiguarse—  
cuatro escribanos traian en volandas,  
descansando en sus hombros, unas andas.

## XVII.

Encima de ellas—advertiros quiero  
que malicia ninguna en ello entraba—  
hacia de Caridad un usurero  
y un sastre la Verdad representaba;  
y en letras gordas sobre un gran tablero  
que en un podrido tronco fijo estaba,  
«Ahí vá la Justicia,» se leía,  
y sólo polvo en el tablero había.

## XVIII.

En su clase sugetos eminentes,  
ó con más propiedad diré afamados,  
rollizos entre exángües contendientes  
venian una caterva de letrados,  
que enmarañando añejos expedientes  
con «otro sí» y un «bajo cuerda atados;»  
miéntras á un litigante acariciaban



con arte los doblones le contaban.

### XIX.

Fieles criados, honrados taberneros, alguaciles humildes y piadosos, tenderos justos, limpios zapateros, tahures concienzudos y virtuosos, castas viuditas, y hasta molineros y mozos de cocina escrupulosos, al son de una guitarra medio rota el fandango bailaban y la jota.

### XX.

Con disfraces que en todo parecían al traje sério con que en dia pomposo regidores y alcaldes se atavían, iban siguiendo á paso magestuoso algunos que en buen órden sostenían ocho varas de un palio suntuoso, y bajo su dosel, que era de raso, marchaba un arlequin hecho un payaso.

### XXI.

Este, con gestos propios á su traje y ademanes ridículos, ya daba ordenanzas á todos, ya un visaje de orgulloso desden fiero lanzaba al que no le rindiera vasallage, y hacía temblar, si se encolerizaba, á cinco tagarotes fargallones que aquel grupo alumbraban con hachones.

### XXII.

Yo, á la verdad, de un salto nada corto y con la ligereza de una ardilla á contemplar de cerca me trasporto



tan estupenda y rara maravilla;  
 y plantado á su frente, casi absorto  
 iba á hincar en el suelo la rodilla,  
 si el nuncio, que mecía un incensario,  
 no me gritára: Plaza, al secretario!

## XXIII.

Pasó la mogiganga, y con trabajo,  
 no sin atropellar gente apiñada  
 que la curiosidad sin duda atrajo,  
 de mi casa á ganar volví la entrada;  
 y haciendo reflexiones á destajo  
 sobre aquella magnífica humorada,  
 exclamé en alta voz, meditabundo:  
 ¡Qué cosas tan extrañas tiene el mundo!!!



## EPIGRAMAS.

El ser criticon á nadie  
 Como á un sastre tiene cuenta,  
 Porque corta de este modo  
 Con dos pares de tigeras.

—  
 ¿Porqué tanto se esforzaban  
 En proclamar santa y buena  
 Los frailes la caridad?  
 —Porque vivian de ella.

—  
 Cuanto he sufrido á causa, dijo Inés,  
 Del traspie que di ayer.—Por un acaso  
 Yo te vi resbalar y, á fé de Andrés,  
 No hice de este incidente el menor caso,



Por ocurrirme un dicho, que sabía:  
Que la muger *tropieza* cada día.



ADMIRABLE VOCACION.

«¿Vis baptizare?» decía  
Un cura que, á Ben-Omar  
Se encargó de bautizar;  
Y como él no respondía,  
Dijole otro, que allí estara,  
Di «volo» y el contestó:  
«*Si mi volar... juro yo*  
Que á Berbería tomára.»

—  
¿Cómo es que se casan ménos  
Las hermosas que las feas?  
—Porque estas en general  
No suelen ser tan coquetas.

—  
Alegaba el señor Pujol,  
En contra de un parecer,  
Que nunca había visto hacer  
Una habichuela á una col;  
Y el otro dijo, compadre,  
No tiene razon discurro,  
Que era una muger su madre  
Y sin embargo hizo un burro.

—  
A un labriego de mi tierra  
Pedía un fraile limosnero,  
Por el padre san Francisco



Un par de ricos polluelos;  
Y no agradándole el dar  
Contestóle aquel, muy sério:  
Si pollos quiere el buen padre  
Dile que yo vendo huevos.

Hoy día de oír misa es,  
Don Gil dijo á su criado,  
Moro recién bautizado.  
—¿De qué santo?—San Andrés.—  
¡Por vida de no se cuantos!  
El criado le contestó,  
¿No hace hoy un mes que se oyó  
Señor, por todos los santos?

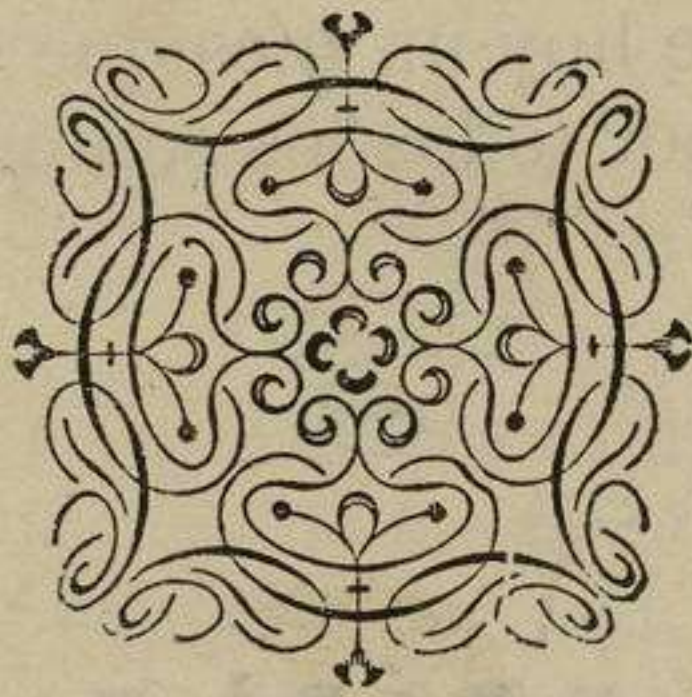


## MI EPITAFIO.

Si al cruzar ¡Oh peregrino!  
Por este sitio, te páras  
A contemplar tu destino  
Y esta lápida reparas;  
No doubles la frente, triste,  
Pues aprender deberás:  
Que yo soy lo que tu fuiste,  
Lo que eres, lo que serás.









# TEODORICO EL FRATRICIDA.

DRAMA EN TRES ACTOS

Y EN VERSO.



MAHÓN.

Imprenta de Miguel Parpal.



## PERSONAS.

TEODORICO, *rey visigodo.*

ARMANDO, *esclavo.*

CLOTILDE, *esposa de Teodorico.*

CELIA, *su hija.*

FERMIN, *guerrero.*

LEON, *magistrado y privado del Rey.*

ORÉS, *siervienta de Celia.*

OROZCO, *bagauda.*

2.º *magistrado.*

3.º *magistrado.*

*Un secretario, verdugo, soldados, bagaudas y pueblo.*

La escena en Tolosa, año 466 de nuestra era.



## ACTO PRIMERO.

*Salon de recibimiento en el palacio de Teodorico.*

## Escena primera.

LEON, CLOTILDE Y DESPUES ARMANDO.

CLOT. (*con ironía.*) Y bien ¿como os agradó  
la del trage á la romana  
orlado de filigrana  
que tanto anoche cantó?

LEON. Muchas eran las bellezas  
que aquel salon adornaban,  
y muchas más las riquezas  
que á todas engalanaban;  
empero os juro á fé mia  
Clotilde, que las más bellas  
junto á vos eran estrellas  
que un sol puro oscurecía.

CLOT. (*iron.*) Lisongero y muy galante  
os mostrais, conde Leon.

LEON. Exenta de adulacion  
os tiene vuestro semblante;  
y en efecto, no figura  
belleza en la Galia toda,  
romana ni visigoda  
que os iguale en hermosura.

CLOT. (*iron.*) ¿De veras..? os esplicais  
con admirable primor,



empero disimulais  
á la vez mucho mejor.

LEON. ¿A que obedece, señora,  
no alcanzo ese razonar..?

CLOT. (*iron.*) Pedídselo á la cantora,  
la viudita del lunar.

LEON. ¿La condesa!

CLOT. (*iron.*) La condesa.

LEON. ¿De Selvira!

CLOT. (*iron*) De Selvira.

LEON. ¿Sospechar podeis de que esa...?

CLOT. ¡Vuestro descaro me da ira!  
¿U olvidasteis que os noté  
provocando mis enojos  
sonreir y..? ¿Bajais los ojos?

LEON. Dispensad, pero no sé...

CLOT. Tambien negadme, señor....

LEON. ¿Tendriais por ventura celos..!

CLOT. ¿Y porqué no...? los recelos  
unidos van al amor;  
¿Y cuando fundados son,  
podrán dejar de afectar  
de aquella que sabe amar  
el sensible corazon?  
Y sinó ¿á quien obsequiasteis  
toda la noche? y luégo  
¿quien galan acompañasteis  
á la salida del juego?

LEON. Como junto á ella me hallase  
noté que sola salía,  
siendo la cortesanía  
que á ello, atento, me guiase.

CLOT. ¿Y la pláctica que hubiste..!

LEON. A eso iba, Clotilde, yo....



(*Entra Armando y atraviesa pausadamente el escenario.*)

Mas ¿quien es aquel que entró  
que trage de esclavo viste?

CLOT. Hablar podeis sin recelo,  
que aún dado que esté presente,  
es un mísero sirviente  
además de sordo, lelo.

LEON. Vos sabeis que sensible ama,  
casi con delirio insano,  
Selvira á su único hermano  
que Bartolomeo se llama;  
jóven de tanta bravura,  
que á la par de su destreza  
desde el siervo á la nobleza  
envidiaban su apostura;  
pues si el corcel revolvía  
con denuedo nunca visto,  
á lanzar el dardo listo  
nadie con él se atrevía,  
de manera que alcanzaba  
á tanto lo que valiera,  
que aunque en la liza saliera  
con quien competir no hallaba.

Tales prendas á favor  
de su respetable cuna,  
elevaban su fortuna  
al más sublime esplendor.

Pero en la justa empeñada  
el dia sexto, un doncel  
al arrancar un laurel  
dejó esta gloria eclipsada;  
y este doncel...?

CLOT. Fué Fermin.

LEON. Que al conquistar tanto honor







**Escena segunda.**

LOS MISMOS Y TEODORICO.

TEOD. ¿Soy vos, conde?

LEON. Si conviene  
esclavo vuestro, mandad.TEOD. Llamar os habia mandado  
casualmente, y vos señora  
despejad que del Estado  
tenemos que hablar ahora.*(Clotilde vase.)*

LEON. Os hallais muy abatido.

TEOD. Es tanta la agitacion  
que sufre mi corazon  
que no debí haber nacido.Si estoy solo tengo miedo  
y busco la sociedad,  
y en ella tranquilidad  
tampoco, conde, hallar puedo.En el más profundo abismo  
miro rodar mi corona,  
y contrario á mi persona  
lucho yo conmigo mismo.Al dormirme, mil visiones  
terribles mi sueño esquivan,  
que cuando despierto avivan  
funestas supersticiones.Mi existir me es hasta odioso,  
el trono amarga mi suerte  
y sin embargo la muerte  
me horroriza, y estoy celoso  
de este trono, y lo que inspira



à otros la dicha y la calma  
mi pecho sofoca y aira,  
porque me destroza el alma.

LEON. En todo esto no concibo  
más que una vana ilusion,  
que afecta vuestra razon  
sin verdadero motivo.

TEOD. ¡Ah! Leon, si un día sereno  
me abre el cielo y sin cuidados,  
los otros van saturados  
de mortífero veneno.

Hoy, sobre todo, es fatal...!  
y os aguardaba, á fe mia,  
para ver si encontraría  
remedio mi triste mal.

LEON. Sin reparo á mi buen celo  
fiar vuestras cuitas podeis,  
que hallado en él siempre habeis  
en la adversidad consuelo.

TEOD. Muy contrario me fué el hado  
ayer noche, tanto que  
en diez tandas que jugué  
no cupo suerte á mi dado.

Y puesto que la fortuna  
me fué adversa, quiero ver  
si con mi reino ha de ser  
igualmente ella importuna.

Y siendo, conde, el privado  
que aconsejais mi persona,  
y en vos cifra la corona  
su bien cuando está en cuidado;  
que me acompañeis yo quiero  
ahora mismo sin tardanza  
en pos de alguna esperanza,



á casa de un agorero;  
pues los azares del dado  
presagios son de un traidor,  
que será el usurpador  
quizá en breve de mi Estado;  
y es forzoso averiguar,  
por medio de oculto modo,  
quien es el infame godo  
que mi solio intenta hollar;  
por sinó cabe vengarme  
de vasallo tan infiel,  
de sus asechos, cruel,  
poder al ménos guardarme.

LEON. Admirable es vuestro tino  
y arroja tal claridad....  
que no veo necesidad  
de ir tras ningun adivino.

En la córte ostenta gala  
un campeon de gran decoro,  
que calza espuela de oro  
y casco de plata cala.  
Es noble de nacimiento  
y tambien por su bravura,  
y el brillo de su armadura  
de su ambicion es aliento.  
Mercedes le dispensais  
y amado es del pueblo todo;  
mas cuidado que torpe andais  
en honrarle de tal modo;  
que esperiencia ha demostrado  
que del tigre suele ser,  
el que le da de comer,  
el primero devorado.

De aquí inferid que los dos



jugando estais una suerte,  
y unicamente su muerte  
os puede salvar á vos.

TEOD. ¡Su muerte! no, pronunciar  
no debo tales mandatos,  
con sangre de asesinatos  
volviendo el trono á manchar.

¿Os acordais de aquel dia  
de maldicion y de daños,  
que á través de tantos años  
aun destroza el alma mia?

¿En que con armada mano,  
lleno de codicia, á fé,  
penetrar de noche osé  
hasta el lecho de mi hermano?

¿Y qué mi brazo temblara  
al herir su corazon,  
á no ser por la ambicion  
que perversa me cegara?

¿Os acordais que dormía  
á su lado un tierno infante,  
cuyo célico semblante  
su pureza descubría?

¿Angel bello de inocencia  
que hacia mis manos malditas  
tendia sus manecitas  
cual si implorase clemencia?

¿Y que al ir á asesinarlo  
me sobrecogió un temblor..?  
¡Conde, no tuve valor....  
y me horrorizo al pensarlo!

¿Y vos entónces le asisteis,  
y del esclavo Orobona  
para arrojarlo al Garona



en los brazos le pusisteis?

¿A quien despues, con objeto  
de que encubriese su muerte  
bajo la tierra el secreto,  
disteis un tósigo fuerte?

¿Os acordais...? Yo reiné,  
negar no puedo en verdad,  
pero la calamidad  
junto al dosel encontré.

¿Veis la daga enrojecida  
que del cinto está colgando?  
¡Es su sangre...! ¡Está abrasando  
más que lava derritida!

¿Y sabeis porqué la llevo?  
¿No lo adivináis, Leon?  
Porque desgarrá de nuevo  
la llaga del corazón.  
Porque al mirarla me dice:  
«¡Deten tu homicida mano,  
oye la voz de un hermano  
que en la tumba te maldice!»

LEON. Con que no os determináis?

TEOD. No sigo tales consejos,  
que son pérfidos manejos  
que ha tiempo, conde, forjáis.

LEON. La voluntad que os profeso...

TEOD. Sangre no he de derramar...

LEON. Pero si llega á reinar  
sufrireis del yugo el peso.

TEOD. Entónces sabrá el traidor  
que cuando empuño la lanza  
no cedo ni á la pujanza  
del más firme gladiador.

LEON. Entónces él será rey.



- TEOD. Yo castigarle sabré.  
 LEON. Cuando no podreis...  
 TEOD. ¿Pues qué...?  
 LEON. Siendo su mandato ley,  
 obrará como tirano  
 haciendo apureis tal vez  
 de la amargura la hez  
 al destronaros...!
- TEOD. ¡Villano!  
 ¿Se atreviera?
- LEON. En caso tal  
 ménos de él no es de esperar,  
 cuando no os haga probar  
 la punta de su puñal.
- TEOD. ¿Y cómo evitarlo yo..?  
 LEON. El medio os dije, señor.  
 TEOD. Conde, jamás, eso no,  
 la sangre me inspira horror!

### Escena tercera.

LOS MISMOS Y CLOTILDE.

- TEOD. ¡Clotilde, trémula estais..!  
 ¿Qué motiva esa inquietud..?  
 LEON. ¿Peligra vuestra salud..?  
 CLOT. A saberlo pronto vais.  
 Cerca de la ventana que da al campo  
 del pabellon llamado de Aristeo,  
 con oro y plata guarneciera un cinto  
 de entretegida crin, luciente y bello,  
 para el dia feliz en que celebra



Tolosa de su rey el nacimiento,  
y que ostentar debeis entre otras joyas  
al presidir las fiestas y los juegos;  
cuando sordo murmullo de improviso,  
semejante al que arroja rudo cierzo,  
se elevó de la plaza de palacio  
para perderse en el espacio etéreo.  
Y llena de pavor, mi frente asomo...  
y entre dos mil vasallos por lo ménos,  
de la turba más vil que el pueblo ofrece,  
en tostado alazan iba un guerrero.  
Era altiva su frente y le cubrían  
sus espaldas flotantes rizos negros,  
su semblante era audaz y su mirada  
abrasador volcan de vivo fuego.  
La multitud enardecida y ciega  
se apiñaba en su torno, en el momento  
en que una espada levantó brillante  
un doncel y exclamó con voz de trueno:  
¡El vencedor de Atila! ¡viva! y todos  
con entusiasmo ¡viva! repitieron;  
y aunque á este aplauso, otro á su rey su-  
(ceda  
lo desapruera general silencio  
y las torpes miradas que á este alcázar  
lanzaron, insolentes, de desprecio.  
Y de confusion llena á daros parte  
de esos desmanes, presurosa, vengo  
para que pongais fin á los motines  
con que trastorna al visigodo pueblo  
ese Fermin, soldado miserable,  
que usurparos anhela el solio régio.

TEOD. Veamos si en mi presencia esa canalla  
osa reproducir tales excesos!



CLOT. Teodorico, atended: fieles soldados con la entereza de su noble pecho, con trabajo es verdad, pero sin sangre dispersar á la chusma consiguieron.

TEOD. ¡Cuan mal, conde, de vos juzgado habia en este instante con pesar advierto! Alargadme esa mano, sois mi amigo, cuidad que hoy no asistiré al consejo, quiero reflexionar sobre este asunto y dar á cada cual debido premio. (*vase.*)

(*Armando, que figurará haber permanecido escondido, asoma la cabeza á una de las puertas.*)

ARMAN. (*ap.*) ¡Maldicion! El rey sucumbe á tan infames proyectos. (*se oculta.*)

### Escena cuarta.

LOS MISMOS MENOS TEODORICO.

LEON. Clotilde, perfectamente, de vos no esperaba ménos, y no dudo que propicio en breve nos será el cielo.

(*Armando vuelve á asomar la cabeza.*)

ARMAN. (*ap.*) El cielo osaste decir? las furias de los infiernos! (*se oculta.*)

CLOT. Tras de esa puerta os estaba escuchando y concibiendo que no adelantábais más que dejar al rey perplejo, imaginando esta farsa produjo el deseado efecto.



LEON. Aquí teneis este pomo, tened cuenta, es un veneno muy activo, conservadle, y al instante que logremos deshacernos de Fermin, en oportuno momento haced que lo tome el rey y dad por aviado el hecho.

CLOT. ¿Y si ocasion favorable de obrar en sentido inverso se presentase, es decir,.. de dar muerte al rey primero...?

LEON. ¡Por Dios! ¡Mirad lo que haceis..! ó bien todo lo perdemos. Vos no ignorais el amor que profesa todo el pueblo á Fermin, y de rey falto pondría en su mano el cetro.

CLOT. Razon teneis, es verdad conde Leon, ahora os comprendo ..!

LEON. Siendo primer magistrado de consiguiendo el consejo, faltando el rey en los juicios, yo soy quien presidir debo; se acusa del regicidio....

CLOT. A ese Armando, esclavo necio, que mal podrá siendo sordo defenderse por lo ménos.

*(Armando haciendo lo mismo que las veces anteriores.)*

ARMAN. *(ap.)* Haceis bien en avisarme pues me prevendré con tiempo.

LEON. Además, de sangre régia tambien blasonar yo puedo,



sin que haya en las Galias noble  
de más prez y valimiento;  
uno á la vuestra mi mano  
y rey me proclama el pueblo.

CLOT. ¡Y entónces esposa vuestra  
cuanto los dos nos querremos...!  
¿Vos me adorais, es verdad?

LEON. (*ap.*) La corona es lo que quiero.

CLOT. ¿Qué decis, amigo mio?

LEON. ¿Podeis dudar de mi afecto?  
Llegar á ser vuestro esclavo  
es mi ambicion, mi deseo;  
sin vos no puedo vivir  
tranquilo un solo momento,  
y pesar es la alegría  
cuando de vos yo me alejo.

(*Armando lo mismo que en las escenas anteriores.*)

ARMAN. (*ap.*) ¡Más perfidia se habrá visto!

(*se oculta.*)

CLOT. ¡Oh cuán dichosos seremos!

LEON. Sí, Clotilde, pero noto  
que se me hace corto el tiempo  
y sin sentir se me pasa  
cuando estoy al lado vuestro.

CLOT. ¿Teneis algo que os atienda?

LEON. Precisamente el consejo.  
Reunidos los magistrados  
para el fallo de un proceso  
me aguardarán impacientes.

CLOT. Os guarde, querido, el cielo.

LEON. Vuestra alteza con Dios quede.

CLOT. El os ayude.

(*Armando asoma de nuevo la cabeza como en las  
veces anteriores.*)



ARMAN. (ap). ¡Perversos..!  
LEON. No descuideis mucho al rey.  
CLOT. Poco conoceis mi celo,  
marchad sin cuidado, conde  
LEON. No hay que malograr el tiempo.  
(vânse.)

### Escena quinta.

ARMANDO SOLO.

ARMAN. ¡Pérfidos! no lograreis  
realizar vuestros intentos;  
no en vano el conde Ganduino  
arrostra el nombre de siervo  
para quebrantar las tramas  
que urda vuestro entendimiento.  
¡Oh, reptiles miserables,  
que al quitaros el veneno  
de la intriga y la malicia  
os roban toda el talento!  
Ni aun siquiera sospechais  
que este Armando sordo y necio  
es aquel conde Ganduino,  
que ha dos años juzgais muerto  
de Carcasona en los campos  
por vuestros esclavos fieros.  
Pero..., veamos que contienen  
los renglones de este pliego,  
que de la reina hace poco  
hallé junto al aposento;  
tal vez puede ser... ¿quién sabe..?  
(Lo despliega y mira.)



¡Gran Dios! ¿qué es lo que estoy viendo?  
 ¿Sí lo habrá puesto en mis manos  
 para su venganza el cielo?  
 ¡A Clotilde! ¡es de Leon!  
 Desde Lutecia escribiendo....  
 con hoy cuenta veinte dias.

(Lee.)

*Clotilde: la gravedad de los negocios me impide hallarme junto á vos el dia convenido, pero no por eso dejo de poner en juego todos los resortes para perder á Fermin, y como despues será muy fácil deshacernos de Teodorico, de meros amantes pronto tendremos la dicha de pasar á esposos.*

Y aquí su firma y su sello,  
 ¡Ah conde, conde Leon  
 podeis ya acusar al necio,  
 como digisteis ha poco  
 de regicida, que tengo,  
 quien pudiera inmagarlo  
 tan sagaz y tan esperto,  
 contra vos vuestra imprudencia  
 convertida en documento!

(Guarda el pergamino.)

### Escena sexta.

EL MISMO Y OROZCO EN TRAGE DE ESCLAVO.

ARMAN. ¿Orozco, que nuevas traes?  
 OROZCO. Cerca del bosque, en la falda  
 del peñasco de la encina  
 se halla la gente acampada,  
 y uno de los corredores



nos ha dicho esta mañana  
que atacar al conde Giles  
de Eurico deben las armas,  
y á avisaros yo venia  
por si fuese necesaria  
á nuestro caro aliado  
la ayuda de nuestras lanzas.

ARMAN. No faltan al conde Giles  
tropas bastante adiestradas  
en las lides, y además  
puede que tambien mañana  
cerca de aquí os necesite  
para otra...

OROZCO. ¿De que se trata..?

ARMAN. Orozco, yo haciendo el sordo  
sé todo lo que aquí pasa,  
escucho, vigilo y callo  
y nadie de mí se guarda,  
que el que no obra con prudencia  
le vuelca la nave el agua.  
Con esto quiero decir  
que siendo el secreto el alma  
del negocio, hasta esta misma  
debe ignorar lo que trama.

OROZCO. Bien está.

ARMAN. ¿Te vas acaso?

OROZCO. Ahora mismo.

ARMAN. Escucha: guarda  
sobre todo no sospechen  
de tus salidas y entradas.

OROZCO. No temais, con el ropage  
que me encubre de este alcázar,  
creyendo que esclavo soy  
nadie de mi se recata.



ARMAN. Sí, pero suele haber duendes  
que por el candado alcanzan  
à divisar lo escondido  
en los secretos de un arca;  
y podrian.... Mas el rey  
parece acercarse, marcha,  
no olvides mis advertencias  
sabes que siempre son sanas.

(vânse.)

### Escena séptima.

TEODORICO SOLO.

TEOD. ¡Fermin, no te gozarás  
ocupando mi dosel,  
ni de rodillas, cruel,  
à tus plantas me verás!  
¡No te gozarás en ver  
como gimo en un encierro,  
abrumado con el hierro,  
víctima de tu poder!  
Sé que falto al voto dado  
al pié del sagrado altar,  
de no volver à manchar  
¡guay! con sangre mi reinado.  
Pero esa mano atrevida  
que con arraigado encono  
intenta usurparme el trono,  
arrancándome la vida  
¡No merece bien que pruebe  
de mi brazo la dureza,



y empalada su cabeza  
sea escarnio de la plebe?

*(Pausa)*

Pero no, que sepa quiero  
que cobijo un corazón  
tan grande como el del león  
y digno de un caballero.  
Yo le ha mandado llamar,  
en venir no tardará  
y á su monarca hallará  
dispuesto para lidiar.

Y nuestro brazo armaremos  
y saldremos en el llano,  
pecho á pecho, mano á mano  
nuestro valor mediremos.

Y si sale vencedor  
sea rey, enhorabuena,  
mas si es vencido, la pena  
sufra de infame traidor.

*(Pausa)*

¿Pero no podría la suerte,  
confiado en mi destreza,  
demostrarme su fiereza  
y torpe darme la muerte?  
Pues no respetó el acero  
en ninguna ocasión  
ni el poder, ni la razón,  
ni la preza del caballero;  
y un medio adoptar sabré  
sin que pueda sospechar  
que le quiera castigar,  
y mi vida no espondré.

Narbona se halla cercada  
de muros bien contruidos,



por romanos defendidos  
 en la lid gente adiestrada;  
 y ocupados mis guerreros  
 combatiendo al conde Giles,  
 tan solo unos pocos miles  
 en Tolosa habrá de arqueros  
 Con ellos le mando á fin  
 de espugnar dicha ciudad,  
 dejándome la mitad  
 para custodia... ¡Ah! Fermin ..  
 disimulemos...

### Escena octava.

EL MISMO Y FERNIN.

FERMIN. De dar-me  
 aviso acaba un sirviente  
 de que ante vos me presente  
 sin tardanza, y al postrarme  
 de hinojos, leal caballero;  
 en prueba de mi obediencia  
 con la mayor reverencia  
 mi brazo os rindo y mi acero.

TEOD. (*Ap.*) Bien aquí se deja ver,  
 pues que lo tengo patente,  
 que se arrastra la serpiente  
 cuando no alcanza á morder.  
 (*Alto.*) Vos sabeis que en el espacio  
 que va que murió mi hermano.  
 ocupando este palacio  
 el cetro tengo en mi mano;  
 y aun que haya quien contra mí ande,  
 desmintiendo vaticinios



he ensanchado mis dominios  
y mi reino hecho tan grande,  
que admira la bazarria  
de mis guerreros á todos,  
pues dicen: Los visigodos  
son fior de caballería.

Pero falta á mi corona  
una piedra, cuyo esplendor  
triplicara su valor,  
y esta Fermin, es Narbona.

Y puesto ha poco vinisteis  
de Metz cubierto de gloria,  
por la asombrosa victoria  
que contra Atila obtuvisteis,

Atila, que llevó á tanto  
su poder, que no hubo acero  
que no humillase altanero  
de la tierra siendo espanto;  
exijo, sin que me baste  
de vos escusa ninguna,  
que tengais hoy la fortuna  
de ser aquel que la engaste.

Mas vivo con tal disgusto  
des que concebí este intento,  
que si quereis darme gusto  
debeis partir al momento;  
pues, Fermin, hay que saber  
que tengo el alma en un hilo,  
y que no estaré tranquilo  
hasta verla en mi poder.

**FERMIN.** Escusado es, por quien soy,  
deciros, leal servidor,  
que á obedecer mi señor  
en todo dispuesto estoy;



mas que os haga dispensad  
una muy sana advertencia:  
del valor sin la prudencia  
nace la temeridad;  
y por lo tanto os prevengo  
que á pesar de su bravura,  
nuestra derrota es segura  
con la gente que ahora tengo;  
pues no llegan mis guerreros  
entre inútiles y sanos  
á cien ginetes alanos  
y cuatro mil ballesteros.

TEOD. Bastan á cercar sus muros,  
y así que Eurico vendrá  
refuerzos se os mandará  
para sacaros de apuros.

Con la mitad marchareis  
directemente á Narbona,  
para escoltar mi persona  
la otra mitad dejareis.

FERMIN. Pero, gran señor, cuidado,  
que aunque sean un tanto vanos,  
son valientes los romanos  
y fuerte dicha ciudad.

TEOD. ¿Acaso me hareis creer  
que temblais, noble Fermin?

FERMIN. Nunca tembló el paladin  
que supo á Atila vencer.

Iré, y allí lidiarán  
mis valientes y antes, juro,  
que no me rinda, del muro  
escombros me enterrarán.

Que el brazo jamás doble  
ante el enemigo fiero,



y polvo en sangre primero  
que el dorso dar morderé.

TEOD. Méenos de vos no esperara;  
pues digno siempre os motrasteis  
de la sangre que heredasteis  
de vuestra estirpe preclara.

Idos pues á preparar  
que es mi voluntad, Fermin,  
que al monte vuestro clarin  
haga hoy mismo resonar;  
y luégo que en la muralla  
la bocina sentireis,  
repartida la vitualla  
en marcha al punto os pondreis.

### Escena novena.

*Fermin y Armando. (Este último se presentará envuelto en un capuz.)*

ARMAN. (*ap*). Con este trage que llevo  
conocerme no podrá,  
ni méenos sospechará  
que el sordo Armando ser debo.

(*alto*) Caballero Fermin yo te saludo.

FERMIN. Salud á todo el mundo yo deseo,  
mas decidme quien sois y lo que os lleva  
encubierto hácia aquí.

ARMAN. Gefe de arqueros:  
si palabra me dais que mi persona  
respetareis y el firme juramento  
de á nadie revelar lo que os confie,  
cumplido quedará vuestro deseo.



FERMIN. Muy mal me conoceis, pues á ninguno atropellé jamás sin fundamento, y ménos he violado todavía el átomo más débil de un secreto; que noble yo nací y arde en mis venas la sangre que mis padres infundieron; no tan sólo de nombre sino de actos, y á más de corazon soy caballero.

ARMAN. Dos años cerca habrá que fatigado de una larga jornada hiciéra lecho sobre el mullido cesped que rodea el peñasco llamado Pico-negro; y al dulce murmurar que entre las flores deja sentir allí manso arroyuelo, poco tardó benéfico, apacible á cerrarme los párpados el sueño; en cuyos brazos continuado hubiera hasta dorar el alba al firmamento, si de un bridon el galopar fogoso á turbar no viniese aquel silencio, haciéndome al fustíbalo hechar mano, que lejos de mi lado jamás dejo, caso de ser algun traidor cobarde que sorprender quisiera mis ensueños.

FERMIN. O algun bagauda vil de los que infestan desde tiempo remoto aquellos cerros.

ARMAN. Mas, dócil á las riendas el ardiente animal se parò, y hechó pié al suelo el ágil caballero, que al hablarme reconocí dejándome suspenso.....

Era Kamal, del conde vuestro padre querido y fidelísimo escudero, en quien depositaba sin reserva hasta sus más recónditos secretos.



«Alzad, me dijo con acento triste,  
«mi dueño con instancia aspira á veros,  
«pero de una dolencia el grave estado  
«hacer uso le impide de sus miembros.  
«Partid, no os detengais, caso no sea  
«que al llegarle encontreis cadáver yerto.»

En efecto partí, y algunas horas  
más tarde junto al doloroso lecho  
me encontraba del pobre viejo conde,  
pronto á exhalar el postrimer aliento.

Fijó su vista en mí y á una sonrisa  
la mano me tendió á la que dí un beso,  
que hizo por sus mejillas que rodasen  
lágrimas que engendró su pecho tierno.

¡Cuanto sintió mi corazón al verle  
en aquel triste estado! ¡era el modelo,  
era el mejor de todos los amigos!

FERMIN. ¡Y también de los padres el más bueno!

ARMAN. Después de un largo rato de descanso  
abrió sus labios balbucientes, secos,  
y con voz sepulcral y convulsiva  
dijo—atended á lo que os voy diciendo—

«Es fuerza separarme para siempre  
«del hijo que idolatro, y si un consuelo  
«derramar vos quereis, os lo suplico,  
«que tranquilice á un moribundo pecho,  
«no olvidéis que los tronos rodeados  
«se hallan de tigres ambiciosos, fieros,  
«que acechan con sus garras destructoras  
«hambrientos al sencillo y fiel cordero;  
«que Fermin con sus glorias no ha dejado  
de atizar más y más el vivo fuego  
«que afila de la envidia el sutil diente,  
«pronto siempre á verter letal veneno.



«Yame entendeis.: velad si os fuese dable  
-«con lágrimas amargas os lo ruego-  
«por mi Fermin y por vuestra ventura  
«delante Dios yo rogaré en el cielo.»

Y echándome á su cuello enternecido  
le prometi guardar fiel su precepto...  
y un momento despues ya su tributo  
el conde hubo pagado en este suelo.

FERMIN. No prosigais, dejadme que un instante  
alivie la tristeza de mi pecho.

¡Para mi fatal dia! ¡Oh padre mio!

ARMAN. Y para aquel que os habla el más acerbo.

*(Pausa)*

Tendí en vano la vista á todas partes  
para ofreceros mi cordial afecto,  
mas no estabais allí....

FERMIN. Estaba entónces  
con mis tropas á Atila combatiendo.

ARMA. Y al sentir el clarin marchar se os manda  
á la fuerte Narbona á poner cerco.

FERMIN. Es la misma verdad.

ARMAN. ¿Y con que fuerzas?

FERMIN. El rey me ha asegurado que luégo  
ha de mandar Eurico á socorrerme.

ARMAN. El rey miente.

FERMIN. ¡Blasfemador! ¿como esto  
osais decir y no temeis que corte  
esa lengua mordaz y la eche al fuego?

ARMAN. El rey aconsejado por el conde,  
el más sagaz de los contrarios vuestros,  
trata de arrebatáros la existencia  
del modo más inicuo, más perverso,  
haciendo sucumbais en la batalla.

FER. ¿Y qué hay más dulce que morir batiendo?



ARMAN. El mirar esas sienes laureadas  
y ver brillar el vencedor acero.  
¿Ú olvidais que muriendo, vuestra Celia  
sumida quedará en el desconsuelo,  
que con vos de los Bold fine el linage,  
y vuestras esperanzas el feretro  
destruirá para siempre y que la mofa  
de vuestros enemigos sereis luégo?

FERMIN. Mas debo obedecer, de lo contrario  
envileciera el nombre de mis deudos;  
y prefiero morir, morir mil veces  
con la espada en la mano combatiendo  
por mi honor, por mi rey y por la patria,  
que arrostrar de cobarde infame sello

ARMAN. ¿Y si un medio encontraseis, no faltando  
á los deberes que al buen caballero  
el pundonor impone, que os llevase  
á una victoria cierta ..?

FERMIN. ¿Como hacerlo?

ARMAN. Este anillo tomad, y asi que al valle  
de Pamiers llegareis, vuestros arqueros  
dejad allí, y al monte de la Encina  
ascended solo, y encended un fuego  
que alta columna de humo denso eleve;  
y como si brotase de aquel suelo  
os aparecerá en el acto mismo  
armado hasta los dientes un guerrero  
á quien y sin que medie frase alguna,  
presentareis la joya que os entrego,  
en cambio de la cual á la órden vuestra  
someterá sin pérdida de tiempo  
doce mil ballesteros equipados,  
no de comun valor sinó dispuestos,  
á antes que abandonaros en el campo,



á perecer bajo el contrario acero.

FERMIN. ¿Y de donde estas gentes misteriosas podrán salir en ásperos desiertos?

ARMAN. Así que la ambicion llevó la mano de Teodorico á su puñal que el pecho de su hermano inocente crudo abriera sin temor al Dios santo y justiciero, obligados los nobles visigodos á rendir homenajes y respeto á una bárbara fiera, si ser puede encontrar otra igual en el desierto, entonces muchos libres y valientes volaron de los bosques al espeso, prefiriendo vivir entre miserias á ser de un asesino viles siervos. Estos son esos galos que vosotros apellidais bagaudas con desprecio. Estos son esos héroes de las selvas que por vos á morir irán contentos.

FERMIN. ¡Miserable bandido! ¿Pensar puedes que olvide mi deber de caballero, y que una muerte esquive gloriosa á mi rey y á la patria traidor siendo? ¿Piensas que con vosotros, gente infame, reunidos se confundan mis guerreros? ¡La sangre me sofoca y el enojo hervir hace un volcan dentro mi pecho! ¡Huye pronto de aquí, vil asesino ó falto á mi despecho al juramento!

ARMAN. Caballero Fermin, solo un instante.... que relevar os quiero otro secreto....

FERMIN. ¡Huye pronto de aquí! no me importunes ó hago con tu cabeza un escarmiento.

*(Armando váse.)*



FERMIN. ¡Del conde Bold amigo! ¡qué impostura!  
uno tan solo mereció su aprecio...  
y era el conde Ganduino que en los campos  
de Corcasona fué vencido y muerto,  
y que á pesar de ser tambien rebelde  
amaba cual si fuese hermano tierno.

### Escena décima.

FERMIN Y CELIA.

CELIA. ¡Ah Fermin ..!

FERMIN. ¡Celia querida,  
dulce prenda de mi amor!  
gracias al benigno cielo  
mil y mil veces le doy  
que á tan grato é inesperado  
encuentro mis piés llevó;  
pues considerar no puede  
el que no siente la voz  
del fuego que arde en mi pecho  
por tu célico candor,  
lo mucho que sufriría  
este amante corazon  
partir ¡oh Celia sin verte,  
sin estrecharte...! ¡oh dolor. !

CELIA. Lo sé, Fermin adorado,  
lo sé, debes partir hoy  
á do te espera la muerte  
quizás con ceño feroz;  
y este es el solo motivo  
que hácia aquí me dirigió;  
pues, Fermin, si tú me adoras,  
si esa vehemente pasion



como la pintan tus lábios  
se graba en tu pecho, no  
partas, no,... te lo suplico,  
te lo ruego por favor,  
arrodillada si es fuerza....

FERMIN. ¿Qué dices! ¿ese baldon  
á proponerme te atreves?  
¡Tú, Celia, qué eres mi amor...!  
¿Qué yo no marche al combate,  
que falte á tu padre yo,  
á mi monarca, á la patria....?  
nunca, jamás.... ¡Oh rubor...!  
Dime si quieres mi vida,  
si quieres mi corazon  
te entregaré hecho pedazos  
con tal que salve mi honor!

CELIA. ¿Entónces quieres morir,  
quieres que te pierda yo  
y que el dolor al sepulcro  
de ti me conduzca en pos?

FERMIN. Quiero á tus plantas rendir  
la enseña de mi valor;  
y al brillar sobre tu frente,  
cual rayo puro del sol,  
el lauro de la victoria  
que mis sienes coronó,  
en ti que miren el ángel  
que mi acero dirigió.

CELIA Te engaña, Fermin, te engaña  
del deseo la ilusion;  
porque te tienden un lazo,  
te sacrifica al rencor,  
el rey mal aconsejado,  
de mi madre y de Leon.



FERMIN. Pues bien, moriré con honra,  
iré de la muerte en pos...  
pero el nombre de cobarde  
no manchará mi blason.

*¡Se oye el clarín!*

¿Oyes, Celia? ese clarín  
al campo me llama, adios!!

CELIA. Fermin, un instante aguarda..  
deten tus pasos mi amor...

FERMIN. ¿Detenerme, vano intento!

CELIA. Hazlo por mí... por quien soy...  
un momento ..

FERMIN. Es imposible,  
no puedo, querida, no.

CELIA. ¿Tal vez me aborreces ya...

FERMIN. ¡Aborrecerte? ¡a tí!.. ¡oh Dios!..  
¿Pensarlo puedes, y mi alma  
ves que traspasa el dolor?  
Mira cual corre mi lianto...  
cual palpita el corazón...

*(Vuelve a tocar el clarín.)*

El clarín torno a sentir,  
Adios, Celia!

CELIA ¡Ingrato!..

FERMIN. ¡Adios!

FIN DEL PRIMER ACTO.







**ACTO SEGUNDO.**

*Antecámara adjunto al dormitorio de Teodorico; es de noche. Además de las puertas que la dirección juzgue necesarias, à la izquierda del espectador habrá la de un balcon.*

**Escena primera.**

ARMANDO SOLO.

ARMAN. Conde Leon, por fin lograste  
alcanzar tu vil objeto,  
que el malvado siempre encuentra  
próspero el mundo perverso.  
Ya se vé, falto de gente  
sucumbió al primer encuentro.  
¡Pobre jóven, ya no existe!...  
su voz oigo allá en el cielo  
que culpándome me dice:  
«¡Ganduino, que es lo que has hecho?  
¿porqué tu nombre y el mio  
no me revelaste, necio...  
y así te hubiera escuchado  
y siguiendo tus consejos  
en vez de una cruda muerte  
cogiera mil lauros bellos?..»  
¡Y tú, conde Bold, amigo,  
perdóname, te lo ruego,



si he cumplido malamente  
con tus últimos deseos!

¿Pero á que conduce ahora  
un tardo arrepentimiento,  
sobre un hecho consumado  
que ya no tiene remedio?

Veinte años hizo estos dias  
que asesinado en su lecho  
Turismundo fué cruelmente  
por el vil brazo fraterno;  
y otros tantos que sellamos  
con sangre el fiel juramento  
de su atroz muerte vengar;  
y si durante este tiempo  
no se cumplió el sacro pacto,  
fué á causa del buen deseo  
de colocar en su trono  
á uno, cuyo nombre excelso  
fuese á la víctima grato  
al contemp!arle del cielo.  
Mas plugo á Dios de otra suerte,  
su voluntad acatemos,  
y el rey, Clotilde y Leon,  
á antes que con sus destellos,  
de Tolosa, el sol naciente  
haya dorado los techos,  
revolcándose en su sangre  
sucumban bajo mi acero.

### Escena segunda.

EL MISMO Y CLOTILDE.

CLOT. No hay nadie.... todos descansan



en el más profundo sueño.

ARMAN. (*ap*) ¡Es la reina!... no me ha visto...

(*Hace como que se oculta de ella.*)

esta ocasion no dejemos

escapar, por vida mia! ..

(*Saca un punal que lleva oculto.*)

CLOT. Segun noticias es cierto

que ayer pereció Fermin

con todos sus ballesteros,

sin que ni uno se salvase ...

ARMAN. (*ap.*) Habla en voz alta, escuchemos.

CLOT. El momento es oportuno...

no hay que malograr el tiempo.

Ese es el cuarto del rey,

no tardarán sus ensueños

á turbar como acostumbran

su razon, y al darle luégo

la bebida que le calma,

en ella pongo el venenuo...

ARMAN. (*ap.*) Bien está, la reina quiere,

de lo que estoy satisfecho,

evitarme la molestia

de ensangrentar el real seno

Dejémosla que tranquila

ejecute su proyecto,

y cual corresponde el pago

le daré despues atento.

### Escena tercera.

LOS MISMOS Y TEODORICO.

TEOD (*dent.*) ¡Turismundo perdon! hermano mio



(*Salien.*) no más te plazcas en atormentarme, que con tu aspecto horrífico y sombrío estremeces mis miembros, y al tocarme siento en tu mano de la muerte el frío, mientras mi corazón está abrasando.

(*Ligera pausa.*)

¡Todos duermen .! soy el único en el mundo á quien le está vedado el sueño blando, mi vida maldiciendo, furibundo, mi alma voraz veneno devorando..!

CLOT. Teodorico ..

TEOD. ¿En donde estais..!

CLQT. Junto á vos, dadme esa mano...

TEOD. ¡Apartad. ! si sois mi hermano ¿porqué así me atormentais. ?

CLOT. Esquivad todo temor...

TEOD. ¡Quitad... que me estremeceis..!

COTL. Miradme... tocad... ¿no veis que soy Clotilde, señor?

TEOD. Sí, el único objeto tierno que el cielo me ha concedido, de mi mismo aborrecido es mi existencia un infierno.

Si tocarais la pasión que mi seno agita, inflama, devorando con su llama este pobre corazón!

Des que el puñal desnudé dando á mi hermano la muerte, en vez de flores ¡oh! suerte! solo espinas encontré; y aquella paz y ventura que esperaba disfrutar, convirtiólas el pesar



en heces de su amargura.

¡Oh corona..! ¡Oh ambicion..!  
tarde llegué á comprender  
que la senda habiais de ser  
de mi eterna perdicion..!

CLOT. Serenaos, esposo mio,  
que tanta emocion quizás  
sirva para aumentar más  
vuestro horrible desvarío.

TEOD. Clotilde, cuando dormido  
de paz dulce apénas gozo,  
miro envuelto en negro embozo  
á un espectro enrojecido.  
Lleva el cetro en una mano,  
en la otra blande un puñal,  
y con voz fiera, infernal  
clama: Ven, ven á tu hermano!

Descarnada tez ostenta,  
hacia mí tiende los brazos,  
y con sus torpes abrazos  
sofocar mi pecho intenta;  
y con labio inmundo, helado  
muérdenme sus fieros besos,  
y al crujido de sus huesos  
me despierto horrorizado;  
y dejando el lecho huyendo  
del fantasma, espavorido,  
me persigue con su aullido  
que *hermano* va repitiendo!

CLOT. Si he de hablaros con franqueza,  
tan pueril es el terror  
que os abrumba, que en rigor  
no cuadra con vuestra Alteza;



pues se aparta de lo cierto  
para rayar en locura,  
pensar que su sepultura  
pueda abandonar un muerot.  
Y en prueba bien sabeis vos  
que de aquel acto, en un todo,  
aunque de distinto modo  
fuimos cómplices los dos,  
y sin embargo fantasma  
alguno á mí se presenta...,

TEOD. Callad...! ¡callad que me pasma  
vuestra voz y me atormenta..!

Que si lo que sufro vierais,  
lo que padezco yo aquí

*(Señalando el corazón.)*

os horrorizarais y  
á más me compadecierais.

Una sierpe que royera  
mis entrañas de contino,  
y con labio viperino  
veneno en ellas vertiera;  
aquel á quien el verdugo,  
tras causarle cruda herida,  
llama, feroz, á la vida  
con un balsámico jugo,  
á fin de otra vez tornar  
uno á uno de esta suerte  
sus miembros á quebrantar  
hasta arrastrarle á la muerte;  
el que gime entre cadenas,  
de la luz del sol privado,  
inocente encarcelado  
y del infierno las penas,



¡reunidos estos tormentos  
y más.., si más puede haber,  
no igualan á padecer  
atroces remordimientos!

(*Cae en un sillón.*)

(*Delirando.*) ¡Turismundo! El es, ¡perdona!

¡Turismundo, hermano mio  
toma... por favor... lo ansío ..  
aquí tienes la corona!

Tómala... no... ¿no la quieres?

¿quieres verme padecer?

¡Ah cruel! ¿y podrá ser..?

¡Más ingrato que yo aún eres. !

¿No le ves, Clotilde, no,

tender sus brazos abiertos

hácia mí? ¡Oh, oh que están yertos...!

¡Socorro..! ¡Piedad..! ¡Oh! ¡Oh..!

CLOT. Teodorico...

TEOD. ¿Sois..? ¡Que miro!

Sí .! Clotilde!

CLQT. Vuestra esposa.

TEOD ¡Vision terrible, horrorosa!

¿estoy soñando ó deliro?

Está mi cuerpo bañado

de un sudor copioso, frío...

¡Cuanto padezco, Dios mio...!

CLOT. Si, no habeis más que soñado.

TEOD. ¡Soñado..! ¿tendreis razon..?

CLOT. ¿Tendré acaso algun empeño..?

TEOD. ¡Espantoso ha sido el sueño,

me palpita el corazon!

CLOT. Vamos, podreis descansar

que hace poco amaneció.



TEOD. No puedo moverme, nó,  
las fuerzas vanme á faltar.

CLOT. ¿Probariais algun sustento?

TEOD. No, Clotilde, no, dejad...

CLOT. Que estais muy débil cuidad.  
¿Quereis el medicamento  
que tanto os calma?

TEOD. Si os place...

CLOT. (*ap.*) El momento llegó ya  
el fatal pomo aquí está... (*sacándolo.*)  
valor..!

TEOD. ¡Cuanto me complace!

(*Clotilde toma una copa que habrá sobre una mesa  
y derrama en ella el pomo.*)

ARMAN. (*ap.*) A mi puñal dispensais  
de ese trabajo y, á fé,  
las gracias pronto os daré  
haciendo que le sigais.

(*Clotilde se acerca al rey para darle la copa, mien-  
tras Armando se caloca tras ella en ademan de he-  
rirla.*)

CLOT. (*Oliendola copa (ap.)*) No exhala ningun  
fetor.

### Escena cuarta.

LOS MISMOS Y ORES.

ORES. ¡Albricias, princesa, albricias,  
fueron falsas las noticias..!

CLOT. ¡Que dices?







### Escena quinta.

ARMANDO DESPUES LEON.

ARMAN. A sus verdugos burló.

LEON. (*saliendo.*) De saber ansioso estoy  
si Clotilde el pomo usó...

(*Reparando á Armando.*)

¡Aquí Armando!

(*Dándole un golpe en el hombro con objeto de hacerle volver, á consecuencia de darle este la espalda.*)

¡Hola! ¿do está

la reina?

ARMAN. ¿Decís quien era?

LEON. ¡Maldita sea tu sordera!

ARMAN. (*ap.*) Tu alma infame!

LEON. Se hallará

en su retrete, voy allí,

pues no saldré de cuidado

hasta saber como ha obrado. (*Vase.*)

ARMAN. (*ap.*) Yo tambien iré tras tí.

(*Vase siguiendo á Leon.*)

### Escena sexta.

ORÉS Y CELIA (ENLUTADA.)

ORÉS. Si, princesa, sí, señora.

CELIA. ¿Podrá ser... tanta fortuna  
cuando esperanza ninguna  
me quedaba?







reconozco sus clarines.

ORÉS. Y yo, princesa, reviento  
de ver á los paladines;  
sola os deje permitid,  
que allá voy como un venablo  
más que me lleve el diablo  
á encontrar al adalid.

### Escena octava.

CELIA SOEA.

CELIA. ¡Gracias... gran Dios de poder!  
escuchasteis la oracion,  
que de todo corazon  
la más infeliz muger  
os dirigió en su aficcion;  
y compasivo á mi llanto,  
como que sois bondadoso,  
desde el cielo glorioso  
vertisteis bálsamo santo  
en mi pecho doloroso.

Perdonad si os he ofendido,  
perdonan si en los momentos  
de mis agudos tormentos  
contra vos he proferido  
sacrílegos juramentos;  
que si os ofendí, disculpa  
hallareis en mi sufrir,  
pues anhelaba morir,  
y, tanto pesar mi culpa  
fué no poder resistir.

*) Vuelven á tocar de cerca las trompas y clarines.)*



¡Qué escucho..? ¡Ya están aquí!

*(Abre las puertas y figura asomarse al balcon.)*

Si no me engaña el deseo  
es aquel que al frente veo  
del porta estandarte; sí ..  
dió á su escudero la lanza..;

hace alto.., ahora se apea..;

*(Voces dentro de viva, viva.)*

¡El pueblo le victorea..!  
hácia aquí volando avanza..;  
el palacio penetró..;

Orés le sigue tambien...

¡Mi voz el cielo escuchó..!

### Escena octava.

LA MISMA, ORÉS Y FERMIN; *este se presentará con una corona de laurel en la mano y acompañado de varios guerreros portadores de despojos y trofeos.*

FERMIN. ¡Angel divino..! *(abrazándola.)*

CELIA. ¡Mi bien!

FERMIN. ¿Mayor dicha podrá haber  
tras del crudo batallar  
que contra el seno estrechar  
á una sensible muger  
que sepa tan bien amar?  
¡No la hay, Celia querida!

CELIA. ¡Fermin..!

FERMIN.

*(Presentándole la corona que Celia toma.)*

De tu amante fiel  
acepta, hermosa, el laurel



de la gloria apetecida  
y mi corazón con él.

CELIA.

*(Ciñéndole la corona sobre el casco.)*

Luzca en tu frente triunfante,  
como corona de estrellas,  
y al admirarte las bellas,  
diciéndome: soy su amante  
me envaneceré entre ellas.

FERMIN. Mas ¿que causa, Celia, dime  
en ti el llanto ha producido?  
Responde ¿que ha sucedido...  
que anuncia que tu alma gime  
ese lúgubre vestido?

CELIA. Noticias, Fermin, cundieron  
que tu muerte anunciaban.

FERMIN. Esto algunos esperaban...

CELIA. Pero no lo consiguieron  
que mis súplicas oyeron  
los cielos y mi llorar.

FERMIN. ¡Ángel hermoso..!

CELIA. ¡Bien mío!

ORÉS. Solos les quiero dejar  
á su sabor disfrutar  
de tan grato desvarío. *(Váse.)*

### Escena novena.

LOS MISMOS MÉNOS ORÉS.

CELIA. ¿Lloras, bien encantador?

FERMIN. Lloro... y llorando disfruto,  
que es delicia, no dolor



regar un párpado enjuto  
con las lágrimas de amor.

Lloro, en fin, porque quizá  
tu padre, mi soberano  
en poco tendrá mi mano  
y á otro te destinará  
más acreedor...

CELIA. Fuera vano  
su loco y tirano intento,  
que ántes víctima sería  
mi existencia...

FERMIN. ¡Celia mía!

CELIA. Del más agudo tormento  
que produce la agonía.

Pues adalid glorioso  
por la patria has combatido,  
y tu brazo valeroso  
del monarca poderoso  
vale al nombre esclarecido.

FERMIN. No creo que jamás cruel  
fuera conmigo tu padre,  
pero brota junto á él  
del fiero Conde la hiel  
y á este obedece tu madre.

CELIA. Que te aborrece ya sé,  
es verdad, pero es muger,  
me sabrá compadecer  
si arrodillada me vé  
copioso llanto verter;  
y si, por desgracia mia,  
mis lágrimas despreciara,  
que el sér le debo olvidara  
y en cara, á fé, le echaría  
su crueldad....







que se marchitó tu amor,  
pues no ama quien se resiste  
á su fuego abrasador.

FERMIN. Si en dos mitades deshecho  
te mostrara el corazon,  
que no excede tu pasion  
á la que abriga mi pecho  
vieras en esta ocasion.

Vieras que, buen caballero,  
ántes que mi voluntad  
es la de mi rey primero,  
á quien sobre de este acero  
juré sumisa lealtad;  
y más bien veré venir,  
presa de agudo tormento,  
tranquilo el fiero momento  
que fin ponga á mi existir,  
que faltar al juramento.

CELIA. ¡Insensata...! y yo creía  
ser amada con ardor,  
y gozándome en mi error  
inocente no veía  
la falsedad de tu amor.

Cuanto hubiera preferido  
á arrostrar tan cruel despecho,  
que mi palpitante pecho  
á tu acero enrojecido  
ántes sirviera de lecho;  
y en mi desgracia fatal  
á lo ménos espirara,  
y en el sepulcro bajara  
sin soñar una rival  
que de mi amor se burlara...  
¡Pero que digo...? ¡Ay de mí..!



¿Como he osado proferir...?

FERMIN. ¡Yo no puedo resistir!

CELIA. ¿Me amas, es verdad...?

FERMIN. Sí, sí,  
sin ti no puedo vivir...!  
Y así con delirio insano  
vuelo á tu padre, y mis glorias  
llenas de azañas notorias  
expongo, y pido tu mano  
en premio de mis victorias.  
La pido, Celia, postrado,  
y si rechaza mi intento  
huyamos de aquí al momento,  
porque á un ingrato no es dado  
serle fiel al juramento.

### Escena décima.

LOS MISMOS Y ORÉS.

ORÉS. ¡Ah! señora, despejad.....  
que el conde á acercarse vá,

CELIA. Tu enemigo...

FERMIN. Lo sé ya...

ORÉS. Princesa ¡por Dios! cuidado....  
de la reina se despide  
dirigiéndose hácia aquí.

CELIA. Es preciso....!

FEMIN. Celia, sí....!

CELIA. Tu pecho jamás olvide...



ORÉS. No os detengais, no, por Dios...!

CELIA. Adios, Fermin...!

FERMIN. Celia, adios...!

*Vanse. Celia y Ores.*

### Escena undécima.

FERMIN Y LEON.

FERMIN. (*ap.*) Al tigre de astutas mañas  
aguardemos prevenido.

LEON. Caballero, bien venido,  
celebro vuestras hazañas.

FERMIN. (*ironi.*) Bondad vuestra...

LEON. No es bondad  
es justicia lo que os hago,  
y á más cierto rumor vago  
me tenia con ansiedad...

FERMIN. (*ironi*) Lo creo, conde, lo creo.

LÉON. Pero nueva falsa al fin  
fué, y pues vencedor os veo  
con vos me gozo, Fermin.

FERMIN. (*ironi.*) Gracias mil por ello os doy.

LEON. Por vuestra suerte temía.

FERMIN. (*ironi.*) ¿De veras? por vida mia  
agradecido os estoy.

LEON. Un guerrero que merece  
de todo un reino el favor,  
perderle fuera el dolor  
de la patria que ennoblece;



y así, luégo que he sabido  
la verdad, de mi deber  
al rey participe hacer  
de tanta dicha he creído.

FERMIN. (*ironi.*) Es muy justo vuestro obrar...

LEON. ¿Y asaltásteis las murallas..?

FERMIN. (*ironi.*) Vos no entendeis de batallas  
así escusadme de hablar...

LEON. (*ap.*) Por cierto fatal está.

(*alto*) Pero el rey tarda en salir.

FERMIN. Tal vez á bien no tendrá  
su descanso interrumpir.

LEON. Al contrario, noticioso  
del hecho que no aguardaba,  
aunque indispuerto se hallaba  
se levantó presuroso.

FERMIN. ¿Vos por supuesto tampoco...?

LEON. Miradle pues aquí viene.

FERMIN. Muy pálido el rostro tiene.

LEON. Es que ha dormido muy poco.

### Escena duodécima.

LOS MISMOS Y TEODORICO.

(*Fermin se adelanta y arrodilla en ademan de besarle la mano.*)

TEOD. (*Alzándole.*)

Del visigodo honor, del cetro y gloria,  
no dobleis la rodilla, Fermin caro,  
que en pié el trono y la pátria os necesitan  
pues deben su sosten á vuestro brazo,



y sois guerrero y como tal amigo,  
y al encontrarse amigos está claro  
que afablemente, en vez de arrodillarse,  
sus pechos unen bajo un tierno abrazo.

(*Le abraza.*)

FERM Tan alto aprecio de que no soy digno  
me confunde, señor, al par que acato.

LEON. (*ap*) A no ser que su Alteza esté fingiendo  
par diez que ya me carga obsequio tanto!

TEOD. Vuestro valor, Fermin, vuestras hazañas  
por el Orbe esparcidas van volando,  
y alcanzando á las huestes enemigas,  
que un tiempo tanto orgullo demostraron,  
de visigodo al nombre se anonadan  
y su altiva cerviz bajan temblando.

Si, sí, Fermin querido, á nuestra patria  
dado le habeis con tan heróicos rasgos  
gloria excelsa, inmortal, y su estandarte  
hoy lleva por divisa el verde lauro.

Sin dilacion narradme esa batalla,  
porque anhelo saber si los romanos  
sus largas picas con las armas nuestras  
con su denuedo sin igual cruzaron;  
y quiero que esta historia sea esculpida  
en letras de oro sobre duro mármol,  
que fasto sea para nuestros hijos  
de sus abuelos el valor osado.

FERM. No debeis á mi brazo la victoria  
sinó al bélico ardor de mis soldados,  
y á la molicie vil á que se libran  
acá desde algun tiempo los romanos;  
pues ante aquellos formidables muros  
y soberbias almenas que humillaron  
de tantos adalides la bravura,



con respetuoso asombro hicimos alto;  
y centinela alguno se divisa  
en ángulos y puestos elevados;  
francas se hallan las puertas, por los fosos  
bajos los puentes nos ofrecen paso.

Los nuestros temen.... y en verdad  
confieso  
que al ver siquiera un punto vigilado  
tení también cual ellos... no la muerte,  
sinó que nos tendieran algún lazo.

Pero á una idea mis cuidados cesan  
y ejecutarla sin demora mando.  
De un pastor se apoderan que allí había,  
y con su tosco traje disfrazado  
uno de mis intrépidos guerreros  
penetra la ciudad con firme paso.  
Corre calles y plazas y averigua  
que eran nuestros recelos infundados.  
Da el signo convenido y mis valientes  
sus arcos tienden con heróico brazo,  
y en medio de patrióticas protestas  
juran que han de vencer, ó derramando  
su sangre toda por heridas ciento  
sembrar con sus cadáveres el campo...  
y vuelan al combate... ¡Cuanto oprobio..!  
á las Lupercas fiestas entregados,  
hasta el preboste y el prefecto mismo  
ebrios ofrecen sacrificio á Baco;  
y vibrando doncellas y garzones  
de pámpanos los tirsos coronados,  
ni siquiera un guerrero se presenta  
que de coraza y lanza se halle armado.  
Y aquellos hombres fuertes y membrudos,  
hijos de valerosos ciudadanos,



deshonrando á sus padres que de Roma con su entereza el gran poder formaron, ungida su cabeza con aceites muestran en vez de erguirla bajo el casco, y adornados sus cuerpos con satines como nuestras mugeres en sarao.

Mando los prendan y se entregan febles; sin resistencia alguna saqueados son sus hogares, de preciosas joyas atestar miro cuatrocientos carros; y de entusiasmo enchido escalo el muro y á la torre más alta trepo ufano: el águila orgullosa lanzo al suelo y en su lugar nuestro estandarte planto.

TEOD. Dejad, noble Fermin, por vez segunda que estreche vuestro pecho entre mis brazos,

*(Lo efectúa.)*

y en recompensa os dé, de vuestras glorias, de la Narbona conquistada el mando.

Dejad que apriete vuestra mano amiga;

*(Lo efectúa.)*

sabré recompensar vuestros soldados, y si otro galardón más grato os fuera abrid el labio que os será otorgado.

FERM. Sí, magnánimo rey, otro es mi sueño, otra mi ambición, pero me callo....

porque en vos, solo en vos mi dicha cifro y solo á vos manifestar me es dado.

LEON. Por si acaso os estorba mi presencia me retiro....

TEOD. No, no, podeis quedaros, que atender á Fermin prefiero, conde, de mi privanza en el secreto cuarto.



(*A Fermin*) Dad ántes la señal á vuestras tropas que despejen, quizá están aguardando impacientes, siendo muy conforme que tras de la fatiga ansien descanso.

FERM. Vuestras órdenes solo se esperaban.

(*Los soldados portadores de los trofeos se marchan, Fermin se asoma al balcon y á una señal que hace con la mano las trompas y clarines rompen la marcha.*)

LEON. (*ap.*) ¡No sé lo que pasa ...!

TEOD. (*A Fermin*) Vamos, vamos....  
(*Vánse.*)

### Escena décima tercera.

LEON Y DESPUES CLOTILDE.

LEON. No puedo imaginar lo que esto sea ni sé que he de pensar de tal mudanza... Dar á Fermin tantísimo agasajo.... Oírle además en la secreta estancia.... ¡Que me lleven las iras! si pudiera á lo ménos saber de lo que tratan ...

(*Se vuelve y repara á Clotilde que sin ser vista se habrá puesto detrás de él.*)

¡Ah, Clotilde! ¿sois vos? perdidos somos sin remedio esta vez.

CLOT. Calma, Leon, calma...

LEON. Es que á Fermin y al rey no habeis oido...

CLOT. Sabed que de mi vista no se escapan.

LEON. ¿Pudiera ser, Clotilde, ó el rey acaso. ?







### Escena décima cuarta.

CLOTILDE SOLA.

CLOT. ¡Ah, conde! sin duda un filtro  
me diste emponzoñador,  
que introdujera en mis venas  
sangre de tigre feroz;  
pues el amor que os profeso  
no es pasión, sinó furor;  
furor que mi pecho abrasa  
atormentándome atroz;  
furor que en vos no concibe  
más que una vil ambición  
y sin embargo me lleva  
arrastrándome hácia vos.

Vos al crimen me guiasteis,  
haciendo olvidara yo  
de esposa fiel los deberes  
y hasta el maternal amor....  
y en fin de vuestra perfidia  
el vil instrumento soy.

*(Váse y esconde detrás de una de las puertas que conduce al interior, y como es regular opuesta à la que figura hallarse escondido Leon, de modo que el público note que escucha y sigue con la vista à Fermín.)*

### Escena décima quinta.

FERMIN, CLOTILDE, DESPUES LEON Y GUARDIAS, Y POR  
ÚLTIMO ARMANDO, ORÉS Y CELIA.

FERM. *(solo)* ¡Estoy loco! sí, loco de contento...



¡Oh cuan dichoso soy! Celia ya es mia,  
concediómela el rey en el momento...

¿Podré sobrellevar tanta alegría..?

Fermin, me dijo, tu glorioso nombre  
merece con el mio estar unido,

tú eres del Orbe entero solo el hombre  
á quien la hubiese sin pesar cedido.

¡Cuanta felicidad. .! Y de ella ahora

Celia en su cuarto se hallará ignorante;

voy pues gozoso á hacerla sabedora

de tanto bien sin perdonar instante.

*(Fermin se dirige hácia la puerta en donde se halla Clotilde, y ántes de llegar á ella, esta le sale al encuentro.)*

CLOT. Caballero Fermin, muy bien venido.

FERM. *(arrod.)* A vuestros reales piés humildemente...

CLOT. *(alz.)* Vos sabeis cuanto aprecio al que es valiente;

por lo mismo al instante que he sabido  
que jóven tan gentil y caballero  
á mi hija dulce estaba destinado,  
y que por muy feliz me considero  
que este enlace mi esposo haya aprobado;  
dilatár su deseo no ha podido  
mi corazon sensible al par que tierno,  
y el paso os he con ansia interrumpido,  
de abrazaros cual hijo y como yerno;  
y en prueba de cariño exijo ahora  
que me alargueis, Fermin, con mano amiga  
desnuda vuestra espada vencedora  
y que me permitais os la bendiga,  
que admire en ella el brazo valeroso  
que tantas veces la blandió con gloria,



y que ruegue al Señor que la victoria  
en su temple derrame poderoso.

FERM Aunque en mí derecho alguno considero  
para honra merecer tan elevada,  
cúmplase de una reina que venero  
la voluntad... aquí teneis mi espada.

*(Fermin la desembaina, é inmediatamente y sin  
aguardar que se la presente Clotilde esclama:*

CLOT. ¡Guardias, socorro, pronto al asesino. !

*(Leon abre precipitadamente la puerta detrás de la  
cual figura hallarse escondido y se presenta con al-  
gunos guardias.)*

LEON. Lo atestigua su pálido semblante.

CLOT. Y en su mano el acero rutilante.

FERM. ¡Por mi mal tan vil trama ahora adivino!

LEON. Sin dilacion, prended al delincuente.

*(Los soldados le desarman y apoderan de él.)*

CLOT. Castigue el tribunal su vil intento.

LEON. Servirá su justicia de escarmiento.

*(Armando. Orés y Celia salen como arrastrados  
por el tumulto, y la última da un grito de espanto y  
cae desmayada en los brazos de Orés.)*

FERM. ¡Ah, Celia, no me culpes, soy inocente!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



**ACTO TERCERO.****Escena primera.**

*Gabinete en el palacio de Teodorico.*

CELIA Y ORÉS.

ORÉS. ¿Princesa, habeis descansado?

CELIA. Siquiera, Orés, he podido cerrar el párpado helado en el llanto sumergido.

Y así concluirá mi vida del dolor en la amargura, y será la sepultura descanso de una afigida.

Y ya que el mundo mi anhelo me prohíbe disfrutar, su amor marcharé á gozar eternamente en el cielo.

ORÉS. En él tened confianza, que mientras la vida existe al corazón siempre asiste la lisongera esperanza.

CELIA. Ninguna, Orés, se acabó ya para mí la alegría, que solo por la agonía



mi corazon palpitó;  
que como la flor que crece  
del puro sol escondida  
y ufana jamás se mece,  
nació el dolor con mi vida.

ORÉS. Manifestad la afliccion  
á vuestra madre y quizá  
moveréis su compasion.

CELIA. Dos veces la imploré ya...

ORÉS. ¿Y fué á vuestro ruego dura...?

CELIA. Me respondió con rigor  
que implorar por un traidor  
era vana mi ternura;  
y que si en ello insistia  
fuera prueba harto notable  
que con él era culpable  
de tamaña alevosía.

ORÉS. Tal vez mañana....

CELIA. ¡Oh mancilla...!

Orés, será tarde ya,  
que hoy su vida cortará  
del verdugo la cuchilla.

¡Dios mio! ¿Porqué tan cruel  
fuisteis conmigo al nacer,  
dándome solo á beber  
en el cáliz de la hiel?

Otros ven dias serenos  
en medio de los placeres,  
son cortos sus padeceres  
que calman goces amenos;  
y en mí si llega el contento  
á mostrarme su dulzura,  
va en alas de la amargura



que ha de agravar mi tormento.

¿Porqué cuando divagaron  
nuevas falsas de su muerte,  
mis ojos tanto lloraron  
si le aguardaba esta suerte?

¡Suerte cruda! ¡suerte impía!  
¡Morir como los traidores,  
sin hallar en sus horrores  
un consuelo la agonía!

¡Ah Fermin! ¿Qué te movió  
á cometer por mi mal  
con la reina crimen tal...?

¿Pero que digo...? no... no...

ORÉS. Inocente dijo ser.

CELIA. Como la razon perdí,  
Orés, siquiera sentí  
más que un fiero padecer.

ORÉS. Que sea culpable no dudo;  
el conde le sorprendió  
con el acero desnudo.

CELIA. ¿El conde digistes...? ¡Oh...!  
Basta, Orés, todo lo veo,  
me lo dicta el corazon:  
es perfidia de Leon  
y de mi madre, él no es reo.  
Es su corazon tan puro  
y abriga tanta nobleza,  
que semejante vileza  
no cabe en él, te lo juro;  
pues ayer su probidad  
venciendo á su amor, decia:  
si me adoras ¡Celia mia!  
acata su voluntad.



- ORÉS. Mas, señora, esa tristeza  
desterrad, porque fatal  
puedeos ser... (*bajo*) viene su alteza..
- CELIA. ¡La aguardará el tribunal,  
habrá llegado la hora  
de ejecutar la sentencia,  
y el verdugo sin clemencia...!
- ORÉS. ¡Señora, por Dios, señora...!

### Escena segunda. |

(*Clotilde al entrar se mantiene junto á la puerta observando á Celia, la cual no ha notado su llegada.*)

LAS MISMAS Y CLOTILDE.

- CELIA. (*Fuera de sí*)  
¿Será posible, Orés, y he de perderle.?  
¿Su muerte atroz aguardaré llorando  
en el dolor sumida, no alcanzando  
medios para salvarle.? ¡Maldicion!  
Acompañáme Orés, pronto, Orés,  
pronto...  
sé tú en la adversidad mi protectora...
- ORÉS ¿Pero que vais á hacer, Celia, señora ?
- CELIA. ¡Implorar de esos monstruos el perdon!  
(*Celia figura que vá á marcharse y Clotilde se pone frente á ella.*)
- CLOT. ¡Deteneos!
- CELIA. (*ap.*) ¡Gran Dios!
- CLOT. Estraño mucho  
que así con esa voz desmesurada,



por cierto indigna de la cuna vuestra,  
en palacio movais tanta algazara!

(A Orés).

Tú, vil esclava, fuera de este sitio.

(Orés vâse.)

CELIA. ¿Me abandonas, Orés..? ¡Oh desgra-  
ciada!

CLOT. Yo lo mando, y á más, hija perversa,  
¿quedais acaso sola en esta estancia?  
¿Temeis á vuestra madre por ventura?

CELIA. Yo, no... señora, no... no temo nada...

CLOT. ¿Estamos solas, he..! Ahora decidme  
¿cual era vuestro intento, vuestra auda-  
cia?

¿No respondeis? ¿Quereis que yo os lo di-  
ga?

¿Que intentabais hacer? ¡Desventurada!

¿Atravesar desatentada y ciega  
de la ciudad las calles y las plazas,  
dando origen á hablillas y versiones  
sobre vuestra conducta temeraria,  
que á la par de en ridículo ponerlos  
vuestro terso linaje deslustráran?  
¿Quereis ver á Fermin?

CELIA. Quiero abrazarle,  
llegar hasta sus jueces y postrada  
implorar su favor, más, esponerles,  
jurarles por mi estirpe soberana  
su inocencia, sí, madre, su inocencia....

No lo dudeis... pues que si equivocada  
juzgais que os ofendió, vivid muy cierta  
que en su pecho este fin no se abrigaba.

CLOT. Quedareis complacida en el instante,  
tal como vuestro estado lo reclama



vendreis conmigo, en la basterna misma.

CELIA. ¡Oh, reina compasiva, madre amada!

CLOT. ¿Mas podreis presenciari sin inmutaros  
cual rueda su cabeza bajo el hacha?

CELIA. Esto es ya demasiado, ¡Madre impía!  
¿Os gozais destrozando mis entrañas?  
¿Vos mi madre...? jamás, que si lo fue-  
rais

otra alma vuestro seno cobijara!

CLOT. ¡Hé aquí de una hija infame la ternura,  
el fruto á coger vais de esas palabras!

(váse.)

### Escena tercera.

CELIA SOLA, DESPUES ARMANDO Y ORÉS.

CELIA. Idos si, pronto en busca de ese conde,  
ejecutad con él fieras hazañas,  
y cuando corra la inocente sangre  
satisfaced con ella vuestra saña....

(Fuera de sí.)

No, no, perdon, perdon, os he ofen-  
dido...

Vos le salvareis, sí, ¿Quien lo dudara?

¿Es verdad madre mia.? Sois tan bue-  
na...

¡Cielos! se marchó yá... ¡Desventurada!

Le matarán ¡Dios mio! No, no puede  
enrojecerse del verdugo el hacha  
con inocente sangre... Dios es justo



y nunca permiti6.. ¿Pero privadas de la vida no fueron tantas veces..?

¡Oh, una voz..! ¿Quién era..? Me llamaba....

Si... sí.. Pronta me hallo á obedecerte y á maldecir mi vergonzosa calma!

Allí estará el monarca, es compasivo... y con llanto á sus plantas arrojada mis súplicas oirá con bondad suma y salvarle podré todavía ufana.!

¡Orés.., Orés .., socorro.., ¡no responde!

¡Nadie se presta, nadie en la desgracia!!

*Armando y Orés salen, Celia coge con frenesi á esta del brazo, y se la lleva con precipitacion.*

### Escena cuarta.

ARMANDO Y OROZCO.

ARMAN. Orozco, á tiempo llegas, cabalmente en tu busca salir era mi intento.

OROZ. Buenas noticias traigo. El conde Giles..

ARMAN. Exige que este asunto abandonemos otro más importante y que podría mis planes destruir perder momento, ¿Podrás decirme Orozco, á que distancia

habeis establecido el campamento; con corta diferencia únicamente, del castillo Theopólis?

OROZ.

Por lo ménos



á doce tiros largos de ballesta.

¿Pasa algo aquí, señor..?

ARMAN.

Estame atento.

A la hora cuarta la pasada noche de este alcázar salió con gran silencio una veloz basterna, cuyo sigilo, aunque sordo me llamen y crean lelo, á burlar no alcanzó mi vigilancia y á que de cerca la siguiese presto; en ella iba Fermin acompañado de Leon el conde y otros dos sujetos que entrambos presumí ser personajes vendidos á la reina de oro al precio; los cuatro entraron juntos en Theopòlis y de sus muros tres sólo salieron; Fermin allí quedó...

OROZ.

¿Por qué motivo?

ARMAN

Quieren asesinarle como reo de un crimen que jamás cometer pudo su corazon honrado y caballero; y esto debe ser hoy...

OROZ

¿Será posible?

ARMAN.

Esta mañana en el salon de Astreo así lo dijo el conde á su Clotilde, y unánimes entrambos resolvieron aconsejar al rey que convenía, temerosos de amotinar el pueblo, pretestando su nombre esclarecido que la ejecucion fuese en secreto.

El rey debe asistir y reuniráse sólo por mera fórmula un consejo que de amigos del conde se componga.

OROZ.

¿Y que pensais hacer?

ARMAN.

Todo esponerlo



por salvar á Fermin.

OROZ. ¿Y si ya es tarde?

ARMAN. Lavar la sangre que manchara el hierro,

de sus sayones con la sangre misma,  
romper de un fratricida el duro cetro,  
dar á Tolosa un rey cual aspiramos  
que de gloria inmortal cubra á los nuestros.

OROZ. Parto, pues, sin demora, amado gefe.

ARMAN. Ocultos de las ramas en lo espeso  
del bosque que se estiende hácia el levante  
aguardareis mis órdenes. Silencio...  
que nada se trasluzca, que yo en tanto  
procuro ver de sublevar al pueblo.

(Orozco váse)

¡Este ha de ser el memorable dia  
que tantos años ha constante espero,  
y si para triunfar morir es fuerza  
á los demás sabré servir de ejemplo!!!

(Váse.)

### Escena quinta.

*Salon de audiencia en el castillo Theopólis; á la derecha del espectador una mesa con recado de escribir y varios escaños que formarán linea con el dosel ó asiento del rey, que se hallará en primer término. Una arcada en el fondo figura separar dicho salon de un atrio, en el centro del cual se verá un tajo y junto á él al verdugo descansando sobre el mango del hacha.*



TEODORICO, CLOTILDE, LEON, DOS MAGISTRADOS Y UN  
SECRETARIO.

TEOD. A sentar os invito magistrados.

LEON. Con vuestro real permiso así lo hacemos.  
(*Se sientan.*)

TEOD. Me parece pudiera diferirse  
el fallo de la causa de ese reo  
algunos dias, pues mañana cumplo,  
conde, mis años y por cierto temo  
amargar ese dia, si le añado  
otra víctima más á mi proceso....  
proceso no formado por los hombres  
sinó por aquel Juez justo y severo.

LEON. Vuestra debilidad admiro, cuando  
la ley sábia acatar todos debemos.

CLOT. (*A Teod. con iron.*)

Yo que fuera de vos, arrodillado  
ante Fermin, con fervoroso ruego  
á llenarme la copa le instigara,  
y al apurar su abrasador veneno  
brindara á su salud: de esta manera  
logrârais que benigno os fuese el cielo.  
No hay que dudar... un corazon tan noble  
que osa atacar con su temible acero  
á indefensa muger, debe ser digno  
del más grande y sagrado miramiento.

LEON. ¿Que respondeis, señor, á lo que dice  
la reina vuestra esposa? Ello es muy cierto  
prontas las leyes han de ser severas  
contra cualquiera criminal intento,  
de lo contrario fueran infringidas  
impunes los delitos manteniendo.



Vos mismo meditado, sed prudente, no os ciegue la clemencia hasta el estremo de merecer que el nombre de insensato le sustituya al que llevais de cuerdo.

Haced ahora lo que más os plazca.

TEOD. A mi presencia conducid al preso.

*El secretario se levanta, abre una puerta que figurará ser de un calabozo y conduce á Fermin.*

### Escena sexta.

LOS MISMOS Y FERMIN.

FERM. (*incando la rodilla.*)

A vuestros piés, señor...

TEOD. Vos enterado estar debeis sin duda del severo castigo que señala la ley goda al que intentare con puñal, veneno, ó cosa alguna que ofender pudiese, esclavo el agresor, noble ó plebeyo, contra los dias de una real persona; y ayer por la mañana el sólio régio la audacia profanó: de este delito sois vos el acusado, caballero; la reina la ofendida, y reunidos los nobles magistrados justicieros, dispónense á escuchar vuestra defensa para poder fallar con todo acierto.

LEON. Ya podeis empezar.

2.º MAG

Hablad si os place.



3.<sup>r</sup> MAG. Delincuente os declara este silencio.

FERM. Sino me engaño, el conde bien pudiera tal molestia tomarse, por lo ménos le sentara mejor, que este que ejerce de magistrado, el otro ministerio.

CLOT. Vos no debeis juzgar siendo el culpado.

FERM. Por vos, señora, á todo me someto, y mi defensa solo se reduce á decir: que he jurado por el cielo fidelidad con obediencia ciega hácia mis soberanos, y primero que en su contra la voz levantar ose sobre aquel tajo inclinaré mi cuello.

Muera como traidor, muera vilmente, que me culpen los hombres de perverso nada me importa, cuando pura el alma al entregarla á Dios sé que conservo.

LEON. ¿Teneis más que alegar?

FERM. No.

2.<sup>o</sup> MAG. ¿Entónces?

*(Los magistrados figuran dirigirse entre sí varias palabras.)*

LEON Y DEMÁS MAGISTRADOS. ¡A muerte.

*(El secretario figura escribir esta última palabra, y presenta el pergamino á Teodorico sobre el cual estampa su sello.)*

LEON. *(á Teodorico.)*

A vuestro nombre le seguirá el nuestro.

*(Los magistrados firman.)*

TEOD. *(ap)* ¡Es posible! ¡Con sangre he yo amasado

este trono fatal, trono de infierno, y cada vez que se halla vacilante he de regar con sangre sus cimientos!



LEON (*A Fermin.*)

El corto tiempo aprovechad que os queda  
si quereis ante Dios hallar consuelo.

FERM. Su justicia estremece á los malvados,  
y exhala el justo su postrer aliento  
lleno de esencias que son siempre gratas  
al que gobierna con su mano el cielo.

(*Ligera pausa.*)

(*A Clotilde con intencion.*)

Señora, perdonadme, que os perdono ..

(*A Teodorico arrodillándose.*)

Y á vos, mi soberano á quien venero,  
os suplico postrado á vuestras plantas,  
elevados los ojos al Eterno  
que no tacheis mi corazon de ingrato,  
que por vos late aun dentro este pecho,  
y el alma que se aloja en su recinto  
por vos ha de rogar despues de muerto.

(*Se levanta.*)

(*A Leon.*)

Mas vos, juez fementido, hombre mal-  
vado,

que abusando de vuestro ministerio  
el puñal colocais de la perfidia  
en manos de la ley con fin siniestro;  
tranquilizaos.. no será la tierra  
la que carcoma vuestro inerte cuerpo,  
sin que ántes haya sido devorado  
de vuestro corazon el más pequeño  
átomo que guarece y le da vida  
por el abrasador remordimiento.

(*Teodorico al escuchar la palabra remordimiento  
se levanta, y como fuera de si abandona el puesto  
que ocupa, agarra la daga que lleva pendiente del  
cinto y mirándola esclama:*)



TEOD (*ap.*) ¡Oh! ¡Esta sangre...! ¡Homicida...!  
 ¡Aquí, en el alma  
 siento nacer el furibundo fuego,  
 el gusano roedor que mi conciencia  
 muerde con diente destructor, sangriento!

(*Alto, á los demás que también se habrán levantado.*)

¡Indulgencia! Indulgencia! Yo lo mando.  
 Si ha cometido un crimen, si él es reo,  
 la sangre que sus venas han vertido  
 la púrpura del trono ennobleciendo  
 en su favor espongo, sea libre,  
 conmútese la pena en un destierro.

LEON. Que está, advertid, firmada la senten-  
 cia.

TEOD. Si contra mi conciencia estampé el sello,  
 rásguese el pergamino.

LEON. ¡Vuestra firma..!

CLOT. Teodorico, son vanos los esfuerzos.

TEOD ¿No soy el rey...?

CLOT Y por lo mismo esclavo  
 obedecer debeis humilde y ciego  
 á un monarca que vos más poderoso,  
 á cuyas plantas se rinde vuestro cetro.

TEOD. ¿Otro monarca..!

CLOT. Sí.

TEOD ¿Cual, insensata!

CLOT. La ley. El derecho solo concediendo  
 de perdonar la ofensa al ofendido,  
 y este, señor, yo soy; justicia quiero.



**Escena séptima.**

LOS MISMOS, ORÉS, CELIA DESPUES ARMANDO, OROZCO,  
BAGAUDAS, SOLDADOS Y PUEBLO.

CELIA. (*Arrojándose á los piés de Teodorico, sin haber reparado á Fermin.*)

No, no me habia engañado ¡padre mio!  
siguiendo la basterna de mi madre  
he llegado hasta aquí ¿verdad es, padre,  
vive todavía? ¿Verdad es que el frio  
de la muerte su corozon ardiente  
no ha penetrado aún .? Mi inquietud  
aumenta  
vuestro silencio.. perdonadle.. en cuenta  
os lo tendrá el Señor... es inocente!!!

(*Al concluir el último verso, Leon hace señal al verdugo, que apoderándose de Fermin le conduce hacia el tajo.*)

FERM. Cesa, Celia, tus ruegos y tu llanto;  
no implores compasion.

(*A la voz de Fermin, Celia se levanta, vuela hacia él y siendo rechazada por el sayon, esclama:*)

CELIA ¡Dios bondadoso!

(*Cae desmayada en los brazos de Orés.*)

FERM. ¡Justificadme ante ella vos piadoso,  
ante ella solo y muero sin quebranto!

(*Fermin se arrodilla, inclina su cabeza sobre el tajo, y á otra señal hecha por Leon, alza el hacha ei verdugo para dercargarla, y al ejecutarlo, Armando cubierto con el capuz entra por la parte del atrio, le arrebatata el hacha y se lleva consigo á Fermin hasta ponerle en el centro de la escena. Se dejarà sentir*



*el rumor del pueblo.)*

CLOT. ¡Temerario! ¿Quién sois?

LEON. ¿Como así osais?

ARM. Vuestro verdugo, conde.

CLOT. ¡Que insolencia!

ARN. Que de esas garras libra la inocencia,  
de esas garras feroces...

LEON. ¿Donde vais?

ARM. Entrad nobles valientes, entrad todos,  
intrépidos bagaudas, visigodos  
y guerreros las armas levantad

*(Los guerreros, bagaudas y visigodos que habrán  
entrado capitaneados por Orozco ejecutan este movi-  
miento.)*

y unida vuestra voz, con regocijo  
de Turismundo proclamad al hijo.

OTOZ. ¡Viva!

PUEBLO ¡Viva!

ARMAN. Teodorico, escuchad.

Veinte años hizo reinaba  
un monarca justiciero,  
à quien todo el pueblo entero  
respeto y amor guardaba.  
Además era valiente  
y los combates seguía,  
y por corona ceñía  
el casco resplandeciente.

Este rey tuvo un hermano  
cuyo infame corazon  
propio más bien de villano  
que no de régio infanzon,  
por vil ambicion traído  
su ódio puso en descubierta,  
empero no osó dispierto



y le asesinó dormido.

Mas parece que os aterra...!

TEOD. ¿Acaso sois vos el mismo  
que ha salido del abismo  
á perseguirme en la tierra?

LEON. Yo del monarca en lugar  
no sufriera... ¡Vive Dios!

ARMAN. Si os dignais, conde, escuchar  
no me olvidaré de vos.

Como os dije le mató  
y á su hijo tierno, inocente....

TEOD. Basta, basta, sed clemente...!

ARMAN. A un esclavo le ordenó....

TEOD. Lo sé, no más padecer...!

ARMAN. Pero el esclavo apiadado  
no cumplió con lo mandado  
que le hiciera estremecer.

Con el conde Bold se vió,  
y para llenar su objeto  
le comunicó el secreto  
y por hijo le adoptó.

Transcurridos diez y ocho años;  
próximo aquel á morir,  
previendo todos los daños  
que al jóven podian seguir,  
á un amigo le confió  
para que este le velase,  
rogando que le ocultase  
la cuna que le meció;  
hasto tanto que reinar  
le permitiera su edad,  
porque temia, en verdad,  
su existencia aventurar.



Y este amigo, rey, yo fui;  
le velé con gran cuidado,  
hice por él cuanto es dado,  
sordo y lelo me fingí.

*(Se descubre mostrándose armado.)*

CLOT. }  
LEON. } ¡Armando..!!  
TEOD. }

*(Celia vuelve en si.)*

ORÉS. No me engañó,  
á fe, su fisonomía;  
nunca esclavo le creía.

ARM. El momento pues llegó  
de aclararos la razon....

TEOD. *(ap.)* ¡Cuantos tormentos arrostro...!

ARM. *(Presentando Fermin á Teodorico.)*  
De su padre ved el rostro.

TEOD. ¡Aspar! ¡Él es! sí, ¡Perdon..!!

FERM *(abraz.)* Seguireis siempre reinando.

TEOD. Penitente, mis errores  
espiaré....

ARM. *(Señalando á Clotilde y á Leon.)*

Ved los traidores  
que os estaban rodeando.

Vuestra esposa, ese Leon....  
que miéntras os alhagaban  
el veneno preparaban  
para vuestro corazon.

Y por si acaso villanos  
osan negar su delito,  
que les confunda este escrito  
que el cielo puso en mis manos.

*(Saca el pergamino.)*

LEON. *(ap.)* ¡Es mi carta..!



CLOT. (*ap.*) ¡Suerte fiera!

TEOD. Soltad ese pergamino.

(*Armando se lo dá y se dirige ä Fermin.*)

ARM. ¿Ni un abrazo habrá siquiera  
para el conde de Ganduino?

FERM. (*abraz.*) ¡Ganduino, por vida mía,  
cuanto tiempo há que os lloraba...!

ARM. Las sospechas evitaba  
si muerto se me creía.

TEOD. (*Hechando mano ä la daga.*)

¡De lesa justicia reos!

¡Traidores eontra su rey!

No vivireis...

FERM. Deteneos,  
les castigará la ley.

(*Algunos soldados se apoderan de Leon y Clotilde.*)

CELIA. ¡Ah Fermin! por fin dichosa,  
libre el corazon de duelo  
puedo dar gracias al cielo.

FERM. Mañana serás mi esposa.

(*Teodorico se despoja de las reales insignias, con las que viste ä Fermin, y tomándole de la mano le presenta al pueblo.*)

TEOD. Pueblo godo, esa es la mano  
que regir debe tu ley,  
encuentra en tu nuevo rey  
un buen padre, no un tirano,  
cuya virtud sin segundo  
muestre que su pecho archiva  
el alma de Turismundo.

ARM. ¡Aspar, viva!

PUEBLO ¡Viva, viva!

FERMIN (*ä Leon y Clotilde*)

Vuestro error queda olvidado,



mereciendo mi indulgencia,  
pues quiero que la clemencia  
empiece con mi reinado.

*(Los soldados les dejan libres.)*

TEOD. *(á Fermín)* Aspar, si un ángel te guía  
en alas del fervor santo,  
junto al altar sacrosanto  
á exhalar plegaria pía;  
y hallas allí, en el dolor  
un alma pronta á dejar  
su tronco, para volar  
al tribunal del Señor;  
alza los ojos al cielo,  
y á tu padre una oracion  
que le sirva de consuelo  
dirige por su perdon.

FIN DEL DRAMA.





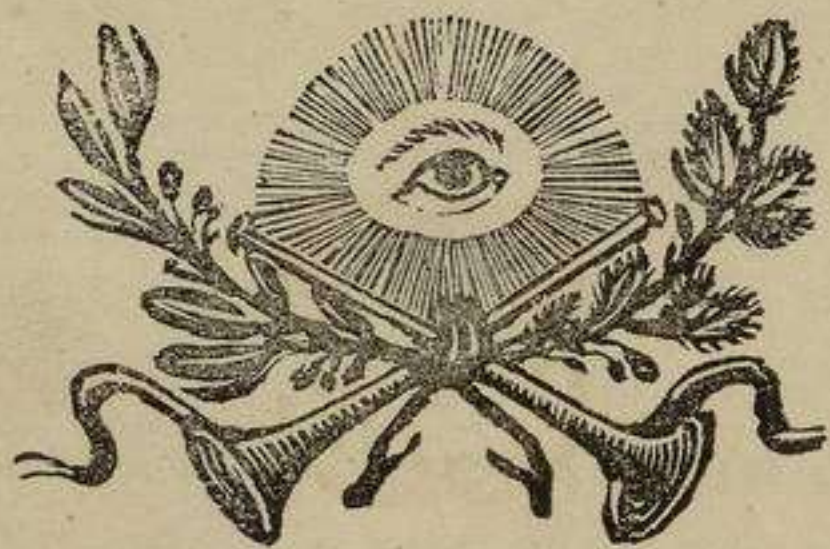
UN PÍCARO

DE ALTO COPETE,

DRAMA DE COSTUMBRES

EN

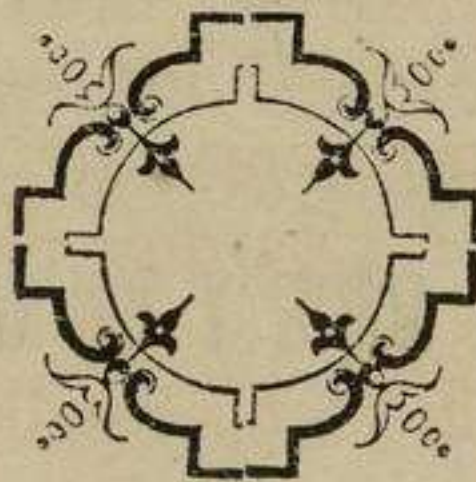
CINCO ACTOS Y EN VERSO.



IMPRENTA DE MIGUEL PARPAL

1882.







## DEDICATORIA.

El motivo de profesar un entrañable cariño á esta concepcion teatral, no por sumérito artístico-literario (bien escaso por cierto, si es que alguno tiene) sino por considerarla como la expresion sincera de mis sentimientos, me ha inducido á consagrarla á la memoria de mi idolatrado hijo Rafael, teniente graduado, alférez del primer batallon del regimiento de infantería de Valencia, número 23, el cual, juntamente con otros ochenta y nueve compañeros de armas, á la temprana edad de 25 años, y cuando por sus prendas militares le sonreía un lisonjero porvenir, fué víctima de la catástrofe acaecida en Logroño el dia 1.º de Setiembre de 1880, de resultas del hundimiento del puente, en el acto de atravesarlo dicho batallon.

Sirva de lápida á su sepulcro y de lenitivo á la inconsolable afliccion de los que lloramos tan sensible pérdida.

---

Como consecuencia de la anterior dedicatoria, nos tomamos la libertad de reproducir á continuacion la sentida poesía que acerca del particular publicó en *El Bien Público* nuestra inspirada y apreciable poetisa, señorita doña A. Marcelina Vinent, hija de nuestro sincero amigo é inolvidable maestro, señor don Antonio, el más distinguido matemático que hasta el presente ha producido la Isla, y cuya excesiva modestia quizás haya contribuido á que esta poblacion, des-



conocedora de su talento, no rindiera su memoria el justo homenaje que tan ilustre hijo merecía.

## LA CATÁSTROFE DEL EBRO.

A LA SENTIDA MUERTE DEL JÓVEN

D. RAFAEL HERNANDEZ Y BASELINI

*que desgraciadamente ha sido una de sus victimas.*

Ebro que rápido cruzas  
 Riberas de musgo blandas,  
 Hoy negras corren tus ondas  
 que fueron ayer tan claras.  
 Ayer sí, junto á la orilla  
 Dulces sonos murmurabas,  
 Hoy repites los suspiros  
 De mil madres desoladas.  
 Y en vez de las blancas perlas  
 Que en verdes juncos dejabas,  
 Hoy parece tu corriente  
 Arrastrar mares de lágrimas.  
 ¡Ebro cruel! ¡oh quien te mira  
 Y no siente que le arranca  
 El dolor llanto copioso  
 Ante tamaña desgracia!  
 ¡Pobre Rafael! ¡quien diría  
 Que al fondo de alevés aguas  
 Debieras hallar la tumba  
 En hora fúnebre, aciaga!  
 Tú tan jóven, tan valiente,  
 Tan sereno en la batalla,  
 Que impávido en la trinchera  
 Con intrepidéz bizarra



Del cañon de Oricain  
Afrontaste la metralla.  
Tú que empuñabas apenas  
Novel guerrero una espada,  
Y á los campos de la lucha  
Volaste con noble audacia. (1)  
¿Quién va á llenar el vacío  
Que deja tu muerte infausta?  
¿Quién devolverá la vida  
Al padre que en ti miraba  
El orgullo de su nombre,  
El consuelo de sus canas?  
¿Donde ha de hallar, la que amante  
Te llevara en sus entrañas,  
El hijo que meció un día  
En su seno, enamorada!  
¿Todo acabó! llanto y luto  
De los tuyos cubre el alma:  
Paz para ti allá en el cielo,  
Sin zozobra, sin alarma,  
Para aquellos que te lloran  
Duelo, llanto, guerra aciaga.

—  
¿Ebro cruel, tu negro abismo  
Cuántas memorias amargas  
Encierra en tu undoso seno  
Qué tanto gemido arranca.  
¿Cuánta esposa te maldice!  
¿Cuánta madre despedaza  
Sus entrañas el recuerdo

(1) La acción de Oricain fué una de las en que más se distinguió el malogrado joven cuando apenas recién salido del colegio había solicitado pasar al Norte, donde se hacía la guerra con más encarnizamiento. 23



De tu nombre que la espanta!  
¡Ebro cruel, desde hoy tus ondas  
Por cristalinas y claras  
Que se pierdan entre flores  
Serán manantial de lágrimas,  
Que en ellas verán las madres  
De las víctimas que guardas  
El sudario de sus hijos,  
La tumba de su esperanza.

A. MARCELINA VINENT.



## PERSONAS.

DON BALTASAR, *conde de Valumbroso.*

ISABEL, *su hija.*

CÁRLOS, *hijo adoptivo de D. Baltasar.*

DOÑA JUANA, *marquesa de Altatorre.*

DON ENRIQUE, *baron del Roble.*

ANTONIO, *criado de librea de D. Baltasar.*

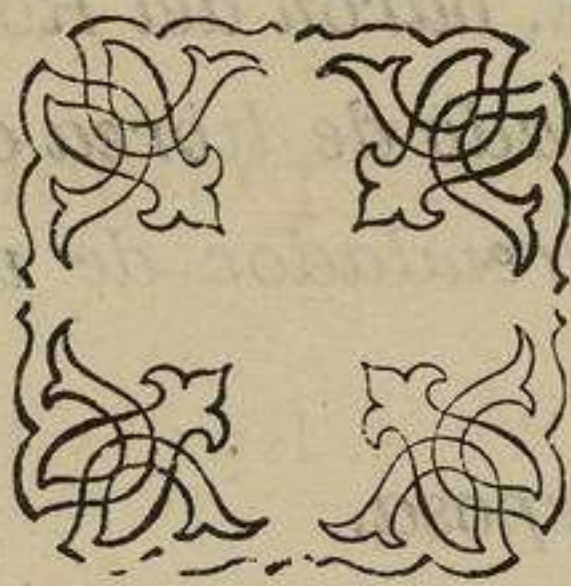
PASCUAL, *arrendador de una quinta del mismo.*

TERESA, *su esposa.*

*Mozos de labranza, varios criados de librea y un compinche de Antonio.*

La escena en un punto de España, año 1857.







## ACTO PRIMERO.

*Gabinete en casa de D. Baltasar con puertas laterales, y otra grande en el fondo que figura dar salida á una galeria que conduce a un jardin que se descubre en perspectiva.*

*Ademàs del mueblage conveniente, habrá un velador con copas y un par de botellas de cristal con su correspondiente licor.*

## Escena primera.

DON BALTASAR, ISABEL Y CÁRLOS.

BALT. Acercaos, hijos del alma,  
venid los dos á mis brazos;  
pues vuestros tiernos abrazos  
son de mi pecho la calma,  
que á falta de la ternura  
que os prodigara una madre,  
cifrando está vuestro padre  
en vosotros su ventura;  
que aunque de un dia, en verdad,  
memoria sois harto fiel,  
que amaneciera con él  
para mí la adversidad;  
tambien es cierto, Dios mio,  
que cual agostada flor,  
fuisteis para mi dolor







no la inflamase el furor;  
pues perdida la esperanza  
de salvarle, unicamente  
era arrastrada mi mente  
por el deseo de venganza.

CÁRL. ¡Y la llegaste á obtener?

BALT. Obrando luégo la calma,  
los arrebatos del alma  
supo la razon vencer.

CÁRL. Pero... ¿Y las leyes .?

BALT. En vano  
en su contra procedieron,  
porque huyó, segun dijeron,  
á su patria, era italiano.

CÁRL. Entónces juro que si  
aún existe, y algun día  
con él tropiezo, á fe mía,  
que me vengaré por tí.

BALT. No, Cárlos: es de hombres sabios,  
y de almas grandes tambien  
por el mal devolver bien  
y perdonar los agravios.

CÁRL. Atendida esta razon,  
expresamente ultrajado  
fuera el bueno del malvado.

BALT. Rechaza tal opinion,  
juzga de un modo diverso,  
y sanamente imagina  
que ante la virtud se inclina  
hasta el hombre más perverso;  
y todo aquel que en rigor  
tras vengarse anda de asecho,  
hace blanco de su pecho  
á otra venganza mayor;



pero si por el contrario  
das la mano, y no es mancilla,  
á tu abatido adversario,  
le confundes y él se humilla.

ISAB. ¡Oh, tu corazón, papá,  
magnánimo es sin igual!

CÁRL. ¡Un alma celestial  
en él escondida está!

BALT. Así, dispuesto á arrostrar  
mi suerte, con noble empeño  
trataba en brazos del sueño  
la triste inquietud calmar  
de mi desgracia fatal,  
cuando á mi oído llegaron  
cuatro golpes que sonaron  
en la puerta principal.

Y sin hacerme atender  
bajo y doy franca la entrada,  
y se presenta tapada  
delante mí una muger;  
que sin que su boca se abra  
con modos se acerca urbanos,  
un niño pone en mis manos  
y huye, sin soltar palabra.

ISAB. ¿Que dices...? ¡Una criatura...!

BALT. Si, Isabel, recién nacida,  
la que á mi amparo crecida  
(Señalando á Carlos.)  
dió esa arrogante figura.

ISAB. ¿Con que Carlos no es mi hermano...!

CÁRL. ¿Hijo tuyo no soy yo...!

BALT. En breve lo serás !oh  
si... á Isabel dando tu mano.

ISAB. ¡Padre mío..!







ó á desamparar á un hijo!

ISAB. Cuanto compadezco, padre,  
á la que un simple deslíz  
hiciera tan infeliz,  
Cárlos, bendice á tu madre.

BALT. ¡Infeliz...! sí, hija, lo fué;  
cual lo demuestra este escrito  
*(Lo saca de una cartera y pone en manos de*  
*Cárlos.)*

que de seda en un saquito  
sobre tu pecho encontré.  
*(Cárlos lo despliega y lee en alta voz.)*

CÁRL. *(Leyendo)* Sr. D. Baltasar, conde de  
Valhumbroso: ocho años hace que es-  
tais ligado á una amable compañera y  
no habeis tenido el placer de concebir  
el cariño paternal.

El cielo que no se ha dignado conce-  
deros un hijo, acaba, por mi desgracia,  
de darme el que os entrego.

Si sois sensible al dolor de una madre,  
un joyel exactamente igual al que lleva  
prendido os revelará á su tiempo su  
procedencia.

Pero si en todo el día de mañana un  
pañuelc blanco no pendiese de los hier-  
ros de vuestro balcon, á la misma hora  
la muger que lo depositó en vuestros  
brazos pasará á recoger el fruto de mis  
entrañas; y en este caso ¡Dios mio! la  
deshonra será preferible á verle con-  
fundido con los desventurados de la in-  
clusa.

¡Dios os bendiga y haga feliz!



CÁRL. (*Besando la carta.*)

¡Del que el dolor, madre mía,  
contigo comparte eterno,  
recibe un ósculo tierno  
que al bendecirte te envía!

(*Devuelve la carta á D. Baltasar.*)

BALT. Leí esta carta, y de fijo  
como vosotros lloré,  
al tierno infante abracé  
diciendo: serás mi hijo;  
y crecerá tu dulzura  
y con ella mis delicias,  
y pagaré tus caricias  
con excesos de ternura.

Y así se verificó,  
fué creciendo el pobre niño  
y en breve de mi cariño  
á ser ídolo llegó.

Tres años contaba yá,  
y la sorpresa un buen viérnes  
mi esposa dióme: que en ciérnes  
me hallaba de ser papá.

Ansiado llegó aquel día,  
mas la infeliz; ¡fatal suerte!  
espiró sin conocerte,  
al darte á luz, hija mía.

ISAB ¡Oh madre.! si estás allí  
donde los ángeles moran,  
no olvides á los que lloran  
en este mundo por tí.

BALT. Así tras tanta desdicha  
pasaron unos tras otros  
los dias, sin otra dicha  
ni más placer que vosotros.



Y cuando juntos os ví  
bellos crecer á los dos  
rendí las gracias á Dios  
y dije, hablando entre mí:

Capullos que habeis brotado  
mecidos del aura pura,  
y un mismo arroyo os ha dado  
á entrambos vida y frescura;  
cuando por abril las flores  
desplegueis, prudente hallo  
que confundan sus olores  
unidas á un mismo tallo.

Y en el jardin que entre rosas  
trasformen en bello eden,  
de un tronco, al mirarse hermosas,  
se juzguen hijas tambien;  
hasta que luzca aquel día  
que al colmarse de esplendor  
y envidiable lozania  
las una el lazo de amor.

Y vuestra historia en mi pecho  
guardé, y os contemplé ufanos  
pasar los dos por hermanos  
al abrigo de mi techo.

Pero el momento llegó  
de hablar la sinceridad,  
y os he expuesto la verdad  
como me propuse yo.

Por mi parte ya cumplí,  
solo falta me digais  
ingenuamente ¿Os amais.?  
Responded.

CÁRL.  
ISAB.

Sí, papá

Sí.



BALT. Ahora volved á mis brazos,  
que anhelo antes de tres dias  
veros, esperanzas mias.  
atados con dulces lazos.

CÁRL. ¡Ah, señor...!

BALT. Pongamos fin,  
Cárlos, á tanta emocion,  
y un ensanche al corazon  
demos, bajando al jardin.  
(*Vánse los tres por el fondo.*)

### Escena segunda.

DOÑA JUANA, DESPUES DON ENRIQUE.

JUANA. Siempre que piso esta casa  
mi pecho late veioz,  
con más libertad respiro  
y un benéfico calor  
tiñe mi pálido rostro  
de un encendido arrebol.

¡Ah Cárlos...! ¡Querido Cárlos. !  
¡Dulce prenda de mi amor..!

Tal vez se halle junto á mí,  
(*señalando una puerta de la izquierda.*)  
es esa su habitacion.

Si pudiera sin ser vista  
contemplanle .. ¡Santo Dios !  
Allí, en el jardin está,  
tiene en su mano una flor.

ENRIQ. (*Entrando.*)



(*Ap*) ¡La Marquesa. ! y está absorta...  
¿Qué llamará su atención...?

JUANA. ¡Dios mio! ¡que bello es.!

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Es Carlos..! ¡Válgame Dios ..!  
ó yo no veo á nadie más..

JUANA. ¡Carlos de mi corazón.!

ENRIQ. (*Ap.*) Que feliz descubrimiento,  
motivo tendremos hoy  
para entretener amigos  
de juego, café y reunión.

JUANA. Si pudiera en esa frente  
imprimir mis labios ¡Oh...!

ENRIQ. (*Ap.*) Hé aquí porque no quiso  
casarse con el señor  
D. Baltasar, si anhelaba  
otro más tierno pichon.

!El diablo son las mugeres.!

JUANA. ¡Cuan dichosa al verte soy.!

ENRIQ. (*Ap.*) Es preciso que la saque  
de tamaña situación,  
de no, vá á volverse loca

(*Alt.*) Marquesa .

JUANA. (*Con sobresalto.*) ¡Quién..!

ENRIQ. Servidor.

(*Ap.*) Se ha turbado (*Alt.*) Doña Juana,  
dispense si anduve torpe,  
quizá apartando su mente  
de mil gratas emociones.

JUANA. (*Ap.*) ¡Dios mio, si habrá escuchado..?

(*Alt.*) Aficionada á las flores,  
de azucenas y de lirios  
admiraba el bello bosque.

ENRIQ. O algun tulipan gallardo,  
cuyos brillantes colores



atrageran las miradas  
de esos ojos seductores.

JUANA. Permítame que le diga,  
el señor baron del Roble,  
que esas bromas no consiente  
la marquesa de Alta-torre.

ENRIQ. Hablaremos, pues, en serio  
Usted ama.

JAANA. Eso es muy noble,  
puesto que no amar á nadie  
solo es hijo de almas pobres.

ENRIQ. Es decir, una pasion  
esos sentidos absorbe,  
y Cárlos es el objeto ..

JUANA. A ella misma se conoce  
la señora con quien trata,  
por lo tanto le responde  
que es añosa yá la encina  
para vástago tan jóven,

ENRIQ. Pero supo usted reusar  
la mano del señor conde,  
cuya edad tanto se aviene  
con la suya.

JUANA. Estoy conforme.  
¿Mas, que dirá si le afirmo  
que es don Baltasar el hombre  
más de mi gusto de cuantos  
entero mantiene el orbe?

ENRIQ. Que no la comprendo á usted  
á no darme esplicaciones.

JUANA. Voto hice de no casarme  
allá, cuando era muy jóven  
y mi propósito cumplo.

ENRIQ. (*iron.*) Pero yo ví no sé donde



monjas morirse tambien  
dentro del claustro de amores.

JUANA. (*con entereza.*)

Don Enrique, ya le he dicho ..

ENRIQ. Doña Juana, usted perdone.

(*Ap.*) Veamos de sacar partido.

JUANA (*Ap.*) Sin duda alguna entendió...

ENRIQ. Pues, señora, como amigo  
debo hablarla.

JUANA. Usted es muy dueño.

ENRIQ. Usted ama, y esto es de fijo,  
porque de esa misma boca  
lo escuché.

JUANA. (*Ap.*) ¡Dios mio, Dios mio!

ENRIQ. Mas puede al cielo dar gracias  
que siendo, segun colijo,  
ese amor puro secreto  
sea yo el único testigo.  
porque al cabo y fin marquesa,  
soy de usted el mejor adicto.

JUANA. ¿Pero de veras .? ¿Es cierto..?  
Baron, diga usted ¿qué ha oido ?

ENRIQ. Repetir puedo palabra  
por palabra cuanto ha dicho.

JUANA. ¡Oh! no... ¡por Dios...! calle.. calle...  
¡Por su madre le suplico...!  
¡Porque este amor...! ¡este amor...!

ENRIQ. Casualmente es el sigilo  
una de las cualidades  
bellas, mal me está decirlo,  
que me adornan y distinguen  
entre las muchas que abrigo.  
Así puede usted hacer cuenta  
que esto cayó en un abismo.



JUANA. Gracias... es usted muy amable...

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Oh..! Tengo el tacto muy fino.

(*Alt.*) Pero, señora marquesa,  
dispensará, me retiro. .

JUANA. ¿Cómo, tan pronto se marcha?

ENRIQ. (*Ap.*) Ya la tengo en el garlito.

JUANA. ¿Me asegura usted el silencio .?

ENRIQ. Es por demás repetirlo.

JUANA. Gracias, querido baron.

ENRIQ. (*Haciendo como que vá á marcharse.*)

Marquesa, con su permiso ..

(*Cambiando de resolucion.*)

Empero, soy un majadero,

á caza ir de los amigos

y no halle quizás quien pueda

sacarme de mi conflicto,

mientras si quisiera usted...

JUANA. ¿Qué se ofrece?

ENRIQ. Un compromiso,

una friolera... no vale

ni aún la pena de decirlo.

JUANA Sin cortedad, caballero,

que se explique le suplico.

ENRIQ. El arriendo de mis fincas

no vence hasta el veinte y cinco

y el catorce, que es mañana,

el empeño he contraido

de cuarenta mil reales,

y no alcanzo, por lo visto,

que sobre unos veinte mil...

JUANA. Basta, don Enrique, hoy mismo

puede usted pasar por casa

y disponer á su arbitrio

de la suma que le falte.



ENRIQ. ¡Usted es un ángel divino!

JUANA. Soy enemiga de lisonjas.

ENRIQ. ¿Con que mañana...?

JUANA. No, hoy mismo,  
baron, que esta tarde marchó  
á mi predio San Dionisio,  
con toda la servidumbre.

ENRIQ. ¡Ah..! y dicen que es muy lindo...  
y tan ameno. . y tan... que  
siento nunca haberle visto.

JUANA. Don Enrique, si usted gusta  
puede venirse conmigo.

ENRIQ. Tan solo por el honor  
de acompañar á usted, admito....  
Pago hoy mi deuda, (*Ap.*) bobada,  
(*Alt*) y podré marchar tranquilo

### Escena tercera.

LOS MISMOS Y ANTONIO QUE ENTRA POR EL FONDO.

ANTON. Mi señora la marquesa,  
tuve la honra de anunciarla,  
y le ruega el señor Conde  
que, siendo como de casa  
y por lo tanto cumplidos  
con vueseñoría no gasta,  
al jardin bajar se sirva  
donde impaciente la aguarda.

JUANA. Don Enrique ¿Usted no viene?

ENRIQ. Me quedo aquí.



(D. Enrique la acompaña de la mano hasta la puerta del fondo.)

JUANA.

Tantas gracias.

(Váse.)

ANTON. ¿Anunciaré á usted tambien?

ENRIQ. Antonio, como te plazca.

### Escena cuarta.

DON ENRIQUE SOLO.

ENRIQ. No pinta mal esta empresa;  
al pronto salgo de apuros,  
que buenamente mil duros  
me va á soltar la marquesa;  
sin lo que se le escabulla  
luégo que en su granja esté:  
por lo ménos ganaré  
lo que el gazzate se engulla.

Yo siempre me lo decía,  
conociendo lo que valgo:  
tu has de llegar á ser algo  
con esta filosofía.

Que si bien del numeroso  
caudal que heredara y haciendas  
fuera un casucho ruinoso,  
no me restan sino deudas....

De estas poco caso hago,  
pues soy hombre, por fortuna,  
que aunque no niego ninguna  
tampoco ninguna pago.



Que á pillo no hay quien me venza,  
sé fingir que es un primor,  
y lo que es mucho mejor  
que me sobra desvergüenza.

Con estas dotes y el pico  
que obre á falta de ciencia,  
sin pizca de conciencia  
he de volver á ser rico.

Y como siga adelante  
el plan que formado tengo,  
seguramente convengo  
que el día no está distante;  
pues con mi maña he logrado  
del conde en el corazon  
puesto tal, que en su opinion  
soy el jóven más honrado.

Y como no se me esconde  
nada, y sé bien de fijo  
que el pobre Cárlos no es hijo,  
sino adoptivo, del conde;  
hecha tengo mi carrera  
sin que nada ya me aflija,  
si me caso con la hija  
que es su única heredera;  
que aunque de estirpe muy noble  
no hay temor del que dirán,  
que al cabo un pelafustan  
nunca fué el baron del Roble.

Y luégo que el evangélico  
altar nos una y me cuadre,  
para librarme del padre  
siempre encontraré un mal médico.

Y tocante á su Isabel  
al ser de mis garras presa...



Hé aquí el conde y la marquesa,  
hagamos nuestro papel.

### Escena quinta.

EL MISMO, D. BALTASAR Y DOÑA JUANA.

ENRIQ. ¡Amigo don Baltasar!

BALT. ¡Oh, mi buen Enrique! siento  
que su persona un momento  
dejaran por anunciar,  
ó como no ignora, en fin,  
que esta casa no tomase  
como propia, y no bajase  
con la marquesa al jardin.

ENRIQ. Aunque, conde, á la verdad,  
la etiqueta me disgusta,  
tomar con nadie me gusta  
excesiva libertad.

BALT. ¡Cuando está usted en su casa....!

ENRIQ. Que quiere usted, señor conde,  
es mi carácter...

BALT. En donde  
puede disponer sin tasa.

JUANA. Y mucho más todavía  
hoy que está de enhorabuena...

ENRIQ. ¿Es dable saber que llena  
su corazon de alegría?

BALT. Para usted aquí no hay secreto,  
y puesto que de ello cuido  
evitemos que un descuido



faltar me haga á su respeto.

Y sabiendo que galante  
acompaña á doña Juana  
á su alquería, lindante  
con la que poseo en Santa Ana,  
do porque tenga lugar  
solo entre gente sencilla  
en su rústica capilla  
he resuelto celebrar  
la ceremonia, si á bien  
lo tiene usted, pues vendrá  
la marquesa, me honrará  
con su asistencia tambien.

ENRIQ. Aunque ignore cual es el  
motivo de este convite,  
grato mi pecho lo admite.

BALT. Sepa que caso á Isabel.

*(Don Enrique hace un movimiento notable de sorpresa quedándose atónito.)*

JUANA. ¡Qué le pasa á usted...?

BALT. De hecho,  
algun ataque le dió.

ENRIQ. *(Ap.)* ¡Enrique, qué dirás? *(Alt.)* ¡Oh!  
Cual si partieran mi pecho,...  
estoy viendo las estrellas...  
no puedo más... una silla...!

BALT. *(Se la acerca y ayuda á sentarle en ella.)*  
Doña Juana una de aquellas  
copitas... de manzanilla....

*(Doña Juana se dirige al velador, llena una copa y se la trae.)*

ENRIQ. *(Ap.)* Se desbarató mi plan.

BALT. ¿Persiste.?

ENRIQ. En el vacío izquierdo....



JUANA. (*Entregando la copa á don Enrique.*)

Que le saque de su afan.

ENRIQ. Gracias mil.. (*La apura de un golpe.*)

(*Ap.*) Yo nunca pierdo.

(*Vuelve á entregar la copa á doña Juana.*)

JUANA. ¿No se mitiga el dolor .?

BALT. ¿Siente usted alivio, Baron?

ENRIQ. Penetró hasta el corazon.

Estoy sudando ..

BALT. Mejor.

JUANA. ¿Desaparece?

ENRIQ. Calmó

en fin....

JUANA. Dios sea alabado!

(*Coloca la copa sobre el velador.*)

BALT. ¿Pasó del todo?

ENRIQ. Pasó.

(*Ap.*) Miento, que se ha atragantado.

BALT. Algun flato.

JUANA. Es de creer.

ENRIQ (*Levantándose* )

Y dando vuelta al asunto,

¿A quien honra por presunto  
es dado tambien saber?

BALT. A mi hijo adoptivo.

ENRIQ. ¡A Cárlos?

BALT. Con Isabel le eduqué,  
é hijos á entrambos llamé  
con objeto de enlazarlos.

¿Qué le parece, Baron?

ENRIQ. ¿Y usted que dice, Marquesa?

JUANA. Que una eleccion como esa  
es una brava eleccion.

ENRIQ (*Ap.*) ¡Extraña es esa muger!



(*Alt.*) Yo si he de decir aquí lo que siento, acá entre mí soy del mismo parecer que usted, doña Juana, pero como hay la necesidad de dar á la sociedad cuentas de todo primero; y como en ella son pocos que á sana razon se atienen, y pasan los que la tienen generalmente por locos; sin que ni remotamente trate de hablar con desprecio de un jóven, cuyo escelente carácter digno es de aprecio, le debo manifestar, de mi apego en testimonio, que el mundo ese matrimonio no es fácil pueda aprobar; pues sin pararse en ninguna de sus muchas dotes bellas, mirando á través de ellas, únicamente su cuna, dirá, y esto no le asombre, aún el menos riguroso, que el conde de Valumbroso no tiene en mucho su nombre, y hasta que pone en ridiculo á su única heredera, al darla por compañera á un hombre vulgar, sin título.

BALT. Doyle mil gracias, baron, por sus advertencias sanas, pero á flaquezas humanas



no sujeto mi opinion,  
que atendida nuestra ley  
hijos somos de un Adan,  
por consiguiente un patan  
es de igual sangre que un rey;  
y no estriba la nobleza  
en ostentar con blasones  
los títulos de grandeza,  
sinó en grandeza de acciones.

Deduciendo de este plan  
esta consecuencia doble,  
que un patan puede ser noble  
y un noble ser un patan;  
y que poco importa un nombre  
si no hay honradez tambien,  
y como sea hombre de bien  
no hay diferencia en el hombre.

Y los enlazo al juzgárlos  
á entrambos de ello muy dinos,  
que á falta de pergaminos  
sobran virtudes á Cárlos.

¡Pero... marquesa..; usted llora ..!

JUANA. No hay duda, me he enternecido...  
esas palabras han sido  
tan sentidas que...

ENRIQ. Señora,  
no crea... y conde que yo...

BALT. Nos persuadimos, baron,  
hartas pruebas de adhesion  
bastantes veces nos dió.

ENRIQ. Además, como no cabe,  
digo del mundo respeto,  
el más minimo secreto,  
porque al fin todo se sabe.



Que no ha de faltar alguno  
 que añada, mucho me temo,  
 que ha llegado ustè al extremo  
 de emparentarse con uno...  
 que tan solo á su bondad  
 debe el ser, que le amparó,  
 y que la infamia llevó  
 á degradante orfandad.

JUANA. (*Afectada*)

¡Degradante..! Sí, de fijo,  
 de sus padres le castiga  
 la culpa... ¡Que horror.! ese hijo  
 es fuerza que los maldiga...!

¿Es verdad, conde, es verdad .?

BALT. Culpe usted al mundo, señora....

(*Baj.*) ¡Cárlos aquí .!

JUANA. (*Ap.*) ¡El es!

BALT. (*Baj.*) Ahora  
 de conversacion mudad.

### Escena sexta.

LOS MISMOS Y CÁRLOS.

(Este llevará un ramo de flores en la mano.)

ENRIQ. (*Alt.*) Pues, señora doña Juana,  
 conforme estaba diciendo...

CÁRL. (*Saludando.*)  
 Señor baron...

ENRIQ. ¡Hola, Cárlos..



CÁRL. Marquesa, que me hará espero  
el alto honor de aceptar .

*(Entregándole el ramillete.)*

JUANA Sí, Cárlos, con mucho aprecio.

ENRIQ *(Ap.)* Como le tiembla la mano

CÁRL. Para usted lo he yo compuesto  
de las más galanas flores  
que presta el pensil ameno.

JUANA. *(Ap.)* Y sobre este corazon  
¡Dios mio ! tendrá su asiento.

*(Alt.)* Ahora espero que tambien  
me harás, Cárlos, el obsequio  
de permitir que coloque  
esta sortija en tu dedo,  
como regalo de boda.

*(Doña Juana se quita una sortija, que coloca en el dedo de Cárlos.)*

ENRIQ. *(Ap.)* ¡Es un brillante soberbio!

CÁRL. Gracias .. lo acepto, marquesa,  
como un amable recuerdo  
de la dama que merece  
mi más respetuoso afecto.

ENRIQ. *(Ap.)* La marquesa tiene táctica.

JUANA. *(Ap.)* ¡No puedo más, Dios eterno..!

BALT. Cárlos ..

CÁRL. Papá ¿que se ofrece.?

BALT. Que dispongas desde luégo  
que arreglen los equipages  
é indispensables arreos  
de viage, que mañana  
de la aurora con el fresco  
á Santa Ana nos marchamos.

CÁRL. Con permiso...

ENRIQ. Eres muy dueño.



(*Cárlos váse por la izquierda, D. Baltasar le acompaña hasta la puerta con ademán de darle instrucciones, doña Juana le sigue con la vista.*)

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Estasiada le contempla!

BALT. (*A Cárlos.*)

Y el tiro de los caretos.

ENRIQ. (*Bajo á doña Juana.*)

Marquesa, está usted en sus goces.

JUANA. (*Bajo á D. Enrique*)

¡Por Dios, silencio, silencio . !

BALT. (*A doña Juana.*)

¿Supongo honrará mi mesa. ?

JUANA. Con mucho gusto, mas tengo por hacer varias visitas.

BALT. No importa, la aguardaremos, y lo propio á usted, baron.

ENRIQ. Lo siento, conde, en extremo, pues estoy comprometido á casa de don Tadeo, señor de Bella-mirada.

(*ap.*) Ni aun conozco este sugeto.

BALT. ¿Con qué del placer privados hoy de tenerle nos vemos?

ENRIQ. Será otra vez... pero calle... ¡por Dios..! que cabeza tengo... si aunque quisiera ir allí, conde, en realidad no puedo; porque á la hora convenida precisamente debemos partir para San Dionisio. ¿Como salir de este aprieto? No hay más que pedir excusa.... y seré de usted.



- BALT. Me alegro.
- JUANA. Baron, á las dos por casa.
- ENRIQ. No haré falta, lo prometo.
- JUANA. Don Baltasar, á la vuelta...
- BALT. Baron, me hará usted el obsequio  
de permitir que acompañe...
- ENRIQ. Les voy á ustedes siguiendo.
- BALT. Como guste, caro amigo.  
*Don Baltasar ofrece el brazo á doña Juana,  
y al volver estos las espaldas, don Enrique se  
dá con la mano en la frente diciendo.*
- ENRIQ. (*Ap.*) ¡Enrique, aguza tu ingenio ..!  
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





## ACTO SEGUNDO.

*Gabinete en casa de D. Baltasar, con puertas laterales y otra muy grande en el fondo que conduce á un comedor, y por donde se descubre una mesa puesta, figurando un fin de comida.*

*En dicha mesa aparecen sentados don Baltasar, Enrique, Cárlos, doña Juana é Isabel; los cuales se levantan desapareciendo á poco de izado el telon, ménos doña Juana que sale á la escena por la misma puerta del fondo, al propio tiempo que varios criados de librea desnudan la mesa y quitan las sillas que aquellos ocupaban.*

### Escena primera.

DOÑA JUANA SOLA.

JUANA. Ya es dable por fin al pecho  
recobrar su expansion,  
exhalando los suspiros  
que ahogara con pena yo.  
Ya puede con libertad  
esprimir mi triste voz



el pesar que despedaza,  
fiero, mis entrañas. ¡Oh  
Dios mio.! ¿Será posible  
soportar tanto dolor?

¡Estar junto á él en la mesa,  
oir el eco de su voz,  
encontrarse sus miradas  
con las mias ..! ¡Santo Dios!

Y que no pueda decirle:  
Cárlos... yo Cárlos...! No, no,  
este secreto jamás  
salga de mi corazon.

Conténteme con mirarle,  
con merecer su afeccion,  
y mis bondades reciba  
sin penetrar mi interior.

Conténteme... sí, conténteme..!  
¡Oh fatal condicion  
de la muger, que la arrastra  
continúamente al rigor  
de luchar contra el instinto,  
siendo débil su razon..!

*(Saca del pecho el ramillete que Cárlos le  
dió en el acto anterior.)*

Flores, que arrancó su bella  
mano al vergel que las crió,  
encontrad sobre este pecho  
su aliento vificador;  
y el llanto que yo derrame  
sobre vuestras hojas, os  
dé del límpido arroyo  
y de la lluvia el frescor;  
para que al veros lozanas,  
crea imprimír mi lábio yo



sobre la fresca mejilla  
de su rostro encantador. .

Pero, oigo pasos, guardemos  
tan preciosísimo don.

### Escena segunda.

LA MISMA É ISABEL.

ISAB. ¿Cómo se encuentra, marquesa..?  
¿Se siente bien?

JUANA. ¿Qué te guía  
á esa pregunta, hija mia?

ISAB. Lúego de quitar la mesa  
de un modo se salió usté,  
que á no llamar la atencion  
de mi papá y del baron  
la hubiera seguido, á fé.

JUANA. Bien hicistes, en verdad,  
pues ya vés... no tengo nada...

ISAB. Se hallaba tan agitada,  
que juzgué aquella ansiedad  
á algun insulto debida,  
y más logrando observar  
una lágrima rodar  
por su semblante perdida.

JUANA. Isabel, cara Isabel,  
te engañaste... te lo juro...  
necesitaba aire puro...

(Ap.) ¡No hallarme tan cerca de él...!

ISAB ¿Y ahora se porta mejor?



JUANA. Bien me siento, Isabel, si...  
y desque estoy junto á tí  
respiro con más vigor.

Pues necesita mi alma,  
para que la restituya  
aquella perdida calma,  
otra alma como la tuya.

Alma bella, cuyo cariño  
lleno siempre de dulzura,  
adora con la fé pura  
que adora un ángel ó un niño.  
Alma, que sin comprender  
el pesar que me devora,  
se compadece y que llora  
con esta infeliz muger.

ISAB A mi pecho sin recelo  
sus cuitas puede fiar,  
y quizás logre alcanzar  
en la amistad un consuelo.

JUANA. Hermosa y cándida estrella  
que no alcanzas á entrever  
que hay secreto en la muger  
que debe morir con ella;  
y que al hacerse patente,  
su sino cruel, por demás,  
pone una mancha en su frente  
que no se borra jamás.

Sin embargo, niña cara,  
calmar puedes mi dolor,  
si al implorarte un favor  
no te muestras de él avara.

ISAB. Hable... que á decir me atrevo  
que á rendirle un beneficio,  
poco es todo sacrificio



por lo mucho que le debo.

Que al nacer suerte enemiga  
me arrebató tierna madre,  
pero junto á mi buen padre  
en usted hallé una amiga.

Hable pues...

JUANA. Pero te advierto  
que eso es acá entre las dos....

¿Tú amas á Cárlos, es cierto..?

ISAB. Sí, Marquesa, como á Dios.

JUANA. ¿Y si no ocurre otra cosa  
que se oponga á lo acordado,  
la mano debes, pasado  
mañana, darle de esposa?

ISAB. Para colmar nuestro bien  
papá lo ha dispuestro así....

JUANA. ¿Y Cárlos te ama tambien  
con el mismo frenesí,  
es verdad . ?

ISAB. ¡Ah ! sí, señora...  
siendo tanto nuestro amor,  
que si le amo yo, él me adora  
con irresistible ardor

JUANA. Pues bien, hermosa criatura,  
digna del pecho más tierno,  
corone ese amor eterno  
de flores vuestra ventura.

Amale como desea  
esta que estrecha tu mano,  
y de él con delirio insano  
tambien amada te vea.

Recibe, hermosa Isabel,  
sus inocentes caricias,  
y gozando mil delicias,



vive tan solo por él.

¡Vive...! y el cielo bendiga  
vuestro enlace en santa paz,  
pero no os haga el solaz  
olvidar á vuestra amiga.

Amiga ..! que en los prolijos  
afanes, siempre que os cuadre,  
sabr  serviros de madre  
porque os adora como hijos.

ISAB. Con tierna solicitud  
permita su mano bese,  
y más que la lengua espese  
la emoción, mi gratitud

JUANA ¡Por fin, mi pecho latir  
siento lleno de esperanza,  
porque miro en lontananza  
más risueño porvenir!

¡Porque vislumbro la calma  
del pesar que me aniquila,  
porque puedo al fin tranquila  
dar algun consuelo al alma!

H  aquí el conde. . .

ISAB. Mi papá....

### Escena tercera.

LOS MISMOS Y D. BALTASAR.

BALT. Hablar con usted deseo.  
Isabel, d janos solos.



ISAB.

*(Saludando.)*

Marquesa....

JUANA.

*(Bajo á Isabel.)*

¡Por Dios, silencio ..!

*(Isabel váse.)***Escena cuarta.**

D. BALTASAR Y DOÑA JUANA.

BALT. Para sufrir nació, marquesa mia,  
que una dicha jamás pudo completa  
gozar mi corazón, murió mi madre  
al cumplir de mi edad un lustro apenas,  
de mi padre querido a leve acero  
arrebató de un golpe la existencia,  
y al dar el fruto de un amor profundo  
perdí mi dulce y cara compañera.

En medio del dolor que me abrumaba  
una antorcha brillar miré de cerca,  
que cual seguro puerto al navegante,  
me llamaba al abrigo de mis penas.

Eran mis hijos... Isabel y Carlos,  
que dando vida á mi esperanza muerta  
por único consuelo me quedaban,  
y á llevarlos por esta áspera senda  
llena de precipicios y de abrojos  
propuse consagrar mi vida entera.

Una muger, un ángel bondadoso,  
de esos que tal cual vez sobre la tierra  
descienden desde el almo firmamento



para salvar al hombre de miserias,  
vino á unir sus afanes á los míos  
visitando esta casa con frecuencia;  
y al verla un día consolar á mi hija,  
que yacía entónces en el lecho enferma,  
con el afecto que prestar pudiese  
en igual caso madre verdadera,  
á herir mi mente un pensamiento vino  
y empecé á discurrir de esta manera:

Tu eres viudo, me dige, y esa dama,  
que no desdice con la edad que cuentas,  
quiere á tus hijos con sin par cariño,  
y su alma grande, por lo tanto buena,  
con mágico poder la simpatía  
introdujo en el centro de tus venas;  
solicita su mano, y en vez de amiga  
obtendrán ellos una madre tierna,  
que al lado de su padre les conduzca  
y tú una esposa que el amor te ofrezca.

Y esto diciendo, lleno de esperanza  
ante la dama me presento, y ella,  
sorda á las frases que mi amor le rinde  
con frío desde el corazón me hiela.

JUANA. No, no, don Baltasar, siempre el  
aprecio  
de esta mereció usted, y si pudiera  
abierto el pecho el corazón mostrarle  
sin duda alguna me compadeciera.

Porque la que usted dice que á sus  
ruegos  
rehusó ingrata acceder, que le desdeña,  
le adora con pasión, más, le idolatra;  
y Dios tan solo, conde, Dios y ella  
saber pueden lo mucho que ha sufrido,



preso su corazón de amarga pena,  
al verse precisada al duro trance,  
trance funesto que olvidar quisiera,  
de verter este labio tembloroso  
á su sentir contraria una respuesta.

BALT. Pues si me adora, si su pecho siente  
lo que está profiriendo ahora su lengua,  
¿porqué su mano me negó, señora?  
¡No alcanzo, doña Juana, á compren-  
derla..!

JUANA. Porque se halla á mis plantas un abis-  
mo  
que á mi felicidad corta la senda,  
y ántes que en él me precipite quiero  
morirme de dolor.

BALT. ¿Será, marquesa,  
tal vez excusa que á ocultar le sirva  
que otro amor en su pecho se alimenta?

JUANA. ¿Yo, conde de otro ser ...! tenga por  
cierto  
que á nadie más que á usted pertene-  
ciera.

BALT. ¿Qué la detiene pues..?

JUANA. Es un secreto  
que debe respetar.

BALT. Basta, marquesa.  
Más ya que no me es dado el dulce  
nombre  
llevar de esposo suyo, cual quisiera,  
permítame á lo ménos el de hermano  
recibiendo de usted igual fineza.

JUANA. Sí, sí, don Baltasar, con una hermana,  
cuya dicha de la de usted dependa,  
puede desde hoy contar, que grata cuide



de sus dos hijos con ternura inmensa.

¡No es dable imaginar cuanta alegría mi corazón en este instante encierra!

Tanto, que no hace mucho, esta ma-  
ñana

al darme usted en el jardín la nueva  
de que enlazaba á su Isabel con Carlos,  
de gozo sentí enchirse mi alma entera;  
y saliendo de aquí fuíme en derechura  
á casa mi escribano, el señor Huerta,  
y de mi voluntad hé aquí la copia.

*(Pone un pliego en manos de don Baltasar que figura leer en voz baja.)*

BALT. ¡Un legado, marquesa, de su herencia  
de Carlos á favor y de mi hija..!

JUANA. Esta es, señor, mi voluntad expresa.

BALT, *(Devolviéndole el pliego.)*

Siento manifestarle que no puede  
de ningun modo mi delicadeza  
aprobar el obsequio que á mis hijos  
su corazón magnánime dispensa,  
que á falta de parientes otra obra  
le queda por hacer mucho más bella.

A Carlos y á Isabel nada les falta,  
y es probable que así siempre suceda,  
y con su patrimonio á cien familias  
honradas, que aniquila la indigencia,  
felices puede hacer que la bendigan  
y conserven de usted memoria eterna.

JUANA. ¡Que no tengo parientes ha usted di-  
cho....?

¿No es también mía la familia vuestra?

¿O se ha olvidado ya que soy su her-  
mana .?



BALT. Nunca este nombre á darle me impe-  
 liera  
 el mezquino interés, sinó el afecto,  
 pues en mí tal pasion poder no encuen-  
 tra.

JUANA Le conozco muy bien, querido conde,  
 para formar de usted tan baja idea.

Pero cuando la mano de la muerte  
 mis ojos cierre por la vez postrera,  
 una caja hallarán mis herederos  
 de esculpida y preciosa madreperla,  
 que un documento guarda, y está orde-  
 nado  
 que el escribano en alta voz lo lea,  
 para que el mundo al enterarse diga:  
 Ha obrado cual debía la marquesa..!

### Escena quinta.

LOS MISMOS Y D. ENRIQUE.

ENRIQ. Doña Juana, señor conde,  
 escusen ustedes si  
 á mi pesar, desatento  
 véngoles á interrumpir...

BALT. Baron, estorbar no puede  
 quien está en su casa, así.....

ENRIQ. Como han llegado los coches  
 de la señora, y al fin  
 hace algun rato que aguardan...  
 se lo he querido advertir



para su propio gobierno

JUANA. Es usted el más gentil  
y más cumplido de cuantos  
caballeros conocí.

ENRIQ. Mil gracias por la lisonja.

BALT. ¿Y ahora quieren ya partir?

JUANA. Si lo contrario no manda.

BALT. Les exija, permitid,  
tomar ántes el café,  
que en la gloria del jardín  
sin duda aprontando están

JUANA. Que se hace tarde advertid.

BALT. (*Mirando el reloj.*)

Cinco y catorce.... A las seis...  
aún llegan con sol allí;  
que San Dionisio no dista  
que hora y media escasa al fin.

JUANA. ¿Qué le parece Baron. ?

ENRIQ. Lo que es, marquesa, por mi  
parte lo que más le plazca,  
yo no sé contradecir,  
pero desairar al conde  
ya vé usted....

JUANA. En el interin  
á dar voy, pues, al mayordomo  
algunas órdenes...

BALT. ¿Y  
para que tanta molestia?  
le mandaremos subir.....

ENRIQ. ¿O si quiere que yo vaya .?

JUANA. Anhelo ver tambien, si  
tal cual dispuse, las cosas  
colocò mi criado Gil.

¿Conde, me acompaña usted...?



BALT. Señora, por muy feliz  
me tendré en ello.

JUANA. Baron,  
no vaya usted á presumir  
que haya algo de reservado...  
¿Si gusta..?

ENRIQ. Me quedo aquí.

BALT. Diré á Cárlos que se llegue,  
no se vaya usted á aburrir ..

*(Don Baltasar ofrece el brazo á doña Juana, hacen un pequeño saludo á don Enrique y vánse.)*

### Escena sexta.

ENRIQUE SOLO.

ENRIQ ¡Aburrir...! ¿Más aburrido  
podré estar de lo que estoy .?  
¡Si parece que el infierno  
contra mi se conjuró.!

Como quedamos, fui á casa  
de la marquesa á las dos,  
y hallé al contado mil pesos  
doblón sobre otro doblón.

Los embolso, y más alegre  
me escurro que un ruiseñor  
que encuentra abierta su jaula,  
por esos barrios de Dios.

Cuando la maldita idea  
á aguijonearme empezó



de doblar el capital,  
y caigo en la tentacion.

Subo á un tercer piso, en donde  
varios sujetos de pró  
diariamente se reunen,  
que émulos del monte son;  
y allí su devocionario,  
agrupados alrededor  
de una gran mesa, hojeaban  
con la más grave atencion.

Cargo la mayor... y en puerta  
se muestra un maldito dos;  
doblo al siete, que á la cuarta  
por contra judía perdió;  
en fin, á pocos albures  
y un entrés ¡voto á Dios!  
queda mi bolsillo exausto  
más limpio que el mismo sol.

Y éteme aquí muy tronado  
y en tan triste situacion,  
que á no regalarme el conde  
con su mesa opípara, hoy,  
sin ser noche de vigilia,  
me toca hacer colacion...

Pero aquí viene Carlitos.

¡Esa si que es otra coz...!

¡Un mequetrefe, un ninguno,  
tal vez hijo de un tambor,  
soplarme una noble jóven  
con la renta de un millon...!!

Pero eso no irá adelante,  
se lo juro por quien soy;  
pues de no alcanzarlo á buenas  
me valdré de un medio atroz,



que esa herencia he de coger  
ó poco he de poder yo.

### Escena séptima.

EL MISMO Y CÁRLOS.

ENRIQ. Hola, Carlitos....!

CÁRL. ¿Qué tal...?

ENRIQ. Pensaba ahora en la soberbia  
comida que nos acaba  
de regalar su excelencia.

¡Cuanta ave. ! ¡Cuanto pastel!  
Asados, rellenos, cremas...!  
non obstante él tan frugal  
de muy pocos platos prueba.

Y segun tengo entendido  
eso no es de higos á brevas,  
sino el pan de cada día ...

CÁRL. No le engañaron, de veras,  
expléndido siempre en todo  
no lo es ménos en su mesa.

ENRIQ. Y hace muy bien...

CÁRL. Además,  
como es hombre que no cuenta  
con él solo, sobre todo  
cuando come, siempre piensa  
con los que hacerlo no pueden,  
sumidas en la indigencia



se verían muchas familias,  
si á su bondad no debieran  
su cotidiano alimento.

ENRIQ. Eso le honra en gran manera.  
¿Pero el gasto será enorme.?

CÁRL. El dice que las riquezas  
deben servir á este objeto,  
y tal dispendio no llega  
ni de mucho á la mitad  
del producto de sus rentas.

ENRIQ. Es decir ¿Que ese sobrante  
en sus arcones encierra. ?

CÁRL. No, señor, no, nada de eso,  
que compartido lo emplea  
en proteger los artistas  
y mejorar sus haciendas.

Así llenando de bien  
á una multitud inmensa,  
su librería enriquece  
con las obras más selectas,  
aumenta en lujo su casa  
y en producciones sus tierras.

ENRIQ. Y todo eso al fin y al cabo  
vendrá á parar cuando él muera  
á mi compañero Cárlos.

CÁRL. Dios me libre de esa idea,  
y luengos años le dé  
de vida y salud perfecta,  
que á no ser un imposible  
á costa de mi existencia  
poder alargar la suya,  
gustoso se la cediera,  
que es el conde para mí  
el mejor bien de la tierra.



ENRIQ. No digo yo lo contrario,  
más como con su heredera  
universal tu te casas,  
y eres jóven y él ya llega  
á cierta edad... es probable,  
sin disputa, que suceda  
que alcances á poseer  
un día tan pingüe herencia. .

Pero ahora que tocamos  
acá internos esta cuerda,  
mucho me temo, Carlitos,  
que esa boda te convenga.

CÁRL. ¿Qué dice usted, caballero. ...!

ENRIQ. ¡Yo ! no, la amistad sincera  
es la que mi lábio mueve,  
y por cierto no quisiera  
verte de ello arrepentido

CÁRL. ¡Baron., que yo me arrepienta...!  
¿Pero de qué...? Isabel me ama,  
é igualmente con frenética  
pasion por ella me muero.

ENRIQ. Tu tienes poca experiencia.

CÁRL. Juntos nos hemos criado,  
á los dos por una senda  
la misma mano condujo  
con igual benevolencia,  
lo que quiero ella apetece  
y yo lo que ella desea,  
de modo que entrambos pechos  
parece que una alma encierran.

ENRIQ. De ello estoy bien convencido;  
y no supongo que creas  
que le pretenda usurpar  
á Isabel sus dotes bellas;



al revés, es una joya  
que amar se debe á la fuerza,  
pues que de sus cualidades  
pocas jóvenes se encuentran;  
y si á darte me aventuro  
semejantes advertencias,  
es con el fin de librarte  
de angustias quizás muy fieras.

Isabel, no cabe duda,  
es joven, hermosa, buena,  
un ángel su educación  
esmerada formó de ella;  
mas no ignoras la distancia  
de nacimiento que media  
entre vosotros, Carlitos;  
así, amigo, considera  
que en tanto que el amor dure  
será su dicha completa;  
pero de himeneo los lazos  
las flores del amor secan,  
y entónces la vanidad,  
pasión por naturaleza  
innata á las de su sexo,  
y mucho más en aquellas  
que fueron desde su cuna  
objeto de deferencia,  
en su alma despertará  
miras que al pronto no observa,  
y no verá en tí un amante  
ni un marido cual quisiera,  
sinó un hombre que la humilla,  
que la degrada, la afea  
y la separa, por fin,  
de aquel puesto á que la eleva



su brillante posición  
y esclarecida nobleza.

CÁRL. Baron, conozco á Isabel  
desde su niñez más tierna,  
y no es hacerle justicia  
formar de ella tal idea.

Educada por su padre,  
la convicción alimenta:  
que el mérito no en el nombre  
reside, sino en las prendas...

ENRIQ. Si yo no digo, Carlitos,  
que Isabelita no sea  
una de esas excepciones  
que se apartan de la regla .

Pero no hay que fiarse mucho  
tampoco en apariencias,  
que es cual larva la muger  
que en crisálida se trueca,  
y de soltera á casada  
es larga la diferencia.

CÁRL. ¡Por Dios..! ¡Por Dios..! don Enrique,  
verse sobre otra materia,  
que me hieren sus palabras  
como agudísima flecha.

ENRIQ. Solo sinceros avisos  
son, que unicamente engendran  
el apego y el cariño  
que mi amistad te profesa.

Pues, aunque no haya tres meses  
que me encuentro aquí, de vuelta  
de las grandes capitales  
de Francia, Italia é Inglaterra,  
y que tiene mis visitas  
el conde la complasencia



de admitir, y yo el gran gusto  
de conocerte, se encuentra  
tan alta la simpatía  
que hácia tí me inclina y lleva,  
que á mi felicidad propia  
verte feliz prefiriera.

Pero no sé... tal vez yo  
no estoy en el caso que pueda  
administrarte consejos....  
Con todo, si de tí fuera  
otro partido tomara,...  
verbigracia: la marquesa....

CÁRL. ¡La marquesa ..!

ENRIQ. Si, es muy rica...

y pasa de los cuarenta...  
tú eres buen mozo, he aquí el todo...  
para que el negocio puedas  
alcanzar más estupendo.

Además, sé que te aprecia;  
y la muger á esa edad,  
si se la mima y comtempla,  
de un jóven ducho al arbitrio,  
fácil, manejarse deja.

CÁRL. Baron, si usted no se esplica  
no es fácil que le comprenda.

ENRIQ. Que doña Juana te adora,  
y que casarte con ella  
fuera lo más acertado.

CÁRL. Se engaña usted. La marquesa  
que me quiera yo no niego,  
como yo la quiero á ella,  
como ama una madre á un hijo  
y un hijo á una madre tierna.

Ella mi infancia ha cuidado  
con mano pródiga y buena,



y mi pecho agradecido  
solicito la venera.

Y aunque merezcan, Baron,  
mi aprecio sus advertencias  
y sienta no aprovecharlas,  
permitirá que le advierta:  
que á quien amo es á Isabel  
que me adora con fe ciega,  
y no he de volver atras  
suceda lo que suceda.

ENRIQ. Amigo, estás en tu drecho. ..

### Escena octava.

LOS MISMOS Y ANTONIO.

ANTON. Señorito, su excelencia  
el Conde aguardando está  
que tenga la complasencia  
de bajarse al parador.

CÁRL. (*Saludando al baron.*)

Con permiso....

ENRIQ. Hasta la vuelta.

(*Cárlos váse por la derecha seguido de Antonio.*)

### Escena novena.

D. ENRIQUE SOLO.

ENRIQ. ¿Si habrá vislumbrado el chico,  
astuto, mi stratagemma..?



Pero caah.. yo no solté  
palabra alguna indiscreta  
que diese que sospechar....

¡Todo hoy me sale á la inversa  
y estoy sin saber que hacerme...!

Y para que airoso pueda  
salir, no hay que perder tiempo...

Tres dias.... y con la Marquesa  
parto dentro de un instante....

Si me quedase... Esto fuera  
peor que peor.... pues mañana  
tambien ántes que amanezca  
á Santa Ana marchan ellos...

¡Que medio habrá..? ¡Brava idea..!

*(Don Enrique mira por la parte que se ha  
marchado Antonio y figurando que le vé, le llama á  
media voz.)*

Antonio, Antonio. No me oye.

*(Un poco más alto.)*

Antonio... ¡Maldito sea..!

*(Esforzando la voz.)*

Antonio... ¡Gracias á Dios. .!

### Escena décima.

EL MISMO Y ANTONIO.

ANTON. ¿Qué se ofrece á su mercé?

*(Don Enrique pone la mano sobre el hom-  
bro de Antonio, como para halagarle.)*

ENRIQ. Tenemos que hablar los dos.



- ANTON. (*Sonriéndose maliciosamente.*)  
Muy bien... comprendo... ya sé ...
- ENRIQ. ¿Qué sabes? di...
- ANTON. De seguro,  
su porte me explica quedo,  
que se halla en algun apuro  
de donde sacarle puedo.
- ENRIQ. (*Continúa halagándole.*)  
Tu malicia es inaudita.
- ANTON. Cuando de un noble la mano  
limpia el hombro de un villano,  
claro es que le necesita.
- ENRIQ. Siempre te he tratado yo  
con aprecio...
- ANTON. Sí, por Cristo!  
Ayer conmigo rozó  
y fingió no haberme visto.
- ENRIQ. Por cierto. Antonio, que ignoro...
- ANTON. Era en la calle, y no dudo  
que á devolverme el saludo  
peligraba su decoro.
- ENRIQ. Déjate de fruslerías...
- ANTON. No soy hombre que me pique.  
Al grano, pues, D. Enrique,  
salgamos de boberías.
- ENRIQ. Diréte, pues, de ti fío,  
que estoy arruinado, Antonio.
- ANTON. ¡Qué dice. ! usté es el demonio!  
¿Y la herencia de su tío  
el señor don Félix Pablo...?
- ENRIQ. El diablo, á fe, me la dió  
y el diablo se la tragó.
- ANTON. (*iron.*) ¡Maldito sea el diablo..!  
De fijo, es mucho tragar...



más de trecientos mil duros  
y ...

ENRIQ. No tanto ...

ANTON. ¡Oh! sí, seguros,  
se los ayudé á contar.

ENRIQ. Pero el notario Cadalso  
si te acuerdas ...

ANTON. Es verdad,  
llevó más de la mitad  
por el testamento falso.

Y ¡par diez! que le burló  
haciendo, ántes que notorio,  
le firmase un debitorio  
por medio del cual cobró.

Que á no ser así, tan ducho,  
le sucede lo que á mí,  
que tras prometerme mucho  
no toqué un maravedí.

ENRIQ. No fuiste aquel que peor  
saliera de la jornada,  
alcanzaste tu tajada.

*(Acompaña este último verso con la señal  
de robar.)*

ANTON Ni un tris me valió, señor,  
dar veneno á aquel buen hombre.

ENRIQ No levantes tanto el pico.

ANTON. Y usted juró por su nombre  
hacerme rico, muy rico.

ENRIQ. En cambio te he colocado  
con esa familia, en donde ..  
ya vés es tan bueno el conde...

ANTON. Bah..., bah..., de simple criado.

ENRIQ. Sin embargo....

ANTON. Estoy á disgusto,



fuera mayordomo, tal cual...  
que aunque no lo pase mal  
tener manejo es mi gusto.

ENRIQ. Calla, que al salir las cuentas  
que obran en este registro,

*(Señalando la cabeza.)*

te haré cuando sea ministro  
administrador de rentas.

ANTON. Muy alto busca usted el puesto.

ENRIQ. De peores hemos tenido  
y sinó...

ANTON. Dejemos esto,  
y al asunto consabido,  
señor Baron, dé usted curso.

ENRIQ. Estoy tronado, y, amiguito,  
para salir del conflicto  
no me queda otro recurso  
que casarme

ANTON. ¡Voto á Ceres!  
si esto bastara á salvarle,  
el parabien puedo darle:  
lo que sobran son mugeres  
que no aspiran á otra cosa.

ENRIQ. Es que la que me conviene,  
muy en breve va á ser esposa  
de otro, á quien amor le tiene.

ANTON. ¿Y qué haremos..?

ENRIQ. Fácil es  
de conseguir.... si me ayudas...

ANTON. En esto tengo mis dudas....  
hable, y veremos despues.

ENRIQ. ¿Tu conservarás confio,  
pues bastan unos poquitos,  
parte de aquellos polvitos



que administraste á mi tio?

ANTON. ¿O quiere usted que ahora mate..?

ENRIQ. No digo precisamente  
cosa tal, unicamente  
que al servir el chocolate  
al señorito....

ANTON. ¿A don Cárlos!..

ENRIQ. Tengas á bien, sin estorbo,  
con el delicado sorbo  
á su estómago mandarlos.

ANTON. ¿Conque, es Cárlos su rival,  
y será la señorita  
la prenda que solicita..?

ENRIQ. Su fortuna es colosal.

ANTON. No hay duda, señor Baron,  
pero si usted me creyera,  
mejor negocio pudiera  
trabar, sin esposicion.

ENRIQ. ¿Te parece?

ANTON. Claro está.

ENRIQ. Esplicategue, que saber  
anhelo tu parecer,  
para adoptarlo quizá.

ANTON. Figúrese usted primero,  
que en el consabido enlace  
el principal papel hace,  
más que la dama, el dinero.

Y que se casara usted  
hasta con un monigote,  
siempre y cuando á su merced  
pusiera crecido dote.

Que en el caso en cuestion  
se le presentan, par diez,  
dos mugeres á la vez



en distinta posicion.

La una que de otro ya es toda,  
y por más que usted sea ducho,  
ó se compromete mucho  
ó no deshace la boda.

La otra libre, y presumir  
debemos, que le ha de dar  
la mano sin cespitar,  
si se la llega á pedir.

Y aunque no es ninguna chica,  
ostenta en su media edad  
una regular beldad,  
y más que Isabel es rica.

ENRIQ. Antonio, Dios me confunda  
si tú no tienes razon,  
soy de tu misma opinion,  
me caso con la segunda.

Solo me falta saber  
quien es la fulana esa  
para....

ANTON                   ¿No lo alcanza á ver?

*(Enrique hace un movimiento negativo.)*

Doña Juana.

ENRIQ.                   ¡La marquesa..!

Hombre, me dejaste frio.

ANTON. Nada hay para que asombrarse.

ENRIQ. Es que no quiere casarse.

ANTON. ¿Qué dice usted? desvario....

ENRIQ. Estoy bien seguro, Antonio.

ANTON. ¡Notable escepcion, por Cristo.!

Solterona y por lo visto,  
sin apego al matrimonio!

ENRIQ. Si ántes que tú habia pensado  
con este enlace, además,



quieres que te diga más:  
yo mismo la he tanteado.

Ya vés, es fuerza aviar  
los polvitos, y con maña  
los das al novio mañana,  
que le sirvan de almorzar.

ANTON. Esto es lo que yo no haré,  
que aun conservo el juicio sano;  
si cuenta le tiene á usté  
que lo egecute su mano.

ENRIQ. ¿Ahora con esas me sales?

ANTON. Ni más ni ménos, señor,  
no soy envenenador  
para rendirle caudales.

ENRIQ. ¿No envenenaste á mi tío?

ANTON. ¿Y usted no me prometió  
seis mil duros, y heredó  
sin darme lo que era mio?

ENRIQ. Usaré mejor contigo.

ANTON. A no darme adelantado  
lo de ahora y lo atrasado  
no cuente esta vez conmigo.

ENRIQ. ¿Y á cuanto ello ascenderá?

ANTON. Para sacarle de apuros  
sobre unos trece mil duros.

ENRIQ. Prometo... se te dará...

ANTON. ¡Prometo..! Si satisfecho  
no soy, señor, en el acto,  
queda roto nuestro pacto;  
es decir, no hay nada hecho.

ENRIQ. ¿Con qué no te fias de mí?

ANTON. De usted ménos que de otro.

ENRIQ. Esto es ponerme en un potro.

¿No ves, hombre, baladí,



que estoy, par diez, sin un cuarto?  
¿Quieres una obligacion?

ANTON. No, señor, porque estoy harto  
de desengaños, baron.

ENRIQ. ¿Pero, bruto, al que te ofrece..?

ANTON. Es que usté es un tarambana,  
y lo que hoy dice, mañana  
lo niega, si le parece.

ENRIQ. No más razones, y si  
al instante de casado  
no cumplo lo estipulado,  
haz lo que gustes de mí.

ANTON. No se arrepienta despues....

ENRIQ. ¡Arrepentirme! ¿Y porqué?  
segun prometo obraré.

ANTON. Ea, venga la mano, pues.

*(Lo efectuan.)*

Y no lo tome á chacota,  
que de no aflojar los pesos,  
*(Saca una pistola y con ella le amenaza.)*  
con la tapa de sus sesos  
voy á jugar á la pelota.

*(Vase.)*

ENRIQ. ¡Imbécil! En este lance  
sirveme, no hay otro medio,  
y antes que tu arma me alcance  
sabré quitarte de enmedio.

### Escena onцена.

*El mismo, don Baltasar, doña Juana, Isabel y Car-  
los, saliendo todos por la misma puerta de la derecha  
del actor.*



*Don Baltasar hace como que diga algunas palabras á Carlos, el cual se marcha por el fondo. Los demás pasan á reunirse con el Baron.*

BALT. Mucho siento, D. Enrique,  
que dejaran solo á usted....  
empero...

ENRIQ. Connigo siempre,  
don Baltasar, queda bien.

JUANA. (*A don Baltasar.*)  
Que se hace tarde...

BALT. Baron,  
que nos aguarda el café.

*Don Enrique ofrece el brazo á Isabel, don Baltasar hace lo mismo en vez de doña Juana, vãnse poco á poco por el fondo y cae el telon.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

*El teatro representa la entrada principal de la granja de don Baltasar; à la derecha del actor figurará la puerta de la casa en donde vive el arrendador; y à su izquierda un pabellon con una gran ventana en frente de los espectadores, y puerta al otro lado ó fachada que se halla à la izquierda del actor. Este pabellon sirve de morada à los dueños de la finca.*

*El fondo estará cerrado por una empulizada tupidamente vestida de rosales, enredaderas, etc., etc., con puerta practicable en el centro, cerrada con verjas, por donde se descubre el campo en perspectiva.*

*Frente de la puerta de la casa que habita el arrendador habrá una mesa y bancos rústicos.*

### Escena primera.

PASCUAL Y TERESA SALIENDO POR LA DERECHA.

PASC. Y tendrás aviado el trage que uso los dias de fiesta, poniéndote tú tambien lo mejorcillo que tengas, que en la feliz coyuntura



de dar al conde una muestra  
de gratitud, por los bienes  
que sin cesar nos dispensa,  
la casa por la ventana  
es preciso echar, Teresa.

TERES. Lo mismo ayer decía  
para entre mí, y la ocurrencia  
se me ofreció de hacer una...  
con que á los novios sorprenda.

PASC. ¿Y cual es..? pichona mia.

TERES. Por ahora, Pascual, dispensa,..  
ya lo sabrás á su tiempo,  
pues si á traslucirse llega,  
á rodar todo lo echamos  
y se nos agua la fiesta.

PASC. Es que para mí no debe  
haber secretos, Teresa.

TERES. Es que nadie ha de saberlo  
hasta que.... así ten paciencia.

PASC. Es que yo no soy aquí nadie,  
sinó tu marido en regla  
y conforme Dios lo manda;  
con que....

TERES. ¡Esa si que es buena..!  
Pero con tal que callarlo  
al cabo y fin me prometas,  
te lo diré.

PASC. Vaya, escucho  
y en gracia, pichona, empieza.

TERES. Tu no ignoras que los años  
que hubimos mala cosecha,  
D. Baltasar, que es tan bueno,  
no solo la complasencia  
tuvo de facilitarnos



el grano para la siembra,  
sinó que rehusó admitir  
redondamente las rentas  
devengadas, y nos dijo,  
que á satisfacer las deudas  
que el tiempo calamitoso  
nos ocasionó sirvieran.

Estos y otros beneficios  
que mi boca ahora no mienta,  
pero que se hallan grabados  
aquí ... (*señalando el corazon* )

PASC. Y aquí tambien, Teresa.

TERES. Y lo que no es dable en oro  
debe pagarse en finezas.

Tan luégo como enterada  
estuve que su excelencia,  
el señor Conde, venido  
habia con objeto á esta  
de cerrar los esponsales  
de su única heredera  
con el señorito Cárlos,  
que hasta el presente en la creencia  
de hermanos habian vivido.....

PASC. Y lo mismo tú, Teresa,  
sostenias esa hermandad.  
¿Te acuerdas de la palestra  
que tuvimos, que por poco  
armamos una de aquellas  
que ya... ya...? Mas como yo  
hace cerca de cuarenta  
años que habito esta granja;  
y entro ya, como quien entra  
en su casa, en el palacio  
¡vive Dios! de su excelencia,







reciban á los esposos  
cuando salgan de la iglesia;  
y adelatándose en corro,  
aquí al llegar les ofrezcan  
en canastillos de mimbres,  
galanamente dispuesta  
la fruta más sazónada  
que nos da fértil la vega.

PASC. Y á propósito, muger,  
ahora dime ¿tú que piensas,  
francamente, de esa boda. ?

TERES. Yo digo que es estupenda,  
y que nunca se habrá visto  
tan igual otra pareja,  
pues si el jóven es gallardo  
no lo es ménos la doncella,  
y se adoran además  
como dos tórtolas tiernas.

PASC. Pues yo, á buen seguro, pienso  
de otro modo, y sinó fuera  
porque es el Conde, diría  
que ha perdido la chabeta.

TERES Tú para hacerme la contra  
soltarías cualquier simpleza.

PASC. Pero muger, ó demonio  
respóndeme ¿no te acuerdas  
de que cuando á tus difuntos  
padres, que en la Gloria sean,  
llegué á pedirles tu mano  
observaron otra regla?  
¿Y antes de otorgarme el sí,  
no sabes la polvareda  
que alzaron para informarse  
de toda mi parentela?



TERES. ¿Y esto que tiene que ver?

PASC. ¡Qué tiene que ver, Teresa!

¿Pues y el señorito Cárlos  
hay por fortuna quien sepa  
de donde viene ni sale?  
Lo mismico que si fuera  
de la inclusa.

TERES. Será así,  
pero no son cosas nuestras...

PASC. Bien, esto es un conversar  
entre nosotros, no creas  
que esta... (*señalando la boca*)  
una palabra suelte  
ante personas externas;  
al contrario, si hay alguno  
que contra el conde se atreva....  
¡que chiste!... que me verá  
hecho un toro en su defensa;  
porque al fin, ni de mis padres  
recibí tantas larguezas  
como de don Baltasar;  
y sólo siento, deveras,  
que dé con un tal enlace  
pábulo á las malas lenguas,  
que se ocupan de su casa  
ménos que de las ajenas.

TERES. Mas con todo, el señorito  
podrá ser lo que tu quieras,  
pero es un bravo muchacho;  
y como desde su tierna  
edad se halla junto al conde,  
tratándole cual si fuera  
hijo propio, no es extraño  
que haya querido esa prueba



darle de su mucha estima.

PASC. ¡Bah.. bah..! no digas simplezas,  
que para llenar su objeto  
sobrábanle mil maneras  
á nuestro querido amo,  
ménos eso de casarle  
con su presunta heredera.  
Vés, ahora hablando en plata,  
á mi me hace tanta fuerza  
que el mozo no tenga padres,  
que primero prefiriera  
á casarme yo con él....

TERES ¿Casarte con él, babieca..?

PASC. Quise decir...

TERES. Calla, calla,  
y más sandeces no viertas.

PASC. Pues, pichona, sin hablar  
no será fácil me entiendan,  
y la razon de tu parte  
estará de esta manera.  
Callaré.

TERES. Vamos, prosigue,  
no te amosques, cara prenda.

PASC. Es que nunca ¡voto al chápiro!  
quieres entrar por vereda,  
y me interrumpes... y...

TERES. Ea, habla..  
que haré todo cuanto quieras  
solo para darte gusto...  
¡Jesús, Jesús...!

PASC. No valiera  
mucho más que al señorito,  
de cariño para muestra,  
regalado el conde hubiese



dos, tres ó más fincas buenas,  
cuyos réditos bastasen  
á mantener con desencia,  
y que su apellido uniese  
á otro de ilustre nobleza;  
por ejemplo, al de ese amigo,  
de quien la boca se llena  
hablando todos los días...  
Don... ¡Voto á .! ¡Memoria perra..!  
Ese que es baron del Roble...  
Don Enrique de Orizuela.

TERES. No conozco á este avechucho.

PASC. Sí, pichona ¿no te acuerdas  
de aquel jóven tan amable,  
que tendrá sobre unos treinta  
años de edad, que habrá un mes  
que en medio de la escalera  
en casa del conde hallamos,  
y preguntó, por más señas,  
á cuanto el gasto ascendia  
de la granja... y la cosecha...  
y los frutos... y...

TERES. Ya caigo ..  
Uno con patillas negras.

PASC. Cabalmente.

TERES. Pues, Pascual,  
siento decirte que yerras.

PASC. ¿Como, muger..?

TERES. Ese jóven,  
y apostara la cabeza,  
tiene mala catadura,  
y sus ojos me revelan  
que es un truan de primer orden.

PASC. Ya me espantaba, Teresa...



TERES. Pero, Pascual, si su cara no miente, es un calavera, un pillastre, lo jurara por la santa madre iglesia.

PASC. Pues goza de gran prestigio al lado de su excelencia.

TERES. Puede bien, que el Conde al fin hombre es que marcha á la buena de Dios.

PASC. Dale, y tú, muger que casi siempre mal piensa.

TERES. Verdad es, pero adivino.

PASC. A veces.

TERES ¡Oh...! Las más de ellas.

Y sinó ¿tendrás presente, hablo de la vez primera que aquí estuvo el criado Antonio, que yo te digo: ojo alerta con ese, que es un tunante que alcanza hasta donde llega, y tú te echaste á reir, sin recordar que indirectas me soltastes? Pues, Pascual, es necesario que sepas que ante ayer fué despedido de casa de su excelencia por ladron.

PASC. ¡Uf...! ¿Que me dices?  
¡Por ladron...! ¿Y es cosa cierta?

TERES. Y más y más todavía.

PASC. ¡Yo estoy con la boca abierta...!  
Si parecia un santurron.

TERES. Ahi verás.

PASC. ¿Con que es devéras?



TERES. Vaya, vaya, hombre, si lo es,  
lo sé por la camarera  
misma de la señorita,  
que ayer tarde al dar la vuelta  
al parque, me lo contó

PASC. ¿Y que te dijo, Teresa?

TERES. Me dijo: que al aviar  
los bártulos y frioleras  
de viage, el señor Conde  
notó que la papelera  
habia sido registrada,  
sin duda por mano agena.

Y llamando à su mayordomo,  
resultó faltar en ella  
varias joyas de valor,  
sobre todo una pulsera  
de brillantes, y unas flores  
de rubies y ricas perlas,  
dijes que pertenecian  
à la difunta condesa.

Y como se registrasen  
de los criados las maletas,  
en la de Antonio encontraron,  
sin faltar una, las prendas  
que buscaban, y unos polvos  
que márgen dando à sospechas,  
hicieron tragar à un perro,  
que siendo muy en breve presa  
de agudisimos dolores  
y contorsiones violentas,  
pereció el animalito.

PASC. ¡Jesús, muger, que me cuentas..?  
Y con que objeto esos polvos  
tendria..?



TERES. Por cosa buena  
de seguro no sería.

PASC. ¿Y el conde tuvo la flema  
¡voto á..! de no ponerle  
por justicia, y qué! ?

TERES. Su buena  
y piadosa alma estoy  
que no se lo permitiera.  
pues corrigió hasta al mayordomo  
por la bárbara ocurrencia  
que tuvo de dar los polvos  
á aquella inocente bestia...

PASC. ¡El señor Conde, muger,  
vivo, vivo, abre las verjas!

*(Teresa abre las verjas y entra D. Baltasar.)*

### Escena segunda.

LOS MISMOS Y DON BALTASAR.

TERES. Por aquí, señor, cuidado...

BALT. Gracias, señora Teresa.

Buenos días, señor Pascual

PASC. Mucho madrugó vuesencia.

BALT. En este tiempo en que el sol  
tanto con su ardor molesta,  
y mucho más en el campo,  
la alborada es placentera.

TERES. ¿Y paseóse largamente?

BALT. He atravesado la sierra  
sin descansar hasta el pié  
de aquella ruinosa y vieja



casa que allí se descubre.

TERES. (*Santiguándose.*)

¡Ave santa..!

PASC. ¡Que imprudencia..!

BALT. ¿Que es eso, señor Pascual?

PASC. ¡Cáspita..! Conde, no vuelva,

si en algo aprecia su vida

y su alma, á mirar de cerca

aquel funesto edificio

de Satanas madriguera.

TERES. (*Santiguándose*)

¡La casa de Pedro el Calvo..!

¡Jesús, Jesús..! Que de buenas

ha escapado, señor Conde,

y no haria mal cuatro velas

encender catorce dias

sobre el altar de la iglesia;

que de no, algun maleficio

va á sucederle, de veras.

PASC. Tiene razon mi muger,

pues, segun decia mi abuela,

habitaba aquella casa

uno de barbas bermejas,

llamabanlé Pedro el Calvo,

porque en efecto calvo era,

y como pacto tuviese

con el diablo, unas cornejas

le traian de que comer;

hasta que un dia por la sierra

se oyó un fragor espantoso,

y un olor de azufre y brea

la comarca apestó toda;

y como no apareciera

nunca más el condenado,



fué aquello una señal cierta  
de su muerte estrepitosa.

TERES. No murió, no, una culebra  
se lo llevó en cuerpo y alma  
al infierno, y gente vieja  
asegura, que un tal Jorge,  
hombre atroz y de alma intrépida,  
se acercó á aquella morada  
creída de todos desierta,  
y por un boquete vió  
que á la gallinita ciega  
jugaba con seis demonios!!

PASC. (*Santiguándose.*)

¡Ave Maria !! ¡Alma perversa !!

TERES. Y haciendo así... con los dedos,

(*Hace una cruz con los índices.*)

aquella infernal caterva,  
bajo la forma de grajos,  
dando voces lastimeras  
desapareció asustada.

No habiendo alguien que se atreva  
desde entonces á pisar  
á la redonda una legua  
aquel espantoso llano,  
por no exponerse á ser presa  
de espíritus malignantes  
que en sus contornos se albergan.

BALT. Sencillísimas criaturas,  
almas cándidas, envueltas  
del fanatismo ignorante  
por las lúgubres tinieblas,  
en busca de la verdad,  
que así tan solo se encuentra,  
venid conmigo á aquel sitio,



y hallareis tranquila y amena  
campiña, que sin cesar  
fuente cristalina riega.

Vereis matizadas flores,  
y oireis la voz alagüena  
de la alondra, que saluda,  
desde las salas etéreas,  
à ese luminoso centro  
de vida y naturaleza.

TERES. (*Bajo à Pascual.*)

¿Y tú que dices, Pascual,  
à eso...?

PASC. (*Bajo à Teresa.*) Que à su excelencia  
sin duda habrá fascinado  
alguna bruja de aquellas....

Voy à traer agua bendita...

(*Hace como que va à marcharse.*)

BALT Señor Pascual, no se mueva  
y escuche. Esos temores  
que le disgustan y arredran,  
fantasmas son que del alma  
la debilidad engendra;  
que aquel que admite las cosas  
sin cuidar de su evidencia,  
privado de claridad  
por entre sombras penetra,  
y entorpecida su mente  
creyéndose despierto sueña.

TERES. Vucencia dispensará,  
que vió el marido de Petra...

BALT. Nada vió, buena muger,  
desechad tales quimeras,  
y pasados estos dias  
de regocijos y fiestas,



en obsequio de las nupcias  
de mis hijos, que se cierran  
hoy á las once, daréles  
razones que les convenzan  
y saquen de sus errores.

*(Entregando un bolsillo á Pascual.)*

Por de pronto esta pequeña  
cantidad repartirá  
á la gente jornalera;  
que puesto á holgar les invito  
no es justo que el jornal pierdan,  
sin que el menoscabo olvide  
de sus arrendadas tierras.

PASC. Señor conde...!

BALT. Hé aquí la llave  
que le franquea mi bodega,  
y con los mejores vinos  
que contienen sus dos cuevas  
empiece por obsequiarles  
y que abandonen su faena.

Vaya sin demora y haga  
que legones y herramientas  
arrinconen al instante.

PASC. Cumpliré como desea.

Entre tanto tú, muger,  
colocas sobre esta mesa  
media docena de vasos.

TERES. Voy por ellos.

*(Váse por la derecha.)*

PASC. *(Saludando á don Baltasar.)*

A la vuelta...

*(Váse por el fondo.)*



**Escena tercera.**

D. BALTASAR SOLO.

¡Miserero y sencillo vulgo,  
cuanto lastima mi pecho  
el ver que lo falso encuentra  
siempre cabida en tu seno,  
la realidad desechando  
las más veces con desprecio!

Y vosotros escritores,  
los que gastais el talento  
en ridículas patrañas,  
cuya lectura es veneno,  
no cerreis vuestros oídos  
á mis amargos lamentos,  
y de la sana razon  
órganos fieles... á un tiempo  
que la dicha sembrareis  
lauros cogereis eternos.

**Escena cuarta.**

EL MISMO É ISABEL.

ISAB. (*Saliendo del pabellon.*)

Muy buenos dias, papá.

BALT. ¡Hija de mi corazon...!

Con cuanta dulzura vibra  
sobre este pecho tu voz,



trayéndome á la memoria  
la de mi perdido amor,  
la de tu difunta madre,  
que si te viera cual yo,  
por tu sencillez paloma  
y por tu hermosura sol,  
tanto fuera su contento  
como grande fué el dolor,  
que en aquel aciago dia  
su pérdida me causó.

ISAB. Papá, en tu diestra permite,  
que el ósculo que te doy  
diariamente al levantarme,  
imprima....

*(D. Baltasar le alarga la mano que Isabel besa.)*

BALT. Tenga á bien Dios  
sobre tu frente, hija mia,  
derramar su bendicion.

¿Has descansado, Isabel..?

ISAB. Un sueño reparador  
tranquilamente cerrar  
mis párpados se dignó.

BALT. ¿Y Carlos todavía duerme?

ISAB. Segun digeron, salió  
á caza con su escopeta  
al despuntar el albor.

BALT. Pues bien, Isabel, si acaso  
cuando el venga aquí no estoy,  
ya le dirás que á mi vuelta  
hallar quisiera á los dos  
prontos á marchar al templo;  
pues para vuestra union  
á las once estará el cura,  
como ayer me aseguró.



ISAB. ¿O vas á salir, papá?

BALT. Hasta San Dionisio voy.

De acompañar doña Juana,  
que debe con el baron  
á tus bodas asistir,  
deseo tener el honor.

ISAB. ¿No haces enganchar el coche?

BALT. No es menester, hija, no,  
como se halla á dos pasos  
de aquí, andando iré mejor.

Con que, querida Isabel,  
hasta luego...

ISAB. Papá, adios...

*(Isabel acompaña a D. Baltasar hasta la puerta del fondo y vuelve al sitio que ocupaba.)*

Al mas bueno de los hombres,  
de los padres al mejor,  
para que bienes prestar  
pueda su gran corazon,  
el cielo le dé benigno  
luengos años de vigor.

Más, Cárlos tarda en llegar.

¿O será que cuando estoy  
léjos de él los minutos  
para mí horas largas son?

Voy así camino andando  
á ver si viene...

*(Isabel se vuelve como para marcharse mientras entra Cárlos con escopeta y trage de caza.)*



### Escena quinta.

ISABEL Y CÁRLOS.

ISAB.

¡Ah...!

CÁRL.

¡Mi amor...!

¡Angel bello...! ¡Hermana mía...!

Dispensa, te quiero dar  
este nombre hasta alcanzar,  
el que nuestro pecho ansía  
obtener del sacro altar.

Porque él labró ambos cariños  
y nuestras almas ligó,  
y el mortal que me amparó,  
tierno, con él, desde niños  
á querer nos enseñó.

ISAB.

Sí, querido, veces mil  
me acuerdo que me decía:

Ama á tu hermano, hija mia;  
pero mi edad infantil  
comprenderle no podía.

Y te amaba... y ese amor...  
en mi alma candorosa,  
era el que la mariposa  
al despuntar el albor  
presta á la fragante rosa.

Pero más tarde, otro anhelo  
fraguó en mi pecho un vacío,  
do se alojó el desconsuelo,  
y solo encontré consuelo  
cerca de ti, dueño mio...!

Y al par que luchaba en vano  
á descubrir el arcano



de aquella pasion insana,  
sentía que fueses mi hermano...!

CÁRL. Y yo que fueses mi hermana...!

ISAB. Pero, por fin, los enojos  
acabaron, y gozosa  
aguardo la hora dichosa,  
para jurarte de hinojos  
la sagrada fe de esposa.

Más di, Cárlos ¿Por qué lloras?  
¿Bien mío...! ¿Qué te sucede...?  
¿De do ese llanto procede...?

CÁRL. ¡Isabel..! ¿Acaso ignoras  
que á mi cuna la precede  
la infamia...? Y este pensamiento,  
sin ser de esquivarle dueño,  
esta noche ni un momento  
permitió que el dulce sueño  
aliviara mi tormento.

Y por lo tanto, al rayar  
la temprana luz del dia  
salí al monte, no á cazar,  
sinó, Isabel, á buscar  
la calma de mi agonía.

El dolor he aquí profundo  
que atrozmente me devora...!

ISAB. Y mi corazon te adora  
para sarcasmo de un mundo  
injusto, que te desdora;  
mientras á un padre reverencia,  
ó por lo ménos disculpa,  
que arroja á la providencia  
á su hijo, sin otra herencia  
que el opróbio de su culpa.

CÁRL. ¡Oh cuanta virtud cobija



tu seno, bella muger...!

Bien se deja comprender,  
Isabel, que tú eres hija  
de aquel á quien debo el ser!

¡Que ambos bajasteis del cielo,  
para derramar la dicha  
sobre este mísero suelo,  
do no encontrara consuelo,  
sin vosotros, mi desdicha...!

ISAB. Cárlos, borra de tu mente  
ideas tales, que, en verdad,  
hieren el alma cruelmente,  
pensemos únicamente  
en nuestra felicidad.

Y puesto me dió á entender,  
papá, que era de su agrado  
encontrarnos al volver,  
dispuestos á aparecer  
ante del altar sagrado;  
mi anhelo fuera librarle,  
mi bien, si á tí te acomoda,  
una sorpresa agradable,  
saliendo ambos á encontrarle  
en coche y trage de boda.

CÁRL. Mucho me place tu plan....

(*Dentro, Pascual y mozos de labranza.*)

PASC. ¡Viva el conde!

MOZOS. ¡Viva...!

CÁRL. Dí...!

¿qué son esas voces..?

ISAB. Sí...

los rabadanes serán  
que á la fiesta acudirán.

CÁRL. No vayamos á estorbarlos,



entremos, y á su sabor  
disfruten del buen humor.

ISAB. Vamos á vestirnos, Cárlos.

CÁRL. Pasa delante, mi amor.

*(Cárlos é Isabel vánse, entrando en el pabellon.)*

### Escena sexta.

PASCUAL, MOZOS DE LABRANZA Y POCO DESPUES TERESA.

*(Uno de los mozos traerá una cesta con botellas.)*

PASC. ¿No lo digo yo.? sí á Job  
haría perder la paciencia:  
todavía faltan los vasos....

¡Voto al chápiro.! *(llamando)* Teresa,  
Teresa... *(Al mozo que lleva las bote-  
llas.)*

Y tú, ven acá,

*(Señalando la mesa.)*

coloca ahí las botellas.

*(Llamando más récio.)*

Teresa....

TERES. *(saliendo.)* Allá voy, diantre...!

PASC. Sí, sí, por poco rebientas  
de tanto correr, ya veis...

TERES. ¿No hay quien te corte la lengua!

*(Coloca los vasos sobre la mesa.)*

PASC. No hacerla caso, muchachos,  
salud y viva la gresca.

*(A Teresa.)*

¿Quieres un trago..?



TERES. Ya sabes  
que á mí el vino no me peta.

PASC. Mejor... y tú, Pablo, escoge  
Jerez seco, Valdepeñas,  
Lonjares, Málaga dulce,  
Aguaron ó Cariñena...?

Moz. 1.º El que os viniese á la mano,  
que á mí me gusta cualquiera;  
puesto que con solo verle  
mi corazon ya se alegra.

PASC. Y tú, Blas, ¿de cual prefieres?

Moz. 2.º Yo nunca hago diferencia  
con tal que el vaso ande lleno.

*(Pascual llena los vasos y cada cual toma el suyo.)*

Moz. 3.º ¿Y vos no bebeis, Teresa?

Moz. 1.º Vamos, echad un traguito.

TERES. No tomo más que agua fresca,  
que los sentidos aclara  
y no entorpece las piernas.

PASC. Haber nacido entre turcos  
te vendría como de perlas,  
puesto que vino no catas  
ni puerco tampoco pruebas.

TERES. Así no hago lo que tú,  
que todos los dias de fiesta  
no te bastan cuatro cuartos  
para entrar en la taberna...

Y si no fuera más que eso...

Moz. 1.º Déjese de peloteras.

Moz. 2.º Ea, á la salud del conde.

PASC. Y que viva su excelencia  
largos años.

TODOS. ¡Viva, viva!

*(Beben.)*



MOZ. 3.º Vino es de buena cosecha.  
Echadme más...

TODOS. Y á mí, y á mí...

PASC. No será de esta botella.

MOZ. 4.º ¿Y porqué?

PASC. Porque murió.

TERESA. (*Tomando otra y entregándosela á Pascual.*)

Vaya en gracia otra de llena.

PASC. ¡Si no sabe lo que se hace  
aquel que de tí se queja!

(*Llena los vasos.*)

MOZ. 1.º A la salud de los novios

MOZ. 2.º Y que muchos años puedan  
ser felices.

TODOS ¡Bravo, bravo..!

(*Beben.*)

MOZ. 4.º Señor Pascual, venga, venga  
un vaso más... porque quiero  
saludar vuestra pareja,  
y que sea ras con ras.

(*Pascual le llena el vaso hasta los bordes, y el mozo alzándolo y mirándolo con satisfacción, exclama:*)

¡Eso es obrar en conciencia!

Muchachos, alzad el codo.

¡Por la señora Teresa ..!

MOZ. 1.º ¡Y por el señor Pascual...!

### Escena séptima.

LOS MISMOS Y D. BALTASAR.

BALT. Silencio, amigos, la gresca



cese al punto, y se retire  
cada cual do le parezca.

PASC. Muchachos, obedeced...

Moz. 1.º (*Ap.*) ¡Mal haya...! se aguló la fiesta.

(*Los mozos se retiran y quedan únicamente don Baltasar, Pascual y Teresa.*)

TERES. (*Ap.*) Mucho sufre el señor conde.

PASC. (*Ap.*) Muy triste está su excelencia.

BALT. Señor Pascual, un banquillo...

(*Pascual se lo trae.*)

TERES. ¿Quiere algo más?

BALT. (*Sentándose.*) No, Teresa.

PASC. Diga ¿Qué le ha sucedido?

BALT. Lo de siempre, que completa  
jamás una dicha pude  
gozar desde que naciera,  
y á más alegría, mayor  
al lado encuentro una pena.

PASC. Explíquese, ¡Voto al chápiro!  
y tal vez, quien sabe, pueda  
sus lágrimas enjugar  
aquel que su vida diera  
para conservar la suya.

BALT. (*Levantándose en tanto que Teresa arrin-  
cona el banquillo en que se sentó.*)

Ya sé que me ama de veras,  
señor Pascual, y mil gracias...  
pues solo la providencia  
calmar puede mi dolor.

¡Dios mio...! ¡Pobre marquesa..!

TERES. ¡La marquesa..!

BALT. Si, señora...  
salió del eje una rueda



del coche, y volcó al bajar  
por la malísima cuesta  
llamada de los Penedos.

PASC. ¡Ay Cristo de la Almudena. !  
si tumba en el precipicio  
hueso sano no le queda.

BALT. Por fortuna no fué así;  
pero dió contra una piedra  
con la frente, y está tan grave,  
que el doctor don José Trueba  
teme mucho por su vida.

TERES. Disculpe si soy molesta  
¿y vuécelencia la vió..?

BALT. Aunque de su granja venga,  
no la ví, pues don Enrique,  
que la cuida cual si fuése  
su propia madre, me dijo:  
que órdenes las más severas  
del médico le impedian  
permitirse esa licencia;  
y añadió: ni habla... ni siente...  
¡Infeliz..! ¿Quién lo digera  
tres dias hace, al despedirnos  
que era por la vez postrera..?  
¡Doña Juana..! ¡Doña Juana..!  
No puede haber en la tierra  
otra muger que la iguale;  
pues las infinitas prendas  
que ella reunia en muy pocas,  
digo, en ninguna se encuentran...  
y aquel trato... aquel cariño. .  
¡Y así ha de morir sin verla. !

PASC. Sosiéguese, señor Conde.

TERES. Grande es la munificencia



de Dios, y la salvará.

BALT. El os escuche, y así sea.

PASC. ¡Animo, don Batasar!

BALT. Pascual, me faltan las fuerzas...

Ni sé como á mis dos hijos  
manifestárselo pueda.

¡Ellos, que la amaban tanto;  
pues que recibian de ella  
los consejos de una amiga,  
de una madre la terneza!

Pero ¿Qué hacer? Es preciso  
acudir á la paciencia,  
que es el único remedio  
en circunstancias adversas.

En tanto, hágame el favor  
de llegarse hasta la iglesia,  
y tan luego como esté  
el cura, á avisarme venga.

PASC. Está muy bien, señor Conde.

*(Vase por el fondo.)*

BALT. Y usted, señora Teresa,  
¿por qué no me hace el obsequio  
de desocupar la mesa  
de esos bártulos inútiles?

TERES. Será servido vuecencia.

BALT. Mientras paso al pabellon  
á dar tan infausta nueva  
á los novios, para que  
de sus galas se desprendan.

Y aunque se efectue la boda,  
pues no deseo suspenderla,  
tenga á lo ménos lugar  
sin pompa alguna ni fiesta.

*(Vase, entrando en el pabellon)*



**Escena octava.**

TERESA SOLA.

TERES.

*(Interin recoge los vasos y botellas que pone en la cesta)*

Siempre acontecen así las cosas. Tan satisfecha como estaba... y catatuf. .. todo fué rodando á tierra. Cuando tenia apalabradas veinte y tres muchachas, que eran las flores de la comarca.

¡Válgame Dios..! ¡Y que beilas..! Sin embargo, no me asombra que este lance aconteciera. No quiso el conde creerme, esto es, no encendió las velas que le digo en el altar, y he aquí todo y bien deveras .. no hay que pensarlo. . las brujas se han cebado en la Marquesa!

*Vase por la puerta que figura ser de la casa en que vive, llevándose la cesta,*

**Escena novena.**

D. ENRIQUE SOLO.

ENR. Gracias..! Enrique, has llegado en oportuno momento,



todavía el casamiento  
no se halla formalizado.

No hay que perder la esperanza,  
pues como bravo piloto  
á través del rudo noto  
debo entrever la bonanza.

Y aunque no fué dable á Antonio  
de los polvos hacer uso,  
porque á ello quizás se opuso  
para abrumarme el demonio,  
que por no perder el vicio  
de enredar, se encargaria  
de hacer que el conde aquel día  
le arrojase del servicio.

Por otra parte, de serme  
fortuna ménos ingrata  
no estoy dudoso que trata,  
pues viene ella misma á verme.

Y con el airado modo  
que á doña Juana trató,  
dispuesta la miro yo  
á favorecerme en todo.

Pues por tal medio, sin ir  
á caza de astutas tretas,  
las llaves de sus maletas  
fácil me fué conseguir.

Y como es de suponer  
que no debió de quedar  
ríncon para registrar,  
árbitro de mi querer;  
á fuer de nuevo mayorazgo  
no respetando secreto,  
tropecé para mi objeto  
con el más feliz hallazgo...



¡Conque mi satisfaccion  
por fuerza ha de ser cabal..!

### Escena décima.

EL MISMO Y PASCUAL DIRIGIÉNDOSE ESTE AL  
PABELLON SIN NOTAR AL BARON.

ENRIQ. ¡Eh..! ¿Cómo va... tío Pascual?

PASC. ¡Usté aquí... señor Baron?  
Disimule... soy un bolonio,  
pues no le había reparado.

ENRIQ. Todo queda disculpado.

PASC. ¿Viene usted al matrimonio..?

ENRIQ. Precisamente.

PASC. Si así es,  
puede pasar adelante

ENRIQ. Entraré de aquí á un instante.

PASC. ¿Quiere que le anuncie, pues?

ENRIQ. Dime, y donde vas ahora?

PASC. Al conde á avisar venía,  
que el cura en la sacristía  
espera...

ENRIQ. (*Ap*) ¡Diablo.! (*Alt.*) Y es ya la hora  
fijada para el enlace?

PASC. Si el oído no me engañó,  
el reloj las once dió  
cinco ó seis minutos hace.

ENRIQ. ¿Y por aquí atravesar  
deberán?

PASC. Es cosa cierta,



si han de salir por la puerta  
por aquí deben pasar.

ENRIQ. Verdad es... pero anda listo,  
no hagas falta... y á más esconde,  
Pascual, que tú me hayas visto,  
quiero sorprender al Conde.

*(Pascual hace una inclinacion de cabeza y entra en  
el pabellon.)*

### Escena once.

ENRIQUE SOLO.

ENRIQ. Antes de emprender la obra  
empleemos con afan  
en repasar nuestro plan  
el momento que nos sobra.

*(Recapacitando.)*

El padre del Conde fué,  
segun me han asegurado,  
una noche asesinado  
ignorándose el porqué.

Pero se sabe de fijo,  
que el marqués, don Julio Estrada,  
le pasó de una estocada  
muriendo en brazos de su hijo.

Y el agresor descubierto,  
para el castigo evadir  
á Italia pasó á vivir,  
do reside, sinó ha muerto.

Veamos si la carta se halla  
conforme...



(Saca una carta que figura repasar con atencion.)

Nadie podría  
concebir que fuese mia  
esta letra... Pero calla...

(Guardando la carta.)

Ellos son... á salir van...  
Isabel, el Conde, Cárlos..  
Ahora se dirigirán  
al templo... voy á encontrarlos.

### Escena doce.

EL MISMO, ISABEL, DON BALTASAR, CÁRLOS Y PASCUAL.

ISAB. ¡Don Enrique, usted aquí..?

CÁRL. ¿Y la Marquesa que ha sido..?

ENRIQ. Una desgracia...

BALT. ¿Y obtenido  
mejora alguna no há?

ENRIQ. Sí,  
con la segunda sangría  
que hace poco se le abrió  
los sentidos recobró.

CÁRL. ¡Justo cielo..!

ISAB. ¡Que alegría..!

BALT. ¿Y el doctor..?

ENRIQ. Todavía está  
que asegurar no le es dado...

BALT. No importa, la salvará.

ENRIQ. Dios le haya, Conde, escuchado.

BALT. Es hombre de experiencia



y de un talento profundo,  
y que para bien del mundo  
egerce en él tan gran ciencia;  
porque con igual desvelo  
sirve, siempre que es llamado,  
al pobre que al potentado  
vertiendo á todos consuelo;  
pues como es indiferente  
á fortuna, clase y nombre,  
solo vé en la calle al hombre,  
y en la cama al paciente.

Nunca en vano lo que sabe,  
modesto, ostenta su labio,  
orgullo en su alma no cabe  
como verdadero sabio.

Y teniendo la certeza  
que medio el arte no ofrece  
sinó aquel que favorece  
solo á la naturaleza;

el método con que asiste  
á sus enfermos, ligero;  
en el régimen severo  
más que en las drogas consiste.

Pues conforme él mismo arguye  
y sus escritos sostienen,  
pocas el mérito tienen  
que el comun les atribuye:

Y, sin ir más adelante  
diré, con cierto académico:  
Es un sacerdote médico,  
no un médico comediante.

Yo bien sé que á la ignorancia  
no cuadra, porque receta  
poquísimo, ordena dieta



y se dá poca importancia.

Porque el mundo, y no es patraña,  
sinó verdadero hecho,  
no se muestra satisfecho  
mientras que no se le engaña.

PASC. Señor Conde, dispensad,  
el cura aguardando está.

BALT. Se me olvidaba, es verdad,  
hijos míos, vamos allá...  
Don Enrique, usted también  
que nos acompañe espero...

ENRIQ. Señor Conde está muy bien,  
no tan solo placentero  
les seguiré hasta el altar,  
sinó que además me obligo  
á servirles de testigo...

ISAB. Mucho nos vá usted á honrar.

CÁRL. Gracias mil le doy sincero...

ENRIQ. Al contrario yo soy el que  
agradecer debe...

BALT. Usté  
es por demás caballero.

ENRIQ. Conde, tan grande agasajo  
me confunde al par que obliga...

Pero permita le diga  
que otro asunto aquí me trajo  
más importante, y á fe mía,  
á no ser que opine mal,  
aumentará la alegría  
de ustedes en general;  
porque de no ser así,  
de doña Juana apartado  
no me hubiera, en el estado  
en que se halla...







señor Conde yo á la par  
si seguro no estuviera  
que lo puede usted aceptar.

BALT. Vamos á ver... don Enrique.

ENRIQ. Apenas volvió el semblante,  
al partir de San Dionisio,  
cuando paró un carruaje.

Y como en el mismo acto,  
sin descender del pescante,  
solicito el postillon  
por mí, Conde, preguntase,  
á él me presenté, y en seguida  
puso, cerrado con lacre,  
un paquete entre mis manos,  
diciendo: que era de grande  
importancia, y de un amigo  
de quien debiera acordarme.

En efecto, rompí el sobre,  
y el nombre vino á mostrarse  
de uno de los compañeros  
á la par que noble amable,  
con quien ligué relaciones  
en mis últimos viages.

Porque usted sabe muy bien,  
que Francia, Inglaterra, Flandes,  
Italia y otros muchos puntos,  
digo, los más principales  
de la bella y culta Europa,  
ó al ménos sus capitales  
no me son desconocidas;  
y en ellas muchos magnates,  
nobles y otras mil personas  
de valimiento y alta clase  
me honran aún con su amistad...



Mas para no gastar frases  
diré, me escribe ese amigo  
desde su lecho y en el trance  
postrimero de su vida,  
y me ruega, que al instante  
de recibida la suya  
à verme con usted pase,  
y en propias manos le entregue,  
sin que esté presente nadie,  
este pliego...

*(Pone en manos del Conde un pliego dentro del cual hay una cajita que contiene un joyel, y que D. Baltasar se apresura à abrir.)*

Con que, cumplo...  
y Dios no le desempare.

BALT. ¡Que es lo que miro? ¡Un joyel..!

ENRIQ. En un todo semejante  
al que se halla en su poder.

*(Durante estos últimos versos, D. Baltasar se habrá apresurado à sacar el otro joyel, con objeto de cotejarlos.)*

BALT. ¡Sí, sí, los mismos brillantes,  
el mismo esculpido, el mismo..!  
Cárlos ¡Oh..! ya tienes padres,  
ya con el nombre de expósito  
no han de poder infamarte,  
de la necia sociedad  
esos entes miserables!

ENRIQ. No lo digo, señor Conde,  
que habia de ser muy grande  
su satisfaccion.

BALT. Si, á fe,  
no para mí, pues no vale  
ni más ni ménos ahora,



que valia momentos hace,  
sinó para él, pobre jóven,  
que des que su cuna sabe  
el placer de traslucirse  
ha dejado en su semblante.

ENRIQ. Además le legitima.  
casándose con su madre.

BALT. ¡Pobre muger, que estará  
anhelosa de abrazarle!

ENRIQ. Y al nombrarle su heredero,  
tan latamente lo hace,  
que títulos y fortuna  
le lega, con un linage  
que sobre el cenít el sol  
se muestra ménos brillante.

BALT. Pero su nombre, su nombre,  
don Enrique, en ocultarme  
tanto tiempo no persista,  
porque á mí ya no me es dable  
aguardar más, anheloso  
de ir al templo cuanto ántes,  
para ser el mensajero  
de nueva tan agradable.

ENRIQ. Lea usted, he aquí su firma.

*(Le dá la carta, el Conde figura leer la firma, y quedándose atónito deja caer el escrito, que don Enrique cuida de recoger.)*

¡Don Baltasar...!

BALT.

¡Oh...!

ENRIQ.

¿Que diantre

le sucede?

BALT.

¡Dios benigno...!

ENRIQ. ¡Cielos...! ¿Quiere usted que llame?

BALT. No, quizás pueden mis ojos...



Haga usté el favor de darme  
segunda vez ese escrito...

(*Don Enrique lo hace.*)

¡Dios mío! ¡Tiemblo al tocarle!

(*Vuelve á mirar la firma.*)

¡Sí, sí, él es, duda ninguna  
en mi pecho ya no cabe!

Don Enrique, por favor  
sírvasse usted molestarse,  
y pasar á la capilla...

¡Ni sé yo qué imaginarme...!  
y les dice usted... les dice...  
que á mí me ha dado un ataque  
repentino... ú otra cosa...  
y que mi estado es tan grave,  
que la boda suspender  
es del todo indispensable.

ENRIQ. Confuso, don Baltasar,  
me tiene, á fe, ese language...  
¿Y el motivo?

BALT. Marche pronto...

ENRIQ. ¿Ni aún se sirve usted confiarme..?

BALT. ¡Ah.! don Enrique, mi amigo,  
este es el golpe más grande  
que recibiera en mi vida..!

ENRIQ. Pero sírvase explicarse.

BALT. ¿Qué quiere usted..? Ese Carlos....  
á quien yo despues de amarle  
más que si fuese hijo propio  
iba á unir con él mi sangre...  
sobre quien mis esperanzas  
tan solo debian fundarse,  
y que era de mi vejez  
el sostenedor, el ángel...



y de mi adorada hija...

¡No puedo más..! ¡Oh, Dios! dadme  
fuerzas para resistir  
tan inesperado trance..!  
Resulta ser hijo del  
asesino de mi padre!!

*(Cae el telon.)*

FIN DEL TERCER ACTO.



## ACTO CUARTO.

*La misma decoracion que en el acto anterior, con la diferencia que la gran ventana del pabellon estará abierta, y por ella se verá a Càrlos sentado junto à una mesa, en ademan de escribir à la luz de una bugia. Lo demás del teatro se hallará à oscuras, como que figura algunas horas antes de amanecer.*

### Escena primera.

CÁRLOS SOLO.

CÁRL. ¡Hijo de aquel que à su padre  
asesinara vilmente..!  
No cabe esta idea en mi mente  
sin que el pecho me taladre.  
¿Y viviendo en el hogar  
pudiera seguir, en donde..?  
¡Oh.! aunque no me arrojes, Conde,  
soy yo quien debo marchar.  
Partiré léjos de aquí  
antes que aparezca el dia...  
!Conde.! ¡Isabel.! ¡Vida mía.!  
¡Cielos..! ¿Porqué os conocí..?  
¿Porqué enjugasteis mi llanto,  
y con sin igual cariño  
me amparasteis cuando niño,  
y ahora no sufriera tanto.?



Pero valor, pues que atrás  
es imposible volver,  
siendo fácil comprender  
que aquí ya estoy por demás.

Que en tan atroz desventura,  
al lado de su excelencia  
fuera solo mi presencia  
cruel recuerdo de amargura.

Y además ¿Podría con calma  
fijar los ojos en el  
rostro hermoso de Isabel  
sin despedazarse el alma?

¡Dios mio..! No hay más remedio...  
es necesario que parta.

¡Corazon..! No hallo otro medio...  
Demos principio á la carta.

*(Escribe.)*

### Escena segunda.

EL MISMO Y D. ENRIQUE.

*(Entra éste por el fondo, dejando abiertas las verjas, y con la mayor cautela para no ser visto ni oído.)*

ENRIQ. ¡Gracias..! por fin estoy aquí  
de San Dionisio de vuelta,  
sin dar motivo á que nadie  
tenga la menor sospecha...

Y no me ha costado poco,  
á fe, burlar la Marquesa,



que me tuvo entretenido  
más de dos horas y media,  
hasta meterme en el punto  
de perder la paciencia;  
pues tan desvelada estaba,  
que de ninguna manera  
el sueño podía coger;  
como si fuese blasfemia,  
ó Satanás ¡Vive Cristo..!  
que á mis planes se opusiera.

Además, esa maldita  
luna mostrándose llena  
hace tan clara la noche  
que es posible engarzar perlas.

Esto nos desfavorece  
bastante, más de las selvas  
la espesura del follage  
si atravesamos la sierra  
podrá ocultar nuestras sombras  
á toda vista indiscreta.

Solo me falta saber,  
procediendo con cautela,  
si Carlos aun se halla aquí;  
pues conforme pude, alerta,  
deducir de alguna frase,  
aunque entrecortada y suelta,  
que al pobre se le escapó  
tras saber la fatal nueva  
de mi sagacidad hija,  
Santa Ana antes que amanezca  
su intento es abandonar.

¡Vive Dios.! Si yo pudiera  
de ello asegurarme... á ver  
si acercándome á esa puerta



logro salir por acaso  
de las dudas que me cercan.

*(Al dirigirse, don Enrique, à la puerta del pabellon, figura que nota la luz del cuarto que ocupa Càrlos.)*

¡Hola..! hay luz, y la ventana  
de par en par se halla abierta.

Es Càrlos, está escribiendo  
y por sus mejillas ruedan  
abundantísimas lágrimas,  
que hasta el blanco papel riegan.

Llegué à tiempo... de seguro  
se dirigen esas letras  
à despedirse del Conde.

*(Càrlos lee en alta voz lo que figura haber escrito, levantando el papel de modo que el público lo note, mientras don Enrique le escucha con la mayor atención.)*

CÁRL. *(Leyendo.)* Sí, querido don Baltasar, mi buen protector à quien veneraré eternamente, los beneficios que me ha dispensado quedarán siempre grabados sobre mi corazón; y no atribuya à ingratitud mi desaparición, sin despedirme siquiera de vuecelencia. El temor de que se oponga à mis designios y la inseguridad de tener la firmeza suficiente para ejecutarlo me obligan à ello.

ENRIQ. No me engañé, es cosa cierta...

CÁRL. Prosigamos. *(Continúa escribiendo.)*

ENRIQ. Vá à partir,

y todavía nos queda  
una hora larga de noche...

Mi dicha será completa  
si salgo como confío



de tan atrevida empresa ..

Porque, al fin, si felizmente alcanzó mi stratagemma desbaratar esa boda...

Ahora hay otra... La Marquesa, acabo de averiguar por medio de copia auténtica que hallé de su testamento, hace dueños de su hacienda á Isabelita y á Cárlos, y dado caso que muera el uno vá á manos del otro; y por consiguiente es fuerza que del mundo ese Carlitos hoy mismo desaparezca...

Me caso con Isabel... y respecto á la Marquesa, aunque se halla en buen estado, las heridas de cabeza, conforme el médico afirma, se ha visto aún á los cuarenta y más dias de recibidas traer fatales consecuencias; lo que me pone al abrigo, caso..., de toda sospecha; pues es de necesidad que me deshaga de ella.

Importando por de pronto al éxito de mi empresa, que no la visite nadie que de lo ocurrido pueda orientarla en lo más mínimo.... Sobre todo, que no vea por ningun estilo al Conde,



por quien ¡Vive Dios! no cesa de preguntar, desde que cobró el uso de la lengua... pero hallándome á su lado eso corre de mi cuenta.

Mas, Antonio tarda mucho.

CÁRL. (*Volviendo á leer como la vez anterior.*)

No presuma tampoco, mi estimado Conde, que vaya á unirme al autor de mis dias, pues su presencia no serviría más que para atormentar mi corazon.

ENRIQ. ¡Maldito... Antonio no llega.

¿Si habrá extraviado el sendero?

(*Enrique se dirige hácia el fondo con objeto de mirar si viene.*)

CÁRL. (*Leyendo.*) Vuecelencia no perdonó médios para procurarme una honrosa carrera, diciéndome que por poderoso que el hombre fuese debía ser útil á la sociedad y saberse ganar la subsistencia; y ahora conozco de cuanto le soy deudor, pues con ella no me faltará un recurso para cubrir mis necesidades. (*Continúa escribiendo.*)

### Escena tercera.

LOS MISMOS Y ANTONIO.

ENRIQ. ¡Gracias al...! No metas ruido que Carlos se halla aquí cerca precisamente escribiendo. y podría oírte....







Le meteis allí, tapais,  
y que le sirva de huesa.

ANTON. ¿Y en la tal casa no corre  
peligro que nos sorprendan.?

ENRIQ. Te juro que en todo el rádio  
no hay un bicho que se atreva  
á acercarse á la redonda  
por lo ménos una légua.

ANTON. ¿Habrá algo de extraordinario?

ENRIQ. Escúchame. La casa esa  
es de todo el patrimonio  
lo único que á mí me resta,  
por la sencilla razon  
que nadie la quiso en venta.

Y segun tengo entendido  
formaba parte de herencia  
de un abuelo de mi padre,  
el cual se estableció en ella;  
y como se dedicase  
á acuñar falsa moneda,  
para ahuyentar las pesquisas  
de personas indiscretas  
hacia mil extravagancias:  
á veces grandes hogueras  
encendía á su alrededor,  
otras, ó las más de ellas,  
á favor de sus obreros  
hacia rumor de cadenas,  
sobre todo por la noche  
y al estallar las tormentas;  
en fin, logró de este modo  
dar margen á mil consejas,  
hasta el punto que aún hoy dia,  
entre la sencilla y necia



gentuza de la comarca,  
 sin temblar ninguno mienta  
 la casa de Pedro el Calvo.

*(Cárlos se levanta y al hacer correr la silla hace un pequeño rumor.)*

ANTON. ¿Ha oído usted?

ENRIQ. *(Mirando la ventana.)* Si, date prisa.  
 Es Cárlos, se ha levantado...  
 ponte, Antonio, la careta,  
 que se dispone á salir.

*(Antonio se pone el antifaz.)*

CÁRL. Concluí al cabo mi tarea,  
 ¡Está bien, ahora valor,  
 y con el alma serena  
 el sacrificio consuma..!

ENRIQ. Antonio, no te detengas.  
 Oculto tras la estacada  
 unido al otro le esperas...  
 y en caso de resistencia  
 haces uso... ya me entiendes...  
 que cumpliré con mi oferta.

*(Antonio se marcha y don Enrique queda observando los movimientos de Cárlos.)*

Quedó inmóvil como un poste.

CÁRL. ¡Dios mío! ¡Cuanto me cuesta  
 abandonar los objetos  
 que más adoro en la tierra!  
 ¡Corazon no seas tan débil!

ENRIQ. *(Ap.)* Ya se dirige á la puerta;  
 es preciso que me esconda  
 porque visto de él no sea.

*(Don Enrique se esconde junto á la casa del arrendador, al mismo tiempo que Cárlos abre la puerta y sale fuera del pabellon.)*



### Escena cuarta.

CÁRLOS SOLO Y Á LO ÚLTIMO ANTONIO Y SU COMPINCHE  
Y DESPUES D. ENRIQUE.

CÁRL. Ya del matinal crepúsculo  
la pálida luz se muestra,  
por instantes extinguiendo  
el fulgor de las estrellas.

¡Oh sol..! Cuando con tus rayos  
vengas á dorar la tierra,  
de mil galones matices  
montes cubriendo y praderas,  
léjos del objeto amado  
y de aquella alma tan bella  
que mi juventud formó  
veré brillar tus centellas.

Y caminando al acaso  
vertiendo lágrimas tiernas,  
tus resplandores seran  
para mí sombras funestas,  
pues que perdí para siempre  
de mi alma las lumbreras.

*(Se oyen tres campanadas de reloj, que figura estar en el interior del pabellon.)*

Dan las tres ¡Ay! siento un frio  
que todo mi cuerpo hiela,  
cual si mi sangre dejase  
de circular por sus venas.

Enjuguemos este llanto,  
revistámonos de fuerzas,



y ántes que trueque su lecho,  
el labrador por la esteva,  
pierda de vista los campos  
hermosos que me rodean.

¡Adios padre! ¡Adios hermana!  
Benigno el cielo os proteja  
y más felices que yo  
os haga sobre la tierra!!

*(Cárlos vá á partir, pero se detiene al llegar á las verjas, que se hallarán sin cerrar, se vuelve como para contemplar por última vez el sitio en donde moran las personas que le son caras, en tanto que Antonio y su compinche, ambos enmascarados, se le acercan por la espalda con toda precaucion para no ser vistos ni oídos.)*

¡Adios muros que encerrais  
de mi tesoro las prendas!

*(Antonio y el otro se hechan sobre él con precipitacion.)*

¡Soltadme .! ¡Piedad. ! ¡Socorro..!

ANTON. *(Amenazándole con un puñal.)*

¡Silencio, ó tu muerte es cierta!

*(Antonio y su camarada le sujetan las manos y atan un pañuelo sobre la boca y se lo llevan, todo esto se efectuará con la mayor rapidez.)*

ENRIQ. *(Saliendo con precipitacion.)*

Muy bien. En alas del triunfo  
no corre mi suerte, vuela,  
que á los mayores obstáculos  
ya he conseguido abrir brecha.

Y en cuanto á esos galopines,  
gente de infame ralea,  
que me sirven por el oro  
que reduciré á promesas,  
para que al verse burlados,



por ese oro no me pierdan,  
cuando de sus fechorías  
más necesidad no tenga,  
sabré tenderles un lazo  
cuya sutil red les meta  
en manos de la justicia  
donde hallen su recompesa.

Pero vámonos que el día  
importa no me sorprenda  
aquí, ni que en San Dionisio  
se haga notable mi ausencia.

(Váse)

### Escena quinta.

*Pascual y Teresa saliendo á medio vestir por la puerta que figura ser de la casa que habitan. El primero aparecerá armado de hisopo y caldereta.*

TER. *(saliendo)* Repite las aspersiones  
y empapa en la caldereta  
de agua bendita el hisopo,  
pues de no hacerlo, estoy cierta  
que no saldremos en bien  
de esa maldita caterva  
de brujas, que endemoniadas  
hoy por aquí andan revueltas.

PASC. *(Haciendo aspersiones)*

¿Así?

TER. No, haz cruces.

PASC. *(Haciendo cruces con el hisopo)*

¿Así?

TER. No seas posma, con viveza,

PASC. ¡Voto á..!



TER. No votes, Pascual,  
y en vez de arrojar blasfemias  
reza, reza padres nuestros.

PASC. Pero ¿para qué, Teresa?

TER. ¡Para qué, para qué, dices?  
¡Válgame..! Si tú supieras  
lo que á mí me ha sucedido!

PASC. ¡A tí.?

TER. A mí, sí, á mí!

PASC. ¿De veras?

TER. Figúrate hecho un liron  
y roncando á pierna suelta,  
mientras que cerrar los ojos  
no pude la noche entera,  
ocupada en meditar  
las fatales consecuencias  
que el Conde podría traernos  
con haber ido á la vieja  
morada de Pedro el Calvo,  
donde Lucifer se hospeda;  
Cuando así, poquito á poco  
por cima de las cubiertas  
de la cama deslizarse  
siento una mano ligera  
hasta tocarme la cara.

PASC. ¡Jesús, Jesús..! ¿Qué me cuentas..?

TER. Ni más ni ménos, Pascual.

PASC. Tú me horripilas, Teresa.

TER. Y al quererte despertar,  
porque estaba medio muerta  
de miedo, un grito espantoso  
por esos campos resuena  
taladrándome el oido....

PASC. ¡San Antonio..! ¡Santa Tecla..!



TERES. ¡Soltadme..! ¡Piedad..! ¡Socorro..!  
decía aquella voz siniestra.

Y abriendo yo la ventana,  
como que está tan serena  
la noche y clara la luna,  
veo á dos brujas que se llevan  
á un jóven en cuerpo y alma,  
y con la boca cubierta  
con un pañuelo, sin duda  
porque chistar no pudiera.

PASC. ¡Cáspita..! ¿Viste á las brujas?

TERES. ¡No había de verlas, si eran  
dos ó tres veces más altas  
que la acacia gigantesca,  
que en el huerto del tío Lúcas  
su elevada copa ostenta?

PASC. ¿Y tú les harías supongo  
higas y cosas de aquellas  
con que sabes conjurarlas?

TERES. Ciertamente, de no, fuera  
trasformada ya en pollina,  
en cabra, ó quizás en perra.

PASC. ¿Y luego..?

TERES. Tú despertaste  
y...

PASC. ¡Vaya una cosa estupenda  
y digna de ser contada  
al señor Conde, Teresa!

TERES. Yo me guardaré muy bien.

PASC. ¿Porqué. ?

TERES. Porque su escelencia  
sobre este particular  
tiene pésimas ideas;  
y llama ridiculeces,



aferrado á su sistema,  
á unas cosas que ojalá,  
Pascual, no fuesen tan ciertas.

PASC. Mas yo tomo la revancha;  
puesto que cuando se empeña  
en hacerme creer á mí  
que el mundo está dando vueltas  
y gira en torno del sol,  
que es una bola la tierra  
y no sé que cosas más.,  
aunque sea hombre de letras,  
yo digo para mi buche:  
que se lo cuente á su abuela..!

TERES Ya se vé, tales patrañas  
no hay quien tragárselas pueda.

Pero vamos á otro asunto.

Y tú, Pascual, que en la iglesia  
te hallabas ¿podrás decirme  
el motivo que indugera  
al señor Conde á tomar  
la singular providencia  
de retirar á los novios,  
ávidos de enhorabuena,  
de las gradas del altar,  
ántes de que recibieran  
la bendicion conyugal?

PASC. He aquí una cosa, Teresa,  
que por mucho que cavile  
no me es dable dar con ella.

Lo que sé, sí, es que el Baron  
vino allí con toda urgencia,  
y tras haber con el cura  
una corta conferencia,  
en manos del señorito



puso una carta, que al leerla  
se quedó petrificado  
más pálido que una cera;  
y formando D. Enrique  
con doña Isabel pareja  
nos dirigimos aquí,  
do hallamos á su Escelencia  
sobre aquel banco sentado,  
apoyada su cabeza  
contra el pecho, y su semblante  
tan demudado, que era  
de preciso confesar  
que tenía la apariencia  
de muerto más que de vivo.

TERES. Ahí podrá ver si son ciertas  
las palabras que le digo.

¿Te acuerdas, Pascual, te acuerdas?

«Señor Conde, haga usted arder  
catorce dias cuatro velas  
sobre el altar, que de no...  
vá á sucederle, de veras,  
alguna atroz desventura.»

PASC. ¡Voto...! Si él te conociera  
como yo, no deshechara  
de seguro tu advertencia.

TERES. Pero dime ¿Y el señorito..?

PASC. Más mústio que la hoja seca  
nos siguió tambien el pobre,  
y al llegar ahí, á las verjas  
voló del Conde á los piés,  
llorando cual Magdalena.

Este le tendió los brazos  
sofocado por la pena,  
lo levantó y en su frente,



vertiendo lágrimas tiernas,  
imprimió un sin fin de besos.

Y como tan triste escena  
fuese causa de que al Conde  
un síncope acometiera,  
en el pabellon entraron  
motivo porque, Teresa,  
de tamaña trapisonda  
como tú estoy, sin que sepa  
nada más, pues quedé solo  
aquí con la boca abierta.

TERES. Pero bien, al ménos puedes  
manifestarme que piensas  
ahora tú de todo eso?

PASC Cosas grandes á la fuerza  
han mediado... ¡El señor Conde.!

TERES. (*Ap.*) ¡Cuán abatido se muestra...!

PASC. (*Ap.*) ¡Pobre señor! (*A Teresa*) Es-  
tos chismes

(*Entregándole la caldereta y el hisopo.*)

toma, pichona, y ten cuenta  
en colocarlos... ¿Estás...?

(*Teresa los toma, hace un movimiento afirmativo y  
váse por la puerta que figura ser de su casa.*)

### Escena sexta.

DON BALTASAR Y PASCUAL.

PASC. Dios guarde á don Baltasar.

BALT. Lo propio... señor Pascual.

PASC. ¿Ha descansado ...?



BALT. Tal cual.  
(Ap.) Todavía me he de acostar.

PASC Mas sinó yerran mis ojos  
su corazon afectado  
se halla, vuesaencia ha llorado.

¿Qué motiva esos enojos?

No me esconda su pesar...  
quien sabe... tal vez podré...  
que para servir á usié,  
Pascual, se dejara ahorcar.

Que aunque miserable y tosco  
los favores nunca olvido,  
y ser siempre agradecido  
fué mi norte.

BALT. Le conozco  
y estimo, señor Pascual,  
el fino y bravo deseo  
que cobija, segun veo,  
su pecho franco y leal.

Pues aunque vino á turbar  
por de pronto mi quietud  
la más terrible inquietud  
que me pudiera alcanzar.....

A la voz de la razon,  
que atendí, vuelto á la calma,  
quedó convencida el alma,  
tranquilo mi corazon.

Que al penetrar mi conciencia  
la injusticia que había obrado,  
haciendo caer, obcecado,  
el castigo en la inosencia.

Para reparar la falta  
que, violento, cometí,  
la boda que suspendí,



hoy tendrá lugar sin falta.

Y porque más no se aflija,  
volaba en este momento  
à participar mi intento  
à mi desolada hija.

¡Conque, mi buen Pascual, hoy,  
el dia será solemne...!

Dispense, que à Isabel voy  
à advertírselo ..

PASC. Ahí viene.

BALT. Déjeme solo con ella.

PASC. Como le plazca, señor.

*(Pascual váse por la puerta que figura ser de su casa.)*

### Escena séptima.

DON BALTASAR É ISABEL SALIENDO DEL PABELLON.

BALT. ¡Hija mia! Ese dolor  
que en tu faz profunda huella  
de su amargura imprimió,  
de tí aleja, enjuga el llanto.

ISAB. ¡Padre mio.! Le amo tanto  
que no es posible que yo  
existir pueda sin él.

BALT. ¡Hija de mi corazon!

ISAB. ¡Ay, papá, por compasion..!

BALT. Escucha, cara Isabel,  
calma tu sufrir y, en suma,  
serena tu faz sombría,  
y trueca en dulce alegría



el pesar que ahora te abruma.

ISAB. Papá, me atrevo á dudar  
que eso profiera tu boca...  
¿Yo mis lágrimas secar  
cuando el dolor me sofoca?

¿Cuando á desgarrar alcanza  
mi pecho, la afliccion  
de una acendrada pasion,  
que arrostro sin esperanza?  
¿Cuando de un sueño dorado  
que me brindaba la dicha,  
tras su ilusion, he encontrado  
al despertar mi desdicha?

¿Que esquive yo la inquietud  
y vuelva á mi antigua paz...?  
¡Oh padre mio! ¡Solaz  
hallaré en el ataud!

BALT. Atiende, cara Isabel,  
no acrecientes tu agonía ...

ISAB. Si solo vivo por él...

BALT. Pues de él serás, hija mía.

ISAB. ¿Qué escucho, será verdad,  
ó es voz de mi desvarío...?

¡Repítelo, padre mio!  
Repítelo, por piedad!

¡Ah..! Dime, dime, por Dios  
con tu cariñoso acento,  
que aquel piélago sangriento  
no existe ya entre los dos;  
y que le es dable su mano  
unir á la mano mía,  
que puedo como solía  
el nombre darle de hermano!

BALT. Tan grande satisfaccion



de entrambos apetecida,  
hoy encontrará cabida  
en tu tierno corazon.

ISAB. ¿Conqué bajo este conceto,  
á no comprenderlo mal,  
Cárlos habrá sido objeto  
de una columnia infernal?

BALT. Vana quimera, Isabel.  
Tengo una prueba infalible  
en mi poder....

ISAB. ¿Es posible?

BALT. (*Enseñandole los dos joyeles.*)  
Repara...

ISAB. Un otro joyel.!

BALT. ¡Y en un todo igual..!

ISAB. Pregunto ...

Y el Baron te lo entregó..?

BALT. Como que lo recibió  
en la misma carta adjunto.

ISAB. ¡Don Enrique. ! ¿Y no podria..?  
Un presentimiento advierte  
mi corazon, sin que acierte.....

BALT. ¿Que interes le moveria...?  
y aun así.... ¿Cómo podria  
esta alhaja presentar..?  
Además, habia de estar  
al corriente de.....

ISAB. ¿Y no fuera..?

BALT. Son sobradamente ciertos,  
por desgracia, hija, los datos,  
no andes, pues, tras malos ratos  
en pos de juicios inciertos,  
cuando está próximo á ser  
tu deseo consumado.



ISAB. Entonces.... ¿Cómo has logrado tu repugnancia vencer...?

BALT. Ahora calcula, hija mia, puesto que cual tú le quiero, por tu propia angústia el fiero pesar que yo sentiría al saber ¡oh infausta suerte! con tantísima evidencia, que al autor de su existencia mi padre debía la muerte.

Sin sentido aquí quedé, y al volver de aquel estado, por vosotros rodeado en mi cuarto me encontré.

Y aunque al principio os negasteis mi voluntad á cumplir, tanto yo llegué á insistir que, al fin, sólo me dejasteis.

Entónces, entónces, sí, que los sollozos me ahogaron y las lágrimas brotaron de estos ojos ¡Ay de mí!

Que apartar inutilmente procuraba el pensamiento, que á mi corazon tormento daba, ocupando mi mente.

Y cuanto más de él huía más ante mí se agitaba, y si los ojos cerraba más entónces le veía.

En esta lucha terrible la noche me sorprendió, y con sus sombras tomó un aspecto más horrible.



Para ver si conseguía  
dar tregua al atroz martirio  
del incesante delirio  
que tenaz me perseguía,  
tenté acostarme y, de cierto,  
al descorrer las cortinas....  
me pareció que cubierto  
el lecho estaba de espinas.

Llevado de tal apuro,  
sin ser ya dueño de mí,  
como arrastrado salí  
en busca de aire más puro.

Llegué á la vega, el ambiente,  
que suave entonces soplabá,  
por instantes despejaba  
del febril ardor mi frente.

Y anhelante de reposo,  
el cansancio, el desaliento  
me hicieron tomar asiento  
al pié de un sauce frondoso.

A su tronco me arrimé  
y sin ser de ello advertido,  
por grato sueño vencido  
allí dormido quedé.

De tan apacible amor  
largo tiempo habría gozado  
á no haberme despertado  
los trinos del ruiseñor.

Abrí los ojos, serena  
la noche como ninguna,  
ostentaba de la luna  
en su cenit la faz llena.

Y un rayo resplandeciente  
de su luz pura emanó,



que hiriendo al cruzar mi frente  
hasta el alma penetró.

Y mientras al pecho imprimía  
placentera sensación,  
llegaba á mi corazón  
un acento que decía:

«Calma, calma ese quebranto,  
que vertió en tí el desconsuelo,  
y trueca en dulce consuelo  
sus gotas de amargo llanto.»

«A Cárlos, sin que la hiel  
del rencor te ciegue, abraza,  
vuela hácia entrambos, enlaza  
su mano á la de Isabel.»

«Que en tí no admite disculpa  
descender á incultos derechos,  
que legan infames hechos  
de padres á hijos sin culpa.»

«Que semejante rigor  
el buen sentido condena,  
unicamente la pena  
caiga sobre el pecador.»

Al oír esto, comprendí,  
que á su ser mi alma tornaba:  
¡Era la razón que hablaba!

Enfin, ya me miro en tí  
y reboso de placer,  
anhelante como estoy  
de hacer, diligente, hoy,  
lo que deshaciera ayer.

ISAB. ¡Padre mio...! ¿Cómo pagar...?

BALT. Sosiégate...

ISAB. ¡Padre...! sí...

BALT. A Cárlos voy á buscar,



con él vendré, aguarda aquí.

ISAB. (Ap.) ¡Oh cuanta dicha, buen Dios..!

BALT. (Ap.) ¡Al fin tendré la alegría  
de verter en este día  
el solaz sobre los dos....!

(*Entra en el pabellon.*)

### Escena octava.

ISABEL Y TERESA.

TERES Doy á usted mil parabienes,  
me lo ha contado Pascual;  
que al cabo sus desposorios  
hoy sin falta habrán lugar.

Si supiera, señorita,  
cuanto sufrí por su afan  
ayer....

ISAB Señora Teresa  
sirvase usted no mentar  
congojas que por recientes  
mi pecho afectando están;  
y hábleme solo del bien  
que pronta me hallo á tocar.

TERES. Ciertamente, señorita,  
hoy mismo recibirá  
junto á su terron de azúcar  
la bendicion conyugal.

¡Dios mio! ¡Cuánto me alegro...!  
Hasta me hace recordar  
aquel dia.... treinta años cumple  
la vispera de san Juan,



que mi marido llevóme  
á los piés del sacro altar.

¡Treinta años...! sí, cabalitos...  
¡Jesús...! ¿Quién digera...? ¡Cah...!  
¡Si parece una mentira!

Entónces era Pascual  
un moceton tan rollizo  
y tan guapote.... y yo tan  
linda... así... como usted,  
con un garbo y una sal,  
que no salía por las calles  
sin un enjambre detras:  
me llamaban el pimpollo  
los mocitos del lugar.

ISAB. ¿Conque hacía usted su papel?

TERES. Vaya, ya lo creo, si más  
de veinte y seis pretendientes  
llegué una vez á contar,  
que rondaban por mi calle  
y guardaban mi portal.

Hasta que me decidí,  
porque me dejara en paz  
tanto moscon, y en los dichos  
solté la mano á Pascual.

ISAB. ¿Y aquel dia, por supuesto,  
que deberíais echar  
la casa por la ventana?

TERES. Pregúnteselo á papá,  
el belen que aquí se armó.  
Hubo danza, y el sacristan,  
tocando las castañuelas  
de la vihuela al compás,  
se arremangó la sotana  
para salir á bailar.



Empero eso no fué todo,  
 pues queriendo el perillan  
 emparejarse conmigo,  
 se armó una ... que ya, ya ...  
 la chacota y las rechiflas  
 el techo hicieron temblar.

### Escena novena.

LOS MISMOS, PASCUAL Y DESPUES D. BALTASAR.

PASC. Pichona mía, Teresa....  
 ¡Ah...! señorita.... (*Saludando.*)

ISAB. ¿Que tal...?  
 Ahora hablábamos de cuando  
 se casó usted.

PASC. Voto vá...!  
 ¡Y que fiesta, en todo el mundo  
 no se ha visto cosa igual!  
 Como que me habia llevado  
 la hija de Anton Mascapan,  
 que de toda la comarca  
 era lo más principal.

(*Se vé aparecer á don Baltasar en el cuarto que sirve de entrada al pabellon.*)

BALT. (*Ap. en el pabellon.*)  
 Desierta encontré su estancia,  
 y el lecho indicando está  
 que tampoco se acostó.  
 ¡Pobre mozo!

ISAB. (*A Pascual.*) Era usted audaz....

PASC. Aunque así como me vé....



BALT. (*Ap.*) Habrá salido á buscar,  
acongojado su pecho,  
alivio en la soledad  
y aire puro de esos campos.

ISAB. Además, segun me han dicho  
su belleza era ejemplar...

PASC. Quien lo duda...

(*D. Baltasar que se habrá acercado á la ventana, repara en la luz, luégo en el papel que Cárlos, al marcharse, habrá dejado sobre la mesa.*)

BALT. (*Ap.*) ¡Aquí una vela,  
ardiendo todavía está!

¿Y ese papel...? ¡Está escrito..!

TERES. Yo le amaba, á la verdad...

BALT. (*Ap.*) Y la letra es de su puño.  
¡Preveo lo que contendrá!

(*Hace como que lee el papel.*)

TERES. Y le acepté, señorita,  
á fé mía, sin titubear.

PASC. Y mé aceptó .. ¿Lo ha oido usted?

ISAB. Como era usté el más galan  
de todos... no hay que extrañarse  
tampoco mucho.

PASC. (*Riendo con satisfaccion.*) jaa... jaa...

BALT. (*Ap.*) No me engañé, se despide  
para no volver jamás;  
sin abrazarme siquiera,  
ni ménos manifestar  
á dó su intento le arrastra.  
¡Desdichado....!

(*Continua leyendo.*)

PASC. Claro está...

Yo entonces era la envidia  
de toda la vecindad.



BALT. (*Ap.*) Tiene razon, sí, lo propio hubiera hecho en su lugar.

¿Y como saber ahora. ?

¿Quien habrá que sea capaz de penetrar una huella que le conduzca al lugar donde se esconde? Mi mente se ofusca... (*Como inspirado.*) ¡Ah!

(*Don Baltasar sale precipitadamente con direccion à la casa del arrendador. sin reparar en los que se hallan en la escena.*)

(*Llamando.*) Señor Pascual, señor Pascual...

PASC. ¿Que se ofrece?

BALT. Señor Parcual.

TERES. Aquí está.

BALT. Dispense, no había advertido...

(*A Pascual.*)

Vaya, vaya sin tardar, no pierda usted un instante.

ISAB. ¿Pero que ocurre, papá.. ?

BALT. (*A Pascual.*)

Reuna mozos, rabadanes, labradores y demás... y esparcidos todo el radio, recorran ó más allá... pero no vuelvan sin él

ISAB. Papá tú me haces temblar.

BALT. Tranquilizate, hija mia. no dudes que volveran con él aqui ... No te aflijas....

ISAB. ¿Afligirme, pues, que hay?

BALT. ¡Isabel! ¡Hija del alma!  
Cuanto me cuesta el hablar



para decirte, que Cárlos  
desesperanzado ya  
de unir su mano á la tuya  
con el lazo conyugal,  
y de ser lo que era ántes  
entre nosotros, quizás  
creyéndose envilecido  
por la atroz iniquidad  
de su padre en vez de aquellos  
que le enseñaron á amar  
y le tendieron sus brazos  
con cariño paternal,  
ha abandonado esta casa;  
y por más fatalidad  
ignoro su paradero.

ISAB. ¡Cielos santos, esto más...!  
¡Y en que momento...? ¡Dios mio...!  
Cuando la felicidad  
con su risueño semblante  
empezaba á vislumbrar.

*(Cae en brazos del Conde.)*

TERES. No llore usted, señorita,  
Dios se lo devolverá,  
que á más grandes desventuras  
mayor suele ser su bondad.

PASC. No se dé pena por esto....  
¿No estoy yo aquí...? Voto á San...!  
Aunque se halle bajo tierra  
allí le sabré encontrar;  
que en todos esos recintos  
madriguera, á fe, no hay  
que no sepa.... ¡O se lo traigo,  
ó dejo de ser Pascual!

*(Váse por el fondo.)*

*(Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO CUARTO.







## ACTO QUINTO.

La misma decoracion que en el acto anterior.

## Escena primera.

D. BALTASAR, ISABEL Y TERESA.

ISAB. ¡Padre mio, padre mio!  
Que infeliz soy, en verdad.  
¡Cárlos, Cárlos, vida mia!  
¿Mas quién te instruyó, papá  
de su marcha?

BALT. Este papel,  
á cuyo fin debió dejar  
sobre esa mesa.

*(Le enseña el papel.)*

ISAB. Es su letra,  
no me cabe duda ya,  
ha partido... ¡Dios eterno...!  
¡Ingrato...! ¿Y habias de dar  
á la que tanto te adora  
con ese golpe mortal?  
¿Pero que digo...? ¡Ay de mí...!  
Perdóname por piedad,  
que al ausentarte debiste  
padecer aún mucho más.

BALT. No hay que dudarlo, Isabel.  
Todavía bañado está



el pliego, que al escribir  
con llanto debía regar.

ISAB. ¡Pobrecito...!

TERES. Señor Conde

¿Vuecelencia no podrá  
decirme á que hora partió?

BALT. ¿De fijo, quién es capaz  
de saberlo? Pero opino  
que debió ser al rayar  
el alba, sobre las tres.

TERES. ¡Sobre las tres?

BALT. A lo más....

TERES. (*Aparte y santiguándose à hurtadillas.*)

¡Padre, Hijo, Espíritu santo!  
¡San Estéban, san Julian!  
Sí, él era aquel que yo vide  
por las brujas arrastrar,  
no me cabe duda alguna.

BALT. ¿Que dice usted..?

TERES. (*Ap.*) Bah... bah, bah...  
se lo llevaron las brujas....

(*Alt.*) Señor, que me voy á rezar,  
que á no obrar aquí un milagro  
es inútil lo demás.

(*Ap.*) ¡Ah...! No quisieron creerme  
de encender sobre el altar  
catorce dias cuatro velas...

¡Ahí verán, sí, sí, ahí verán....!

(*Vàse por la puerta que figura ser la de su casa.*)



**Escena segunda.**

D. BALTASAR, ISABEL, DESPUES D. ENRIQUE.

BALT. No desesperes, criatura,  
muy léjos no puede estar  
de aquí, y esas buenas gentes  
á dar con él lograrán.

ISAB. ¡Ojalá..! Querido padre,  
pero siento á la verdad  
desfallecer la esperanza  
en medio de tanto afan.

BALT. ¡Isabel.... hija adorada...!  
*(Entra don Enrique por el fondo.)*

ENRIQ. Dios guarde á don Baltasar.

BALT. ¡Señor Baron, á estas horas..?  
¿O siniestra novedad  
acerca de doña Juana  
le lleva á usted por acá...?

ENRIQ. Al contrario, amigo Conde,  
segun sigue, es de esperar  
que se restablezca pronto.

BALT. Si es así, pasaré allá  
hoy, con objeto de verla...

ENRIQ. Mucho me placiera, mas  
el doctor me hizo presente  
que en el estado actual,  
para el feliz resultado  
que se promete alcanzar,  
aún exigia de la enferma  
la mayor tranquilidad.



No obstante, si usted se empeña...  
dispuesto me hallo....

BALT. No tal,  
don Enrique, Dios me libre  
de inducirle á quebrantar  
la órden del facultativo,  
exponiéndonos á un mal  
que deplorable nos fuese.

ENRIQ. (*Ap.*) Cayó en la red. (*Al.*) Bien está..  
aplaudo en extremo, Conde,  
su manera de pensar.

Pero vamos sin rodeos  
al motivo principal  
de esta visita, á una hora  
inoportuna quizás,  
sinó se atiende al tormento  
del doloroso pesar  
que me devora, y en ustedes  
busca alivio mi ansiedad.

ISAB. ¡En nosotros..?

ENRIQ. Sí, Isabel,  
figurarse no podrá  
lo mucho que he padecido,  
pues ni un instante pegar  
pude esta noche los ojos,  
presentándose á mi faz  
continuamente el traslado  
del papel original,  
que me hiciera un falso amigo,  
pérfido, representar.

¡Oh! ese don Julio, ese Estrada  
no es un noble, es un truan,  
hombre sin pudor, sin honra...  
lo que se llama un pelgar.



BALT. Caballero...!

ISAA. Don Enrique...!

ENRIQ. Estoy loco ¡Voto á san...!  
Hacerme á mi el portador  
de misiva tan fatal,  
sin advertirme, el bribon...!  
que el luto debia sembrar  
entre una noble familia  
que me honra con su amistad .?  
¡Ah...! si le tuviese á tiro...!

BALT. Modérese usted...

ENRIQ. Jamás....

Y si ustedes no se dignan  
con su estremada bondad  
mis disculpas admitir,  
prometiéndome olvidar  
que en esta casa he turbado,  
Conde, sin querer la paz,  
iré á ocultar mi vergüenza  
en las aguas del canal.

BALT. Usted desatina...!

ISAB. ¡Ay, padre ...!

BALT. No hay para tanto....

ENRIQ. Si tal...

BALT. Pecar por inadvertencia,  
don Enrique, no es pecar.

ENRIQ. Este es mi único consuelo.

BALT. Y aunque así no fuese... ya  
este asunto en el olvido  
es justo al fin sepultar,  
pues de todos modos Carlos  
de Isabel la mano habrá.

ENRIQ. (*Ap.*) Demonio...! (*Alto. Fingiendo  
alegría.*)



¿Será posible .?

(Ap.) Si todavía no habrán  
notado su ausencia (Alto) Conde,  
es usted un ejemplar  
de sana filosofía...  
un hombre como no hay...!

(A Isabel)

¡Cuanto por usted me alegro....  
y por mí... y por Carlos más..!  
Permitan que vaya á abrazarle ..  
que ávido estoy... voto á tal .!  
de manifestarle el gozo  
que hallo en su felicidad.

(Haciendo como que va á dirigirse al pabellon.)

Escusada es la pregunta...

¿En su cuarto se hallará...?

ISAB. ¡Ah! Don Enrique...

ENRIQ. Usted llora,  
Isabelita, pues que hay..?

ISAB. Que esta casa abandonó  
para no volver jamás.

ENRIQ. Descuide usted... á su lado  
el amor le volverá...

¿Y es de suponer tambien  
que en donde para sabrán ..?

ISAB. No, señor Baron, el cielo  
ni aún me otorgó este solaz,  
que del tormento las heces  
yo nací para apurar.

ENRIQ. Cállese, hermosa criatura,  
que despedazando están  
sus lágrimas mis entrañas...

BALT. No llores, hija...

ISAB. Papá...!



me lo dicta el corazón  
que ya no le veré más.

ENRIQ. Este á veces nos engaña,  
por consiguiente fijar  
no se debe usted en él,  
que suele ser muy falaz....

Señorita, á que me ensillen  
voy al instante mi alazan,  
para salir sin demora  
en su busca, y aunque esté más  
allá del confín del mundo,  
le iré en persona á encontrar.

ISAB. Gracias mil, mi buen amigo,  
su complasencia ejemplar  
eternamente grabada  
en mi pecho quedará.

ENRIQ. (*Ap.*) Por de pronto su cariño  
empezamos por ganar.

BALT. Su oferta acepto, Baron,  
pues de no impedir mi edad  
poder hacer otro tanto,  
le iba á usted á acompañar.

Mas con todo le suplico  
que aguardemos á Pascual,  
quien esta misma mañana,  
dos horas largas habrá  
con la gente de labor  
salieron con fin igual.

Y caso de que volviesen  
desesperanzados ya,  
porque un éxito feliz  
no hayan podido alcanzar...  
entónces....

ENRIQ. Como usted guste.



pues, Conde, no tengo más satisfacciones que cuando soy de alguna utilidad.

BALT. Quedamos, Baron, así...

ENRIQ. Está bien....

ISAB. ¡Papá, papá  
la impaciencia me devora...  
si tardan... no puedo más..!

BALT. Pero, Isabel, no seas niña...  
ya ves que tiempo no hay  
de haber recorrido aún...

ISAB. Tienes razon... es verdad...  
Empero si al mirador  
subiésemos ¡Oh.! quizás  
descubriéramos de allí  
si vienen...

BALT. Voy, pues, allá,  
y avisaré sin demora  
á la menor novedad...

ISAB. ¡Oh padre y que bueno eres..!

*(Isabel acompaña á D. Baltasar hasta la puerta del pabellon, por donde este se marcha.)*

ENRIQ. *(Ap.)* Que busquen... no le hallarán...  
que hace tiempo que le tengo  
encerrado en buen lugar.

### Escena tercera.

D. ENRIQUE É ISABEL.

ENRIQ. ¡Isabelita...!

ISAB. ¡Baron...!



ENRIQ. Supongo en este momento  
que ningun resentimiento  
abriga su corazon  
en vez de mí... que, en verdad,  
si contra su amor obré,  
como no lo ignora usted  
no hubo en ello voluntad...

Porque, Isabel, de otra suerte,  
á proceder tan villano,  
preferiera con mi mano  
darme sin tardar la muerte.

Y no la cause estrañeza,  
pues me conoce, y no de hoy...  
y de mi delicadeza ..

ISAB. Baron, penetrada estoy ..

ENRIQ. Por lo tanto, no crea usted  
que yo retarde un momento  
á devolverle el contento  
que á mi pesar le usurpé.

Porque este asunto, en rigor,  
mirándolo bien así  
cual se debe, para mí  
pasó á ser cuestion de honor.

Y aunque esté en el más oscuro  
rincon que la tierra esconde,  
le iré yo á buscar á donde  
no vá un alma, se lo juro...!

Asi tenga por muy cierto,  
que en breve podré alcanzar  
que á Carlos vuelva abrazar....  
á no ser... que hubiese muerto ..

ISAB. ¡Qué dice usted...?

ENRIQ. Que pudiera...,  
porque... ¿Quién sabe...? El fastidio...



quizá arrastrarle al suicidio... ,  
no sera la vez primera...

ISAB. ¡Me horroriza usted...!

ENRIQ. Lo veo...

Empero como es muy dable...  
sin embargo... no lo creo...  
es un chico razonable  
y... pero... esto es un decir...  
con todo pudiera ser...

ISAB. ¡Usted me hace estremecer..!

ENRIQ. Yo se lo debo advertir  
para .. no obstante confio  
que esto no sucederá...  
como que le miro ya  
en sus brazos ..

ISAB. ¡Dueño mío ..!

ENRIQ. Y con más ardor que ántes  
consagrar sus corazones  
á las vivas emociones  
de dos felices amantes,  
que tras fiera desventura  
de una esperanza perdida,  
al dulce bien les convida  
inesperada ventura.

ISAB. Con qué le parece...?

ENRIQ. ¡Oh...! sí...

al ménos así lo creo ..  
á no ser que el buen deseo  
me engañe tambien á mí..

Mas con todo se averigua...

ISAB. Don Enrique, me lacera  
mi alma toda su manera  
de expresarse tan ambigua  
pues me induce á sospechar



que de Cárlos manifiesta  
noticia tendrá funesta  
y la trata de ocultar.

ENRIQ. ¡Yo, Isabel ..! ¿Ha usted olvidado  
¡Por Dios...! que cuando llegué  
no estaba siquiera, á fé,  
aún de su fuga enterado...?

ISAB. Don Enrique, no sé yo  
siquiera que estoy diciendo....  
hasta ignoro si sufriendo  
me hallo en este instante... ¡Oh...!

Fijarse por consiguiente  
en mis palabras no debe,  
que solo mi labio mueve  
el trastorno de mi mente.

ENRIQ. Que en su estado no es impropio  
esto, debiera advertir,  
porque de verla sufrir  
ya me acontece lo propio.

Y á poder manifestar  
el dolor que en mí concentro  
vendría con usted á llorar,  
pero yo lloro aquí dentro.

Y el que no llegó á tener,  
sin lágrimas en los ojos,  
en el corazon abrojos,  
no sabe que es padecer...

ISAB. No lo dudo...

ENRIQ. Claro está.

ISAB. Dispense si alguna frase  
yo solté que traspasase ..

ENRIQ. Aquí vuelve su papá.

ISAB. ¡Cárlos tal vez ...!

ENRIQ. Podría ser....



ISAB. Vuelo á su encuentro.

ENRIQ. (*Ap.*) Mañana  
me libro de doña Juana,  
què en breve tiempo querer  
sabré hacerme de esa niña.

### Escena cuarta.

LOS MISMOS DON BALTASAR Y DESPUES TERESA.

ISAB. Papá ¿Descubriste algo  
que satisfactorio sea?

BALT. Un coche, Isabel, acabo  
de divisar en la granja  
que se paró junto al patio,  
y salgo precisamente  
á ver por quien va ocupado.

TERES. (*Apareciendo por el fondo.*)  
Doña Juana la marquesa...!

ENRIQ. ¡Doña Juana! (*Ap*) Malo, malo.. !

ISAB. ¡La Marquesa..!

BALT. ¡Doña Juana. !

ISAB. A recibirla salgamos,  
¿Baron, y usted nos decía  
que se hallaba de cuidado?

ENRIQ. Así era... pero no sé...

ISAB. Corramos, papá, corramos..

ENRIQ. (*Ap.*) confuso estoy; Voto á cribas!  
y casi me falta el ánimo,  
pues temo acertar el fin  
que hácia aquí la habrá guiado.



### Escena quinta.

*Los mismos y doña Juana con trage y fisonomia propios á una convaleciente, aparece por el fondo apoyada en el brazo de uno de sus criados.*

JUANA ¡Felices, caros amigos..!

ISAB. ¡Marquesa ..! ¡Dios sea loado..!

BALT. ¡Doña Juana..!

ENRIQ. ¡Que locura..!

*(Ofreciéndole el brazo.)*

Apóyese usted en mi brazo.

JUANA *(Con irónica acritud.)*

Gracias.... mil gracias ... Baron,  
lo siento.... mas no me es dado  
corresponder, cual quisiera,  
á su atencion y agasajo....

Querido don Baltasar

*(Alargándole el brazo.)*

Sírvase.....

BALT. *(Tomándose.)* Con mucho agrado

ENRIQ. *(Ap.)* ¡Ese tono.... esas maneras....

No me engañé.... Estoy turbado..!

*Doña Juana apoyada en el brazo de D. Baltasar se adelanta en la escena, Teresa le acerca un sillón rústico, que coloca en primer término y en el cual doña Juana se sienta; finge esta decir algunas palabras al oído del criado y pasa este á colocarse junto á la puerta que se abre en la empalizada. Teresa, vase.*

BALT. ¿Y como se siente usted  
de la herida..?

JUAN. Aunque fué el caso  
harto peligroso, ya



me encuentro en muy buen estado,  
gracias á Dios y al doctor  
que supo prudente y sabio  
con solicitud y acierto  
dispensarme sus cuidados.

ENRIQ. (*Ap.*) Sacarla de aquí es preciso  
antes que; voto al diablo!  
la conversacion no llegue  
á tropezar sobre Cárlos.

(*Alto.*) Marquesa, como no ignora,  
el doctor dejó á mi cargo  
la observancia de sus órdenes,  
y me hiciera justos cargos  
si á la imprudencia de usted  
le sucediera algun daño;  
y por consiguiente opino,  
y creo que todos cuantos  
se hallan aquí convendrán,  
en que ántes que un resultado  
funesto tenga lugar  
á su quinta nos volvamos.

ISAB. Tiene razon don Enrique,

BALT. ¿No hay aquí, Isabel, acaso  
apoyentos donde halle  
comodidad y descanso,  
con amigos que en cuidarla  
se esmeraran afanados?

ISAB. Dispense no había caído ...

JUANA ¡Hija del alma .!

ENRIQ. (*Bajo á don Baltasar.*)

En tal caso  
cuide usted que por de pronto  
nada le digan de Cárlos,  
como está tan delicada



y ella al fin le queria tanto...  
no le cause algun trastorno  
y otro que sentir tengamos.

BALT. (*Bajo á don Enrique.*)

Muy bien está, don Enrique,  
en esto estaba pensando.

ENRIQ. (*Alt*) Sin embargo yo presumo  
que fuera más acertado  
marcharnos. ¿Qué le parece,  
doña Juana? Habrán dejado  
allí los medicamentos.....

BALT. Mandárenos al lacayo,  
Baron, para que los traiga.

ENRIQ. No, Conde, no es necesario,  
iré yo mismo por ellos.

(*Ap.*) Y tendré en el entretanto  
ocasion de echar los polvos  
en la pócima, y su estrago  
no habrá quien no lo atribuya  
al haberse separado  
de los preceptos del médico

(*Alto y saludando como para marcharse.*)

Con que.....

JUAN Despacio, despacio ..  
no se vaya, don Enrique,  
que casualmente me trajo  
cierto asunto, y como en él  
se halla usted interesado,  
preciso será que atienda...

ENRIQ. ¿De véras..? (*Ap*) Tan desusados  
modales me hacen temblar.. .

BALT. No lo permito... su estado  
reclama al pronto, Marquesa,  
que se traslade á su cuarto,



alli tomará una sopa,  
descansará usted y cuando  
el doctor le dé su vénia  
entónces.....

ISAB. Sí, Sí.....

ENRIQ. Está claro,  
que lo más prudente es eso.

(*Ap.*) Ganemos tiempo y entretanto  
pensemos de que manera  
salimos de este pantano.

BALT. (*Ofreciendo el brazo á la Marquesa.*)  
¿Doña Juana, si le place..?

ENRIQ. (*Por el lado opuesto al del Conde.*)  
Apóyese de este brazo.

JUANA. Nunca, señor don Enrique.

ENRIQ. ¡Como, nunca...?

JUANA. Hablo bien claro.

ENRIQ. (*Ap.*) De fijo todo lo sabe....  
sinó, á que darme ese trato...?

BALT. No se altere usted, señora.

ISAB. Su salud ama descanso.

ENRIQ. (*Ap*) Perdido soy si de aquí  
sagazmente no me escapo

(*Alto á la Marquesa.*)

Pase usted al pabellon,  
interin que voy de un salto  
por las medicinas....

ISAB. (*A don Enrique*) Vaya....

ENRIQ. Señores, hasta otro rato....

JUANA. Usted no saldrá de aquí,  
lo impedirán mis criados,  
que al intento ántes de entrar  
dejé allá fuera apostados.

ENRIQ. ¿Pero porqué, doña Juana..?



JUANA. Porque es usted un hombre malo,  
un perverso, un miserable...!

ISAB. (*Ap.*) ¡Estoy absorta, cielo santo..!

ENRIQ. (*Ap.*) Hacerla pasar por loca  
no sería desacertado..

JUANA. Y aquí me tiene, Baron,  
con objeto de afrentarlo,  
si de afrenta es susceptible  
ese corazon menguado.

ENRIQ. (*Bajo á don Baltasar.*)  
De lo que el doctor temía  
son eso sin duda amagos...  
el golpe... la conmocion  
su mente habrán trastornado.

BALT. (*Bajo á don Enrique.*)  
¿Como, Baron, usted cree ..?

ENRIQ. (*Bajo á don Baltasar.*)  
¿Puede usted, Conde, dudarlo..?  
¿A quien, sinó, se le antoja  
venirse por aquí, cuando  
apénas convaleciente  
se mira de un grave caso,  
en que escapó á buen seguro  
de la muerte por milagro...?  
Iré á llamar al doctor...

(*Ap.*) Y que me esperen si alcanzo  
á poner fuera las piernas...  
Se lo llevó todo el diablo..!

JUANA. (*Iro*) Don Enrique, no esté usted,  
por Dios, tan desazonado,  
haciendo á todos patente  
lo que padece su ánimo.

ENRIQ. (*Ap.*) Esa muger ó demonio  
es sin duda mi ángel malo...



(Alto.) Si estoy tranquilo, señora.

Un modo tiene su labio,  
á fe, de espresar las cosas,  
que de no saber su estado  
creerian que tiene razon.

JUANA. ¡Mi estado..!

ENRIQ. Pero yo aguanto...!

BALT. ¡Por Dios, Baron...!

ISAB. Doña Juana...!

JUANA. ¿Sabe usted cual es mi estado..?

No hay duda que usted lo sabe...  
mas llega su audacia á tanto  
que le sobra disimulo  
para fingir ignorarlo.

ENRIQ. Esta señora está loca.

JUANA. ¡Loca...! De cólera estallo...

¡Loca yo...! Diga, Baron,  
que es usted, y no me engaño  
capaz de todo.

ENRIQ. ¡Yo...!

JUANA. Si,  
usted, en quien confiando,  
tuve la debilidad  
de poner entre sus manos  
las llaves de mis maletas,  
y su interior registrando  
apoderóse de todos  
los objetos más preciados.

BALT. (Ap.) ¡Será verdad ..!

ISAB. (Ap) ¡Es posible..!

ENRIQ. ¡Esa es otra..! No hagan caso  
ustedes de lo que dice.  
pobre señora, que sano  
no tiene su entendimiento;



pues hasta se le ha olvidado  
que con su propia anuencia  
los coloqué empaquetados  
dentro de mi cofrecillo,  
se estiende, considerando  
que durante su dolencia  
estarían mejor guardados.

ISAB. Vé usted, vé usted, doña Juana,  
que no es digno de ese trato  
caballero tan cabal,  
pues no son más que infundados  
los recelos que contra él  
su pecho han atormentado.

JUANA. Lo que veo es, hija mia,  
que víctimas de su amaño  
tambien ustedes han sido,  
mayormente el pobre Carlos.

ISAB. ¡Carlos dice usted... ?

BALL. (Ap.) ¡Que luz  
mi mente está iluminando..!

(Alt.) Esplíquese, doña Juana..

ENRIQ. ¡Esto es ya demasiado,  
señor Conde, y no es posible  
aguantar ultrage tanto..!

Permitan que me retire,  
ó dudo que me sea dado  
responder de mis acciones...

Con que .. Beso á usted la mano...

BALT. Caballero, le suplico,  
que se moleste usted un rato...  
á lo menos en mi obsequio.

ENRIQ. Señor Conde, es que tomado  
la ha conmigo esa señora,  
y por cierto no es el pago



que merecen los desvelos  
que le estuve prodigando  
en los críticos instantes  
que se hallaba de cuidado.

JUANA. (*Con irónica acritud.*)

Tiene razon, don Enrique,  
no lo niego, muy al contrario  
á un deber de gratitud  
confieso haberle faltado

¿Mas que estas faltas cometa  
una loca, encuentra extraño  
y hasta con derecho se juzga  
por ellas de hacerle cargos,  
quien no hace veinte y dos horas  
con discurso entero y claro,  
en una noble familia  
de personas que le honraron  
y que finezas sin cuento  
estábanle prodigando,  
vilmente supo sembrar  
la desolacion, el llanto ..?

ENRIQ. Francamente, doña Juana,  
ni una sola jota alcanzo  
de lo que está usted diciendo.

JUANA. (*Ap*) ¿Se ha visto mayor descaro.?

BALT. Don Enrique, en mi concepto...  
y de ofenderle no trato,  
no habla en gringo, la Marquesa,  
sinó sumamente claro.

(*Ap.*) ¡Que es un truan, el buen Baron,  
sospecho desde hace rato !

ISAB. (*Ap.*) El alma tengo en un hilo  
de lo que pasa dudando...

ENRIQ. (*Ap.*) Corrido por vez primera



me encuentro y no sé que hago...  
ni que digo...

JUANA. (*Iron.*) ¡Pobre jóven..!

Cómo de un asunto damos  
ahora en tratar tan remoto  
y de memoria es escaso,  
ya no se acuerda que ayer,  
á fin de romper el lazo  
que debía solemnemente  
unir á Isabel y Carlos,  
presentase á usted una carta  
y un joyel...

ENRIQ. ¡Ah ..! Ahora caigo ..!

¿Mas sin explicarse usted,  
podia comprender acaso  
ni aún pensar remotamente  
que aludiese usted á un acto,  
en que la víctima fui  
del mayor de los engaños..?

Y pecar por ignorancia,  
doña Juana, no es pecado.

JUANA. ¡En mis ojos de corage  
brotar siento acerbo llanto..!  
¿Atreverse usted ante mí...  
¡Oh..! eso es vil, infame, bajo..!  
á ignorancia atribuir  
los enredos que forjados  
fueron por usted, vilmente,  
sabiendo que tengo datos  
que, como disipa el sol  
la lobreguez con sus rayos,  
acreditan, un mentis  
á sus barbas arrojando,  
que el escrito ó documento



de que se valió su mano  
con intento de labrar  
la desdicha al pobre Carlos,  
bajo el supuesto de Estrada  
obra fué de usted .. era falso...?

ISAB. ¿Que es lo que escucho, Dios mio..!

BALT. ¿Será cierto. . ó estoy soñando.. ?

ENRIQ. Si la dejan y dan crédito,  
pareceré á no dudarlo  
el ente más despreciable  
de todo el género humano.

JANAU. A decir lo que es usted  
fueran mis esfuerzos vanos,  
porque no encuentro palabras.  
para poder espresarlo.

ENRIQ. ¿Que objeto me llevaría  
á proceder tan villano. ?

JUANA. El fin ignoro, Baron,  
tan sólo acuso sus actos.

ENRIQ. Para ello debe haber pruebas.

JUANA. Estas obran en mi mano.

BALT. (*A doña Juana*) Sáquenos pronto de  
dudas.

y del conflicto en que estamos.

ENRIQ. Yo no estoy para más bromas...

(*Ap*) Quieran no quieran me marchó.

(*Alt*) Ustedes lo pasen bien ..

JUANA. No se escapará usted... Paco..!

(*A esta voz que la Marquesa pronuncia con inten-  
cionada firmeza, el criado que se halla junto á la  
puerta de entrada, dirige la boca de dos pistolas al  
pecho de don Enrique.*)

ENRIQ. ¡Vive Cristo! ¿Se atropella  
de este modo á un hombre honrado. ?



JUANA. Don Enrique, su atencion  
ahora le rúego...

ENRIQ. ¡Cuidado,  
que no tiene usted mal modo  
de hacer súplicas..!

BALT. Al grano.

JUANA. Una jóven, lo era entónces,  
contaría veinte y dos años,  
con el esmero educada  
de una hija de alto rango,  
prestó oído á los afectos  
finos de un jóven gallardo;  
y como el amor es niño  
ciego, y por consiguiente incáuto,  
al atrevido galan  
la puerta abrió de su cuarto.

. . . . .  
. . . . .

Algunos meses despues,  
la jóven, deshecha en llanto  
manifestaba al amante  
su desconsolable estado....

Este, noble y caballero,  
sin más réplica, en el acto,  
cual requiere un militar,  
la vénia pedía al Estado,  
para pagar una deuda  
que de palabra contrajo.

Pero ántes de que emitiese  
la Reina su beneplácito,  
al ataque de Luchana  
le condujo el sino infáusto,  
pues que por la pátria fué  
víctima allí de un balazo.







que dispuesta siempre estuvo  
en piedad á secundarlo.

Se lo adverti y con razones  
que mentar no es necesario,  
pude lograr que la triste,  
no sin haber estampado  
ántes mil veces su boca  
en aquellos tiernos lábios  
é inundado sus megillas  
en un mar de acerbo llanto,  
al inocente angelito  
soltase de entre sus brazos:

*(Dirigiéndose al Conde con intencion.)*

aquella noche en que fué  
puesto bajo su cuidado.

ENRIQ. *(Iro.)* Eso ya sirve, Marquesa,  
al ménos para contarlo,  
mas puede quien se le antoja  
imaginar otro tanto.

JUANA. Dispense el señor Baron,  
que todavía no he acabado.

Como la pobre pensase  
un dia legitimarlo,  
dispuse que dos joyeles  
construidos de antemano  
en forma y grandor iguales...

ENRIQ. Ya... aquel que yo he presentado  
y el otro el que...

JUANA. *(Iro.)* Cabalmente,  
me ha ganado por la mano.

Pero me falta añadir  
que uno de aquellos acasos  
que suceden imprevistos  
mandó á la madre de Cárlos



despedirse de este suelo  
para paises muy lejanos;  
y temiendo la infeliz  
mirar sus deseos frustrados  
si se perdía aquel joyel,  
por ejemplo en un naufrágio  
ú otro cualquiera percance,  
á mí tuvo á bien confiarlo.

Así fué, que don Enrique  
mis maletas registrando,  
como he dicho, vino á dar  
con depósito tan sacro,  
que encerraba un cajoncito  
junto con el fiel traslado  
de esta historia y hecho dueño  
del secreto, y no ignorando  
que el padre de usted murió  
por Estrada asesinado,  
para el ardid halló base,  
que sin duda un ódio á Cárlos  
le hizo forjar... siendo este,  
natural de Emilio Castro.

BALT. ¿Del hijo de don Eusebio,  
Marqués de San Juan de Campo..?

JUANA. Del mismo.

BALT. ¿Aquel que mi padre  
amaba como un hermano?

JUANA. Sin la menor duda, Conde.

ISAB. ¡Oh dicha, si le encontramos..!

BALT. Y usted que dice, Baron.

ENRIQ. Yo, señor, me hallo tentado  
de mis armas deponer  
cediendo á mi adversa el campo,  
que aún á costa de mi honra



no quiero que le sea dado  
á nadie poder decir  
que preferí á un descalabro  
un triunfo que para ustedes  
no podría ser más que amargo.

ISAB. Non obstante yo me inclino,  
y no lo tome usted á agravio,  
á creer, que la Marquesa  
no mantendría con tanto  
teson lo que ella sostiene,  
á dejar de ser exacto.

ENRIQ. Señorita, usted se inclina  
hácia donde le es más grato;  
es natural, pues yo hiciera  
en su lugar otro tanto.

Empero si usted supiese,  
como yo, lo que un acaso  
me hizo descubrir, tal vez...

JUANA. ¿Que es lo que está usted enredando...?

ENRIQ. Nada más cierto, Marquesa,  
¿O no recuerda que estando  
en casa de su Escelencia  
la sorprendí...? Y no es extraño,  
hallándose enamorada  
perdidamente de Carlos  
la señora...

ISAB. ¡Como...?

JUANA. (*Ap*) ¡Ah, pérfido...!

ENRIQ. Que, ciega, la haya arrastrado  
su pasión hasta el extremo,  
sin duda no muy elevado,  
de ponerme á mí en ridículo...  
con tal de dejar al caro  
ídolo de sus entrañas



en buen lugar...

JUANA (*Ap.*) ¡Oh, malvado...!

BALT. Que conozco á doña Juana,  
Baron, á fondo no ha un año,  
para juzgarla capaz  
de accion tan infame, estamos..!

ENRIQ. Por lo visto no habrá modo  
de salir para mí ufano,  
pudiendo más sus palabras  
que el joyel, único dato  
de reconocida fe,  
sobre el cual me estoy apoyando.

BALT. Pero la Marquesa afirma  
que éste le ha sido usurpado.

ENRIQ. ¿Y para salir airosa  
que pruebas tiene. ? Veamos...!

JUANA. Repito, señor Baron,  
que estas obran en mi mano.

(*Mostrándole una carta.*)

ENRIQ. (*Con desden.*) Una carta...

JUANA. Sí, una carta...

que del cielo por milagro  
se dejó usted, al llevarse,  
con astuto y vil amaño,  
la joya y demás papeles  
que acreditaban de Cárlos  
el origen; y á la cual,  
dá valimiento, el acaso  
de obrar en poder del Conde,  
á no habersele estraviado,  
otra igual, que encontraría  
sobre el pecho del muchacho  
en un bolsillo de seda.

BALT. En mi cartera la guardo.



JUANA. ¡Gracias... mil gracias, Dios mio...  
por fin tendistes los brazos  
á favor de la inocencia  
para aterrar al culpado..!

*(Entregando la carta á don Baltasar.)*

Vea pues, si en su contenido  
y letra, que es de mi mano,  
son idénticas, y lúego  
emita, Conde, su fallo.

*(Don Baltasar saca la cartera con objeto de cotejar las cartas.)*

ENRIQ. *(Ap.)* Si no tomo otra vereda,  
seguramente no salgo  
en bien de este atolladero  
en que me metió el diablo.

*(Alto.)* No hay que inquerir..., señor Conde,  
estoy pronto á confesarlo...  
cuanto ha dicho la Marquesa  
es verdad, soy un villano,  
un mónstruo que hasta á mí mismo  
desprecio y horror me causo.

Pero si á oirme se presta,  
se convencerá en el acto  
que soy más digno de lástima  
que de aparecer cuipado.

Vi á su hija de usted, á ese ángel  
de mi vida dulce encanto,  
y verla y adorarla fué  
todo uno, pero cuando  
á pedirla por esposa  
me condujo amor insano,  
que vá á ser de otro me anuncia,  
ántes de hablar yo, su labio;  
entónces siento en mi pecho,



herido como de un rayo,  
agitarse el corazón  
de un modo desesperado;  
se hinchan mis venas, la sangre  
se agolpa en mi frente y falto  
de razón, tan sólo busco  
medios que á mi mal den cabo,  
desbaratando una boda  
que con horror, triste, guardo.

Mil proyectos se me ocurren  
que á la vez son desechados,  
porque á ponerlos en obra  
no se resuelve mi ánimo.

En fin, en pos de la calma,  
á la Marquesa acompaño  
á su quinta... ¡Mas si el cielo  
quiere á uno desgraciado,  
hasta en brazos de la dicha  
le persigue el sino infáusto!

La fatal casualidad  
un cofre pone en mis manos,  
y un joyel y estos papeles

*(Los entrega.)*

contenidos en él hallo;  
y apenas penetrar logro  
por ellos en el arcano,  
que justificar debía  
la procedencia de Carlos,  
un velo ofusca mis ojos,  
tras el cual sólo veo claro  
un altar, un sacerdote  
y á la bella que idolatro  
pronta á suspirar gozosa  
de mi rival en los brazos.



Con alegre frenesi  
aquella joya arretrato,  
finjo una carta y me vengo  
hácia aquí desatentado...  
se la entrego... y...

BALT. Basta, basta...  
no prosiga, pues estamos  
de lo demás, cual no ignora,  
sobradamente enterados.

Lo que ahora importa es saber  
el paradero de Cárlos,  
de ese hijo de mis entrañas  
del cual usted separado  
me ha, cruel..!

ENRIQ. Yo, bien quisiera  
complacerle... ir á buscarlo...  
¿Mas donde estará..? ¿Quién sabe  
que camino habrá tomado..?

JUANA. Modere usted su afliccion,  
don Baltasar, y ese llanto  
que el alma taladra enjogue...  
Dios se lo devuelve... Paco!

*(Al pronunciar doña Juana esta última frase, hace con el pañuelo señal al criado, el cual hace lo propio con el suyo y Cárlos aparece por el fondo. El criado, váse.)*

### Escena sexta.

LOS MISMOS Y CÁRLOS.

CÁRL. ¡Padre de mi corazon..!



BALT. ¡Hijo mio...! Ven á mis brazos.

(*Lo efectúan. Despues se separa de los brazos de don Baltasar para caer en los de Isabel.*)

CÁRL. ¡Hermana mía...!

ENRIQ. (*Ap.*) ¡O yo no existo,  
ó Satanás conjurado  
se halla tambien contra mí...!

¡Me han vendido los villanos...!

ISAB. ¡Benigno el cielo nos vuelve  
á reunir, querido Carlos!

CÁRL. Sí, Isabel, pues que mi vida  
ha pendido de un milagro.

BALT. ¡Como, Carlos, tú en peligro...?

CÁRL. De morir desesperado...

ISAB. ¿De suicidarte tal vez...?

CÁRL. No tal. Dos enmascarados  
al partir de aquí me asieron  
y condugeron atado

á aquel ruinoso edificio,  
que llaman de Pedro el Calvo;

y allí en un hoyo profundo,  
pérfidos, me sepultaron,

donde sin remedio habría  
entre horrores expirado,

á no dar, gracias al cielo,

con la abertura de un caño,

que debió de ser sin duda

de intento en él practicado,

para servir de evasiva

secreta á los que habitaron

algun tiempo aquella casa.

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Y que estuviese ignorando  
yo todo eso...!

CÁRL. Y así fué



como pude sin obstáculo  
en breve pisar el bosque,  
que dista unos treinta pasos  
del predio de la Marquesa;  
y visto por sus criados  
ante ella me condugeron,  
y apenas la hube enterado  
de cuanto me había acaecido,  
registra un cofre en el acto  
y exclama: No me engañé ..  
el infame me ha burlado...  
instrumento mi joyel  
hizo de tan vil amaño...!

Pregunta por el Baron  
y le contesta un lacayo  
que con direccion aquí  
vióle marchar hacia rato.

Y sin pérdida de tiempo  
manda enganchar los caballos,  
para salir en pos de él  
y confundirle... ¡menguado!

Subimos al coche y apenas  
solos los dos nos hallamos,  
con ternura sin igual  
tiende en mi cuello sus brazos,  
llena mi rostro de besos,  
que riega al par con su llanto  
al repetirme palabras  
que jamás habia escuchado;  
pero que en mi corazon  
tan dulcemente sonaron,  
que no me cabe esplicar  
de mi existencia el encanto.

¡Aquella noble señora



que tenía junto á mi lado,  
que formó nuestra niñez  
y que á los dos quería tanto,  
Isabel, era mi madre!!

BALT. ¡La Marquesa...!

ISAB. ¡Cielo santo..!

BALT. ¿Usted su madre, señora ..?

JUANA. Cosa que al mundo ocultado  
hubiera, hasta que el sepulcro  
mi rostro pusiera á salvo  
de la deshonra, á no haber  
mediado lo que ha mediado.

Yo era aquella jóven, sí,  
víctima de amor nefando.

*(Dirigiéndose á don Baltasar.)*

Ahora ya sabe el motivo  
porque no acepté su mano.

Y si al narrar esta historia  
indiqué, tergiversando  
los hechos, ser una amiga  
la que espío con rigor tanto  
aquel extravío funesto;  
sinó se presentó Cárlos  
al llegar aquí conmigo,  
fué porque juzgué del caso  
obrar así... hasta que todo  
quedase justificado.

BALT. Don Enrique. .

ENRIQ. ¿Manda usted..?

BALT. Ahora puede sin reparo  
marcharse... *(Señalándole la puerta.)*

ENRIQ. Cabalmente...

en esto estaba pensando...  
con permiso...



BALT.

Dios le ampare,  
(*Don Enrique, váse.*)

### Escena séptima.

LOS MISMOS MÉNOS D. ENRIQUE.

CÁRL. ¡Estoy suspenso, pasmado..!

JUANA. ¡Que horror... y con que sugeto  
nos hallábamos ligados..!BALT. Marquesa, no sin dejarle  
de compadecer, que al cabo  
dignos son de compasion  
los que andan descarriados.  
Apartemos de él la mente  
para poder entregarnos  
con libertad al placer  
que en nuestro pecho abrigamos.

Tú, Cárlos, querido hijo,  
de Isabel toma la mano,  
sed el uno para el otro,  
vivid sólo para amaros.

Y usted, señora Marquesa,  
supuesto que penetrado  
estoy del motivo triste,  
que le servia de obstáculo  
para enlazarse conmigo  
y á ello me conformo, aguardo  
que esta vez no reusará..!

(*Alargándole la mano.*)

JUANA. (*Tomándosela.*)

Esto es ser demasiado



bondadoso, señor Conde..!

BALT. Permitame... (*Besándole la mano.*)

Ahora vamos

à que estiendan en seguida  
de nuestra union los contratos,  
y ambas nupcias se celebren  
mañana mismo à un mismo acto.

(*Cae el telon.*)

FIN.



## PRINCIPALES ERRATAS

| Página | Línea | Dice               | Léase            |
|--------|-------|--------------------|------------------|
| 55     | 12    | prepones           | propones         |
| 66     | 10    | soy                | hago             |
| 108    | 28    | encina             | Encina           |
| 111    | 7     | ha                 | he               |
| 125    | 2     | adjunto            | adjunta          |
| 130    | 4     | muerot             | muerto           |
| 136    | 8     | octava             | séptima          |
| 136    | 21    | perdonan           | perdonad         |
| 144    | 26    | del cetro y gloria | del cetro gloria |
| 169    | 30    | hasto              | hasta            |
| 176    | 4     | su                 | á su             |
| 210    | 16    | dispuesto          | dispuesto        |
| 218    | 4     | usted              | usté             |
| 218    | 9     | usted              | usté             |
| 236    | 10    | empulizada         | empalizada       |

### ADVERTENCIA

En algunos ejemplares de la entrega séptima, por haberse notado al principio de la tirada, se hallan equivocados los números de la segunda, tercera, sexta y séptima página, que deben ser 50, 51, 54 y 55.

Y la entrega 42 en vez de empezar por el número 328 y sucesivamente hasta concluir por el 335, debe principiarse por el 329 y acabar por el 336.



FRANCIA

|     |     |
|-----|-----|
| 1   | 1   |
| 2   | 2   |
| 3   | 3   |
| 4   | 4   |
| 5   | 5   |
| 6   | 6   |
| 7   | 7   |
| 8   | 8   |
| 9   | 9   |
| 10  | 10  |
| 11  | 11  |
| 12  | 12  |
| 13  | 13  |
| 14  | 14  |
| 15  | 15  |
| 16  | 16  |
| 17  | 17  |
| 18  | 18  |
| 19  | 19  |
| 20  | 20  |
| 21  | 21  |
| 22  | 22  |
| 23  | 23  |
| 24  | 24  |
| 25  | 25  |
| 26  | 26  |
| 27  | 27  |
| 28  | 28  |
| 29  | 29  |
| 30  | 30  |
| 31  | 31  |
| 32  | 32  |
| 33  | 33  |
| 34  | 34  |
| 35  | 35  |
| 36  | 36  |
| 37  | 37  |
| 38  | 38  |
| 39  | 39  |
| 40  | 40  |
| 41  | 41  |
| 42  | 42  |
| 43  | 43  |
| 44  | 44  |
| 45  | 45  |
| 46  | 46  |
| 47  | 47  |
| 48  | 48  |
| 49  | 49  |
| 50  | 50  |
| 51  | 51  |
| 52  | 52  |
| 53  | 53  |
| 54  | 54  |
| 55  | 55  |
| 56  | 56  |
| 57  | 57  |
| 58  | 58  |
| 59  | 59  |
| 60  | 60  |
| 61  | 61  |
| 62  | 62  |
| 63  | 63  |
| 64  | 64  |
| 65  | 65  |
| 66  | 66  |
| 67  | 67  |
| 68  | 68  |
| 69  | 69  |
| 70  | 70  |
| 71  | 71  |
| 72  | 72  |
| 73  | 73  |
| 74  | 74  |
| 75  | 75  |
| 76  | 76  |
| 77  | 77  |
| 78  | 78  |
| 79  | 79  |
| 80  | 80  |
| 81  | 81  |
| 82  | 82  |
| 83  | 83  |
| 84  | 84  |
| 85  | 85  |
| 86  | 86  |
| 87  | 87  |
| 88  | 88  |
| 89  | 89  |
| 90  | 90  |
| 91  | 91  |
| 92  | 92  |
| 93  | 93  |
| 94  | 94  |
| 95  | 95  |
| 96  | 96  |
| 97  | 97  |
| 98  | 98  |
| 99  | 99  |
| 100 | 100 |

ADVERTENCIA

Se declara que el presente libro es propiedad de la Biblioteca Pública de la Universidad de la Habana y que no puede ser vendido ni prestado sin el consentimiento de la Biblioteca. Toda infracción de esta ley será castigada con la pena de multa de diez pesos. En la Habana, a los 15 de Mayo de 1900. El Director de la Biblioteca Pública, J. M. G. G.







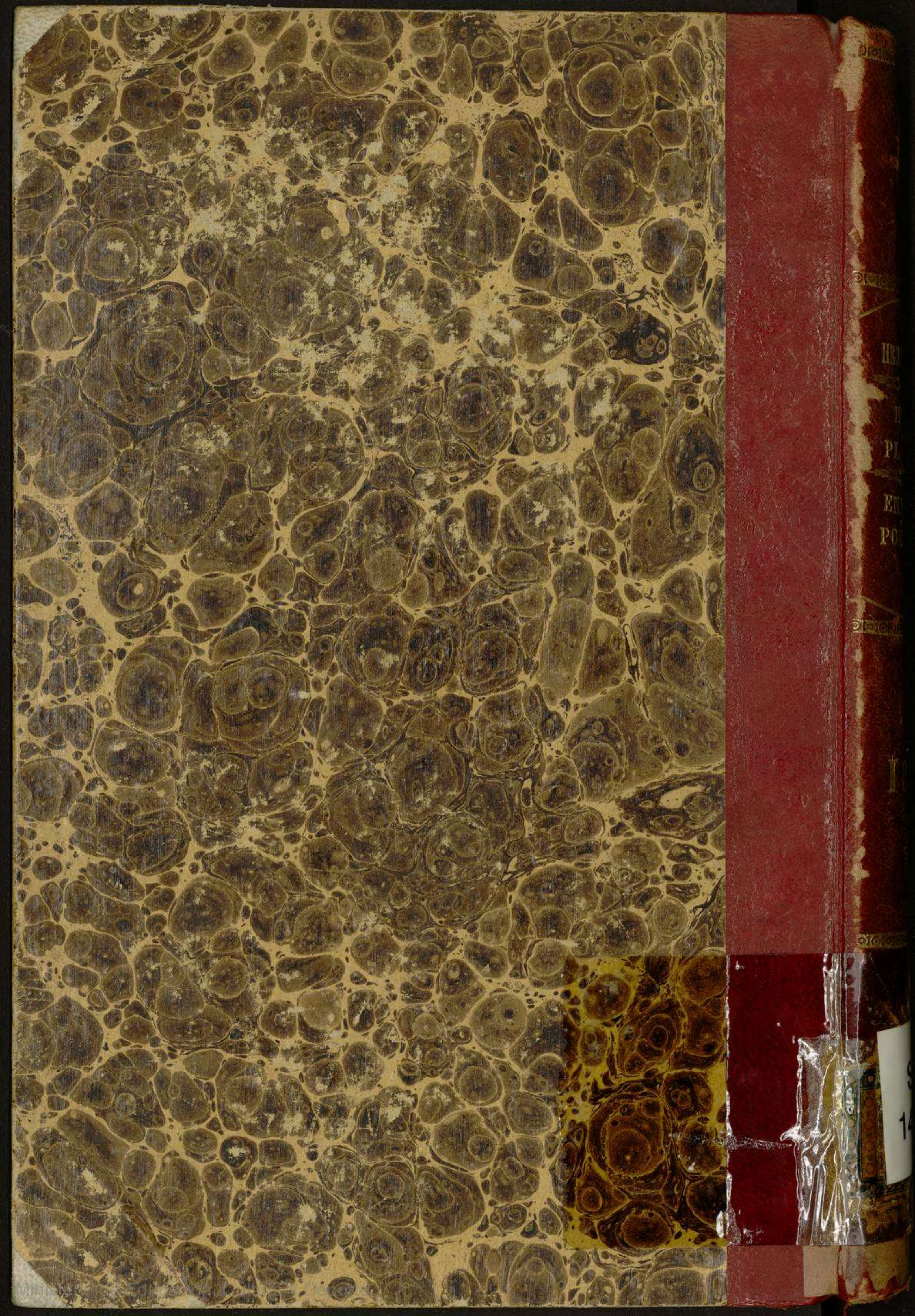














HERNANDEZ

HORAS

PLÁCIDAS

ENSAYOS

POÉTICOS

1881

SM

1415